



Foto: Ignasi Espinosa Bruñola

mientrastanto.e

Número 236 de julio de 2024

Notas del mes

¿Qué hacer? Reflexiones para la izquierda hoy

Joaquim Sempere

Sumar en crisis. Unas notas

Albert Recio Andreu

El paisaje después de las elecciones

José A. Estévez Araújo

Por un 7 de julio sin manada(s)

Isabel Alonso Dávila

Acerinox: la huelga por el derecho a la conciliación

José Ángel Lozoya

Competitividad

Albert Recio Andreu

Ensayo

Retos de la izquierda alternativa

Antonio Antón

El extremista discreto

Cismáticos perdidos

Lolo Semwá

De otras fuentes

El planeta juega con fuego

Sergio Ferrari

Atlas Network, el think tank ultraliberal que gana terreno en la UE de la mano de la agenda anticlimática

Andrés Actis

Enric Tello: «Crecer a toda costa nos lleva al peor decrecimiento»

Pere Rusiñol

Jean-Baptiste Fressoz: «La transición energética aún no ha comenzado»

Hervé Kempf

«Follow the money»: la influencia de la derecha religiosa estadounidense en Europa

Nuria Alabao

Se acabó la fiesta: bulos, outsiders y política grotesca

Laura Camargo Fernández

Vandana Shiva: «El nacionalismo del odio es socio del neoliberalismo corporativo»

Pablo Castaño y Adrià Rodríguez

La falta de arraigo social

Antonio Antón

Informaciones

Presentación de libros en homenaje a Juan-Ramón Capella

La Biblioteca de Babel

El antifranquismo en la universidad

Plaza de los Lobos 1968-1977

Jueces contra la República

Algunas sugerencias veraniegas

En la pantalla

Arar, cultivar, luchar: historia de los campesinos

Donna. Women in Revolt

India: la ideología del odio

Documentos

Técnicas humildes para el decrecimiento

Ecologistas en Acción

Manifiesto «Descarbonizar es desmilitarizar. Control y limitación de las emisiones militares»

Centre Delàs d'Estudis per la Pau

...Y la lírica

Francisco José Chamorro

Joaquim Sempere

¿Qué hacer? Reflexiones para la izquierda hoy

La aparición en España de Podemos como producto del 15-M marcó un hito. Un sector de la izquierda —no sólo en España— tomaba nota de que la oligarquía dominante llevaba un par de décadas erosionando el consenso interclasista de la postguerra establecido en 1945 y adoptado en la España posfranquista. Las clases trabajadoras y populares ni siquiera habían dado ningún pretexto para que los poderosos rompieran unilateralmente la baraja. Más bien al contrario: habían aceptado con docilidad las imposiciones neoliberales desde finales de los años setenta, los retrocesos en derechos sociales, el aumento del poder del gran capital privado con las privatizaciones, las desregulaciones y la creciente inequidad fiscal, con la pérdida de peso de lo público, etc.

La salida de la crisis financiera de 2007 con una intervención pública masiva a favor de la banca privada y la imposición de austeridad a los más pobres se vivió en algunos sectores populares radicalizados como la gota que colma el vaso. En varios países surgieron movimientos de «indignados» que, a la vez que denunciaban esos abusos del gran capital, ponían en cuestión no sólo la moderación de las políticas de la socialdemocracia, sino también la subalternidad resignada de quienes se situaban a su izquierda. Irrumpieron en la escena política con una clara voluntad de sacudir el marasmo en el cual la izquierda-a-la-izquierda-de-la-socialdemocracia se había instalado. En España Podemos mostró, con sus primeros éxitos electorales (hasta algo más del 24% de los votos), que una parte nada desdeñable de la población aplaudía ese discurso y apoyaba la voluntad de romper el monopolio del bipartidismo —como expresión del consenso interclasista dominante— y abrir una nueva etapa de pugnacidad popular, resumida en el lema de «asaltar los cielos».

Hoy en día lo que podríamos convenir en llamar la nueva izquierda se encuentra ante una crisis grave de la cual no saldrá fácilmente si no es capaz de hacer un diagnóstico acertado de la coyuntura sociopolítica. A mi juicio, no se puede hacer política alternativa o revolucionaria si no se pone la crisis ecológica en el centro mismo de la estrategia. No como «un problema» más, sino como el eje en torno al cual debe girar toda la política. Ni Podemos ni Sumar parecen haberlo comprendido.

Poner la crisis ecológica en el centro no significa ignorar la lucha de clases. Muy al contrario. Pueden preverse luchas enconadas por recursos crecientemente escasos en unas sociedades atravesadas por desigualdades extremas. El resultado no puede ser otro que el conflicto social, y seguramente en formas inéditas que requerirán imaginación innovadora.

¿Cómo se nos presentan hoy los actores en presencia? En un extremo se sitúa el gran capital, que ha acaparado —sobre todo en cuatro decenios de contrarrevolución neoliberal— un poder gigantesco a escala mundial añadiendo a su control de los sectores tradicionales de la economía el control de un conjunto de técnicas y mecanismos, especialmente la financiarización y el sector de la comunicación y la digitalización (reforzado por la inteligencia artificial). A esto hay que añadir una mayor división internacional del trabajo hasta extremos que convierten la economía mundial en un sistema interdependiente en el que no se puede mover una ficha en un lugar

cualquiera del mundo sin que quede afectado el conjunto; de tal manera que los componentes del sistema (los países, las regiones...) no pueden plantearse iniciativas autónomas sin que automáticamente entre en crisis el conjunto. La lucha política popular se hace así más difícil, porque cada iniciativa local de cambio puede verse ahogada por la rigidez del conjunto. En este contexto, la lógica del capital —acaparar más y más sectores y acumular, acumular, acumular— adquiere una dinámica imparable y aumenta su peligrosidad ecológica y social en un planeta finito.

Frente a este poder se alza un movimiento alternativo ecologista y/o ecosocialista consciente del peligro existencial del momento y dotado de un proyecto que propone detener y revertir el crecimiento económico y reconstruir la vida social sobre bases nuevas, que se pueden resumir en economía estacionaria de las necesidades y adaptación de las actividades productivas humanas a las condiciones y a los límites medioambientales. Este proyecto va asociado a una transformación radical de los estilos de vida en la línea de la contención y la frugalidad: la austeridad, si se quiere llamar así, pero muy distinta de la impuesta quince años atrás. Ahora bien, este segundo actor es débil, mucho más débil que el primero. Quienes hablan de «hegemonía verde» se engañan. Confunden el hecho de que hoy no se puede negar la crisis ecológica —y todo el mundo se declara *verde*— con la capacidad de influir de verdad en la realidad social, que sigue siendo exclusiva de los grandes poderes productivistas y extractivistas.

Entre estos dos actores sociales, el gran capital y el ecologismo social, hay una mayoría de la población en la que se mezclan actitudes y posiciones que van desde la protesta de un sector negacionista, xenófobo, racista, inclinado a fórmulas antidemocráticas y fascizantes, hasta gentes de inclinaciones democráticas, cada vez más sensibilizadas por los asuntos ambientales, pero poco proclives a aceptar soluciones ecosocialistas radicales porque siguen confiando en que los estilos de vida dominantes en el Occidente capitalista podrán mantenerse mediante las reformas oportunas que, con una transición energética a las renovables, permitirán seguir viviendo con facilidades y comodidades parecidas a las que hoy están al alcance de esas «clases medias» que constituyen la mayoría social.

En un panorama sociológico así, es prácticamente imposible construir a corto plazo un bloque social con un programa ecosocialista radical, que es lo que necesitamos. Esta masa intermedia puede oscilar hacia la derecha cuando se toman medidas con un componente ecologista que afecta a sus intereses inmediatos, como se ha visto en Francia con los «chalecos amarillos» y en varios países europeos con las tractoradas de campesinos hostiles a las prohibiciones de insumos químicos tóxicos en la agricultura. (Claro que se puede argumentar, con razón, que los gobiernos, cuando toman medidas ambientales restrictivas, deben actuar con habilidad, diálogo y medidas económicas compensatorias —por ejemplo, con mayor presión fiscal sobre los sectores más contaminantes y energívoros para poder apoyar con subsidios a los sectores esenciales a proteger—. El problema se puede gestionar mejor, pero existe y no se puede ignorar.) Dicho de otra manera: el gran capital productivista tiene muchas posibilidades de establecer alianzas con estos sectores intermedios —o parte de ellos—, incluso con fórmulas ultraderechistas, e impedir la formación del bloque ecosocialista, justamente porque los estilos de vida consumistas (que los ecosocialistas rechazan) son atractivos para mucha gente.

¿Qué hacer en una situación como esta? Predicar la austeridad es impopular, en todas sus formas (incluyendo la del decrecimiento). No es previsible que surjan mayorías a favor del

ecosocialismo —inevitablemente asociado a alguna forma de austeridad— mientras las promesas consumistas sean verosímiles. Pero este mismo razonamiento nos indica por dónde puede aparecer un cambio en las mentalidades: *si la crisis energética y de recursos, si las catástrofes climáticas y si otros efectos de la depredación ecológica se combinan para degradar las condiciones de vida en un grado suficientemente grave, el programa ecosocialista e incluso decrecentista puede ser percibido como la solución.*

Esta degradación de las condiciones de vida ha empezado ya. El Instituto de Potsdam para el estudio del cambio climático (PIK) ha publicado recientemente un estudio que relaciona la emergencia climática con el PIB y concluye que la factura del cambio climático en la economía mundial ya supera los 35 billones de euros anuales, seis veces más de lo que cuesta reducir las emisiones de CO₂. «Incluso si las emisiones de CO₂ se redujeran drásticamente a partir de hoy, la economía mundial ya está comprometida con una reducción de ingresos del 19% hasta 2050 debido al cambio climático», añade el estudio. Esta conclusión expresa con cifras algo que ya sospechábamos: que los daños provocados por huracanes, inundaciones, sequías y otros fenómenos meteorológicos extremos (cosechas perdidas, edificios destruidos, infraestructuras dañadas, instalaciones aniquiladas, etc.) *nos hacen más pobres*. El instituto de Potsdam lo cuantifica. Incluso con un indicador tan discutible como el PIB —que más bien tiende a minusvalorar los daños físicos—, tenemos en el citado estudio una aproximación cuantitativa al proceso de empobrecimiento que se nos viene encima.

A los efectos del cambio climático deberán añadirse los costes de una reconversión económica masiva de prácticamente todos los sectores productivos para superar la crisis ecológica, con todas las incertidumbres asociadas a cambios de gran calado como los que serían necesarios para reconstruir la economía sobre bases socioecológicas saludables y, a la vez, para ir reduciendo los efectos más letales del cambio climático. Así pues, vamos sabiendo cada vez mejor que los daños ecológicos, empezando por los climáticos, tienen un precio, que habrá que pagar y que ya estamos pagando. Dicho en plata: *ya nos estamos empobreciendo*. Este empobrecimiento tiene muchas caras, no todas ellas ecológicas: el tema es demasiado complejo para entrar aquí en más detalles. Valga, para ilustrarlo, el ejemplo de la vivienda: las políticas privatistas y las prácticas especulativas inciden en el encarecimiento de la vivienda, suponiendo un recorte substancial de los ingresos de buena parte de la población, y por tanto un empobrecimiento. Esto refuerza la idea de que para protegerse de los males que amenazan hay que librar una lucha tanto a favor del ecologismo como contra el capitalismo.

La gente no parece ser consciente de que vamos de cabeza hacia un empobrecimiento si las cosas siguen igual que ahora; por eso es tan difícil constituir el bloque social por la sostenibilidad y la justicia social con una perspectiva ecosocialista. Las promesas consumistas son aún creíbles. Pero van a dejar de serlo, ya sea de manera gradual o brusca. No se deben descartar en modo alguno los posibles cortocircuitos bruscos causados por interrupciones del suministro de combustible, materias primas esenciales, fertilizantes, componentes industriales o incluso alimentos. Las guerras pueden contribuir a ello, y el belicismo creciente es una pésima noticia; pero no sólo las guerras. Los efectos de estos factores serían variantes del «aprendizaje por shock»: percibir de manera palpable, en carne propia, que terminó la época de las vacas gordas tiene una capacidad pedagógica insustituible.

Todo esto puede evolucionar de maneras muy distintas: más bruscas o más lentas, pero también

con pesos variables de unas y otras fuerzas. Un peligro nada desdeñable es que la extrema derecha adquiera un peso dominante debido en gran parte al clima de inquietud e incertidumbre causado por la debacle climática y sus amenazas. En cualquier caso, es previsible un periodo de conflictos y turbulencias lleno de riesgos. La izquierda debe prepararse para situaciones de alta conflictividad de este tipo, debe tener presente esta posibilidad para imaginar políticas eficaces contra estos riesgos, con propuestas a la vez audaces y capaces de concitar amplios consensos. La extrema derecha no se combate con paños calientes, sino con políticas valientes que aborden de verdad la solución de los problemas de fondo.

Vivimos en precario, y no debemos ocultarlo a la gente, como pretenden muchas voces de la izquierda. Y es ahí donde conviene evaluar hacia dónde debe ir esa izquierda. Creo, ante todo, que las políticas que Podemos y Sumar han hecho desde el gobierno de coalición —el primer gobierno de la historia de España (si exceptuamos la guerra civil), en el que ha habido ministros de la izquierda radical— han sido substancialmente adecuadas. Han sido políticas reformistas de defensa de los intereses populares: aumento del salario mínimo, mejora de la estabilidad laboral, mejoras en la contratación laboral, escudos defensivos para los más necesitados durante la pandemia (ingreso mínimo vital, ERTes y otras), etc. Podemos y Sumar han acreditado que desde el gobierno estatal se pueden lograr mejoras inmediatas, lo cual es un antídoto contra el fatalismo resignado. Y han acreditado también que son una garantía para que el PSOE acepte aplicar medidas reformistas valientes que seguramente no aplicaría sin la presión de esa izquierda. Harina de otro costal son las políticas exterior y migratoria.

Pero es peligroso quedarse en el acierto de esas medidas y dar la impresión de que se puede seguir avanzando hacia más mejoras materiales en un marco socioecológico como el actual. Y es peligroso simplemente porque no es verdad. En cambio, hay que explicar que se puede vivir mejor con menos ingresos *pero sólo con cambios radicales*, que se resumen en reestructurar la economía eliminando inversiones de sectores no esenciales y reorientándolas hacia la satisfacción, para todos, de las 5 necesidades básicas: 1) alimentación sana y suficiente, 2) vivienda digna, 3) atención sanitaria para todos, 4) protección frente a la vejez y las inclemencias de la vida, y 5) acceso a la escolarización y la cultura. Hay consumos de los que se puede prescindir: automóvil privado, viajes en avión, exceso de carne roja en la dieta, digitalización innecesaria o redundante... Añada cada uno a esta lista los bienes y servicios que le parezcan prescindibles.

Recapitemos y concluyamos. El crecimiento capitalista nos encamina a un desastre económico y ecológico que sólo puede detenerse con medidas drásticas —algo así como una economía de guerra— que difícilmente serán aceptadas si las poblaciones no viven en carne propia el declive económico, sea gradualmente o de golpe. Sólo así parece viable reunir la masa crítica de voluntades que permita construir el bloque social alternativo requerido para cambiar de rumbo. La tarea es hoy prepararse para estar en condiciones de aprovechar las ocasiones de crisis o declive económico que se presenten en el futuro. La preparación tiene dos patas. La primera es hacer políticas inmediatas como las que han hecho desde el gobierno de España Podemos y Sumar. Éstas no sólo logran mejorar, poco o mucho, la vida diaria de la gente, sino que empoderan a la ciudadanía mostrando con hechos que «unidas podemos», podemos lograr resultados tangibles, y que la política es útil. La segunda pata apela a la iniciativa de la ciudadanía en la sociedad. Sea cual sea la evolución de las cosas, las salidas justas, democráticas, solidarias serán tanto más plausibles cuanto más se haya desarrollado el tejido

asociativo, las asociaciones de vecinos, las actividades culturales y recreativas que fomenten la colaboración vecinal, juvenil, etc., una *cohesión social*, en suma, que facilite la difusión de valores y prácticas colaborativas y facilite pararle los pies al fascismo. Añádase a esto todo lo que tiene que ver con la construcción de embriones de una economía social y solidaria, como las cooperativas de todo tipo o las comunas agroecológicas. Ni que decir tiene que esta segunda pata «social» debería buscar sinergias con la pata «política»: las administraciones pueden y deben ser facilitadoras de estas iniciativas sociales y económicas. Lograr avances en esta línea, aunque sean parciales, abriría unas perspectivas que hoy son difíciles de imaginar.

Y para desarrollar con éxito ambas patas, parece necesario contar con una organización, llámese partido, movimiento o como se quiera, con implantación territorial en todas partes donde se pueda, capaz de llevar adelante un proyecto tan complicado de *salvación pública* como el que supone salir del hoyo en que la civilización moderna ha metido a la especie humana.

Albert Recio Andreu

Sumar en crisis. Unas notas

La sucesión de malos resultados electorales ha generado un clima de crisis que, a estas alturas, resulta difícil presagiar como acabará. Demasiadas veces, la gente de izquierdas dedica más energías y talento a las batallas internas que a construir un proyecto sólido. Quizás es un reflejo de su debilidad estructural, de verse forzada siempre a ir a la contra, con pocos recursos, a habitar en espacios institucionales y mediáticos marginales. Pero debería ser la conciencia de esta precariedad el principal acicate para construir, con generosidad, proyectos capaces de persistir y servir de referencia a mucha gente. Las notas que siguen solo pretenden contribuir a un debate en el que lo prioritario pasa por no tensar la situación, tratar de racionalizar los problemas, y buscar respuestas a corto, medio y largo plazo.

Un proyecto mal diseñado

Parte de los problemas son de índole organizativa. Sumar nace a la vez como una coalición electoral de fuerzas de izquierda y como una nueva formación política. Si ya de por sí una coalición electoral es un proyecto complicado, que exige una negociación ardua de programas y, sobre todo, de candidaturas, lo de la creación adicional de una organización política supone un grado de complejidad enorme. Como no estoy en el intríngulis del proceso opino de oídas, pero todo apunta a que la construcción del nuevo proyecto tuvo mucho que ver con la necesidad del núcleo de Yolanda Díaz de dotarse de un músculo organizativo para contrarrestar la fuerza de otras organizaciones ya existentes. El resultado es, en parte, contradictorio, puesto que se acaba por añadir más complejidad a una estructura partidista en exceso fragmentada. El ejemplo más extremo es Madrid, donde siguen coexistiendo Más Madrid e Izquierda Unida. Por el contrario, donde menos tensiones se han generado es en Catalunya, donde todo el mundo aceptó integrarse en Catalunya en Comú. El modelo actual no ha funcionado y, como siempre, la crisis organizativa se ha manifestado cuando un declive electoral ha dejado sin representación a alguna de las fuerzas de la coalición.

A corto plazo, esta cuestión organizativa sólo tiene dos salidas: o replantear Sumar como una mera coalición, estableciendo normas claras para que todo el mundo se sienta cómodo, o empezar a trabajar para formar una nueva organización que integre a las existentes. Esto último es seguramente lo deseable, pero exige una altura de miras y una generosidad que muchas veces es difícil de encontrar. No sólo por las actitudes tóxicas de algunos líderes, sino también porque una parte de las bases tiene un apego especial a su organización y recela de perder los referentes a los que está habituada. Pero ahora debería resultar claro que estamos en un proceso de fin de ciclo, que exige cambios. De no existir éstos, el riesgo es caer en el ostracismo. Si en Catalunya la unificación está más avanzada es, en buena medida, porque Iniciativa per Catalunya-Verds supo reconocer que su experiencia tocaba techo y fue generosa con la emergencia de nuevos liderazgos.

Liderazgos, efervescencias versus políticas institucionales

Para tener buenos resultados electorales y poder influir en las acciones políticas hacen falta buenos resultados electorales. Pero difícilmente una buena acción institucional sirve para generar

una movilización electoral suficiente. Esto es especialmente importante para la izquierda alternativa, que no cuenta con los aparatos, los recursos y los medios propagandísticos de las grandes formaciones ni, tampoco, de una capacidad decisiva en muchas políticas. En el mejor de los casos, se alcanzan (salvo en algunos gobiernos locales) espacios de poder minoritarios que exigen pactos y renunciaciones, más allá de lo que imponen la multiplicidad de presiones legales y mediáticas orientadas a socavar la credibilidad de los izquierdistas en el poder. La acción institucional desgasta, aunque constituye un espacio esencial de toda política transformadora.

Pero los mejores resultados se obtienen al calor de líderes con un cierto carisma, que se presentan como rupturistas de la política convencional, que plantean transformaciones radicales que mucha gente las interpreta como una posibilidad real de cambio profundo. Casi siempre, coincidiendo con una coyuntura adecuada en la que el personal está dispuesto a escuchar propuestas «fuertes». El mayor avance electoral de Julio Anguita se produjo cuando ya era manifiesto el desgaste del PSOE. La subida de Podemos y el municipalismo del cambio tuvo lugar como respuesta a las políticas de austeridad, y se sustentó en activistas como Pablo Iglesias o Ada Colau, que habían cimentado su prestigio fuera de las instituciones. Incluso la misma Yolanda Díaz se hizo popular imponiendo una reforma laboral que rompía con la línea dominante. Sus candidaturas se presentaban como la posibilidad de que la calle movilizada llegara al poder. El éxito inicial fue indudable, pero a medio plazo su eficacia se reduce. Porque la posterior acción institucional erosiona su imagen, la ausencia de una organización sólida genera cansancio en mucha de la gente que se incorpora al movimiento en la fase de ascenso, y también mucha gente se desencanta al constatar que lo realizado queda lejos de lo soñado. En el peor de los casos, los egos de estos líderes acaban generando dinámicas enloquecidas que dividen, agotan y desaniman. La historia de Podemos y Pablo Iglesias es un ejemplo claro de este deterioro. En el mejor de los casos, la simple erosión de los viejos liderazgos acaba por neutralizar su éxito inicial.

No siempre existe una coyuntura adecuada. Ni tampoco se pueden fabricar líderes movilizados. O que sean capaces de asumir que, en algún momento, deberán variar su posición y conseguir que su grupo de incondicionales lo entienda. Plantear que la continuidad de un proyecto de transformación exige, en los tiempos que corren, la capacidad de leer los movimientos reales, el desarrollo de procesos y líderes fuera de la política institucional (que además sirvan de revulsivo al anquilosamiento), de generar oleadas de entusiasmo movilizador, de reinventar el proceso cada cierto tiempo, debería ser una preocupación permanente de toda buena organización que aspire a activar la sociedad. Es especialmente importante para conseguir la implicación de la gente joven, la que se necesita para vivificar y renovar cualquier proyecto. No siempre tenemos coyunturas favorables, ni gente potente a la que promocionar. Pero hay que ayudar a que estas condiciones se den.

Propuestas generadoras de resistencias y ausencia de un proyecto integrador

La izquierda aspira a representar los intereses de la mayoría de la sociedad. A promover una propuesta racional y deseable de la organización social. A defender una sociedad donde la convivencia sea compatible con la libertad individual. Todo ello pasa por recortar los derechos del capital y la propiedad privada, por regular muchos aspectos de la vida social, por reorientar el consumo y la producción a niveles sostenibles con los límites de nuestro entorno natural, a eliminar privilegios...

Si uno lee las propuestas programáticas, hay muchas buenas ideas en todas estas direcciones. Pero la cuestión que no puede dejarse de lado es que alguna de estas propuestas choca frontalmente con hábitos y creencias compartidas de una buena parte de la base social potencial. Y es allí donde en parte la extrema derecha encuentra su caladero. Me refiero a temas como los planteados por el feminismo y el movimiento LGTBI, la cuestión migratoria y el ecologismo. En los tres ámbitos no se pueden hacer concesiones ideológicas esenciales. Son tan esenciales para construir una sociedad igualitaria como el cuestionamiento del capital y la necesidad de democracia económica. En el caso del feminismo, hay ya bastante camino avanzado (aunque quedan muchas resistencias, posiblemente más de las que se manifiestan explícitamente), pero la defensa de los derechos de los migrantes, y la necesaria reconversión ecológica, están lejos de alcanzar un consenso social amplio.

El nacionalismo extremo, el racismo, forman parte de la educación de millones de personas. Y la llegada masiva de migrantes extranjeros, animada por las desigualdades entre países, por la existencia de regímenes sociales y políticos insoportables, y por el envejecimiento de las sociedades europeas, ha propiciado un espacio social en el que la extrema derecha se mueve con enorme desparpajo. Sus bulos se expanden en una sociedad proclive a éstos, que encuentra en los que llegan al chivo expiatorio sobre el que cargar sus medios y su malestar. De la misma forma, las políticas ecológicas generan rechazos en personas que ven amenazadas sus formas de vida habitual, su actividad laboral y cuya primera reacción es la del rechazo. Esto no implica renunciar en absoluto a plantear propuestas en estos campos, pero sí a afinar los planteamientos, hacer un buen trabajo explicativo. Implica un trabajo intenso en aquellos sectores que van a ser más proclives a generar resistencias.

Tampoco hay una propuesta global de alternativa social. La vieja izquierda tenía una propuesta de reorganización social basada en la economía planificada, el igualitarismo y la abolición de la propiedad privada. Somos herederos del fracaso de la experiencia soviética, de su autoritarismo, de su burocratismo, de su conversión en dos variantes de capitalismo (una, la china, en todo caso más exitosa). Y también estamos huérfanos de una idea esencial de lo que podría ser una sociedad igualitaria, ecologista, feminista factible y deseable. Hay muchas propuestas, pero no hay ningún referente claro que permita a mucha gente ligar sus prácticas cotidianas a un proyecto deseable de largo plazo. En esto los nacionalismos tienen una gran ventaja, pues consiguen enganchar a la gente en un proyecto mítico, inconcreto, de nación independiente que recoge viejas tradiciones y que no genera contradicciones con la vida real de sus defensores. Quizá por eso la izquierda cosmopolita casi ha desaparecido de Euskadi y Galicia; en Catalunya resiste, pero se encuentra condenada a una posición secundaria y en gran parte circunscrita a la metrópoli barcelonesa.

Una sociedad compleja

La sociedad actual es muy diferente de aquella en la que la vieja izquierda basó sus análisis. Aún en plena transición, la estructura social podía caracterizarse por barreras sociales bien delimitadas, por una fuerte presencia de una clase obrera manual sobradamente identificada (y que tenía un complemento en modelos familiares con fuerte división sexual del trabajo), una franja de capas medias asalariadas relativamente pequeña y la persistencia de capas medias no asalariadas, fundamentalmente en el mundo agrario y el pequeño comercio.

Hoy la pintura es mucho más compleja, debido a diferentes procesos. De un lado, la reorganización de la propia economía capitalista: desindustrialización, deslocalización, cambios en los modelos organizativos de empresa y fuerte crecimiento del sector servicios. Hoy, en nuestro país, la clase obrera es fundamentalmente trabaja en los servicios. Otro factor crucial ha sido la universalización de la educación, que constituye una experiencia vital universal, pero que acaba por generar oportunidades vitales muy diversas a personas de un mismo origen social. Una parte de los jóvenes de origen obrero tienen ahora titulaciones formales, y entran en una experiencia vital diferente de los que se mantienen en actividades laborales manuales. Este proceso de diferenciación ha estado, además, favorecido por la expansión del sector público y de determinadas actividades empresariales que requieren de gente con determinados currículos educativos. Lo que hoy significa la experiencia laboral es mucho más distinto ahora que en épocas anteriores. A ello hay que añadir dos cuestiones esenciales: el cambio en las estructuras familiares y la entrada masiva de mujeres al mundo del empleo asalariado (con todo lo que conlleva de experiencia de discriminación laboral, de doble jornada, etc.) y la, también masiva, llegada de personas extranjeras, con experiencias vitales diferentes, con la distorsionadora presencia de las normas de extranjería, con la segregación ocupacional... Una parte importante de la clase obrera manual es inmigrante, a menudo sin derecho a voto ni acceso a una actividad laboral normalizada. En conjunto, un magma de población asalariada, numéricamente dominante, pero incapaz de reconocerse como clase. Muchas veces atezada por una vida cotidiana dominada por su vida laboral y las imposiciones del consumismo (que estructura sus vidas). Que un discurso complejo como el de la nueva izquierda llegue mejor a segmentos de las clases asalariadas cultas que a la base de trabajadores de servicios es bastante comprensible. Pero no tiene sentido proponer como alternativa «volver» a políticas de clase tradicionales, porque tienen que ver con un mundo que no existe. El verdadero desafío es como construir un proyecto social transformador en lo social y lo ecológico a partir de este *patchwork* social complejo.

Además, se han transformado las formas de socialización y relación de la gente. Sin entrar en detalles, tenemos modelos de vida más individualizados, un acceso a la información más segmentado, menos espacios de interacción social compleja. La izquierda tradicional se apoyó en viejas prácticas religiosas y en los espacios de vida comunitaria autoconstruidos para consolidar su base social. Hoy debemos pensar en nuevas formas de conexión cuando muchas de las viejas fórmulas han dejado de funcionar. Y ello añade otra tuerca de complejidad a lo que debe hacer una izquierda con ambición transformadora.

Fin

Esta nota es demasiado larga. He tratado de compendiar lo que pienso que está en la base de los problemas de Sumar y más allá, en el declive de las izquierdas transformadoras (y en su

negativo el crecimiento de la extrema derecha). Hay muchas cuestiones, y cada una requiere un tratamiento particular. Algunas podrían ser solucionables si hay buena voluntad (el encaje organizativo); otras requieren mucha persistencia y trabajo a largo plazo. Situarlas en conjunto puede tener, en el momento actual, el interés de ayudar a entender que muchos de los debates en los que a menudo nos perdemos se deben a que estamos inmersos en una telaraña densa que, en ocasiones, no nos deja ver líneas de respuesta. Partiendo de la conciencia de la complejidad, y de cuál es la naturaleza de los problemas, quizás podamos encontrar respuestas y evitar peleas inútiles. Porque en el contexto actual de derechización, crisis social y ecológica, es más necesario que nunca que nos dotemos de organizaciones, incluidas las políticas institucionales, que ayuden a impulsar otra dinámica social.

José A. Estévez Araújo

El paisaje después de las elecciones

Analizar los resultados de las recientes elecciones al Parlamento Europeo, celebradas el 9 de junio, presenta ciertas dificultades. Algún medio de comunicación ha establecido comparaciones entre estos resultados y los de las elecciones de 2019. Sin embargo, es importante tener en cuenta un cambio significativo: la exclusión de los miembros británicos. En 2019, en pleno proceso del Brexit, los ciudadanos británicos participaron en los comicios europeos, contribuyendo a la elección de un parlamento de 751 miembros. En cambio, la cámara recién elegida solo tiene 720 escaños, lo que hace que una comparación directa con los resultados de 2019 sea engañosa, ya que no se puede saber cómo habrían influido los votantes británicos en el resultado global.

Un enfoque más adecuado podría consistir en comparar la composición del parlamento saliente —que ya no incluía a la representación británica— y la asamblea que surge de las recientes elecciones. Sin embargo, esta comparación también resulta compleja debido al diferente número de miembros: 705 en el parlamento saliente frente a 720 en el entrante. Por lo tanto, lo mejor sería fijarse en el porcentaje de diputados que los diferentes grupos parlamentarios de la Eurocámara han obtenido en lugar de centrarse únicamente en el número total de escaños obtenidos por cada grupo^[1].

A la hora de evaluar los cambios en la composición de un parlamento de 700 miembros, es importante señalar que una subida o bajada de 7 escaños representa solamente el 1% de la composición global. Si examinamos las fluctuaciones en términos porcentuales, observamos que la representación del Partido Popular Europeo aumentó un 1,25%, mientras que los socialdemócratas (Grupo de Progresistas y Demócratas) experimentaron un descenso del 0,89%. La reducción más notable dentro de los grupos tradicionalmente mayoritarios se produjo en el caso de los liberales de Renew Europe, que perdieron un 4,18% de sus escaños, bajando del tercer al cuarto puesto entre los grupos más votados. Estas cifras no sugieren que se haya dado un cambio radical en las tendencias de los votantes que apoyan a los grupos mayoritarios.

La primera decisión importante que tiene que tomar el Parlamento Europeo es el nombramiento del presidente o presidenta de la Comisión Europea, es decir, del gobierno de la UE. El candidato es propuesto por el Consejo Europeo, del que forman parte los jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros. Una vez hecho esto, la Cámara tiene que ratificar el nombramiento de otros altos cargos de la UE, como por ejemplo el de ministro de asuntos exteriores, que en el lenguaje de la Unión recibe el pomposo nombre de «Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad».

Los populares, junto con los socialistas y liberales, suman el 55,42% del total de diputados de la cámara, lo que supone, en principio, una mayoría suficiente para aprobar el nombramiento del presidente de la Comisión Europea que se proponga. En este caso, la candidata seleccionada por el Consejo es Ursula von der Leyen, que ya ostentaba el mismo cargo en la anterior legislatura. En principio, no se trata de un panorama en el que parezca necesario buscar el apoyo de alguno de los grupos en que se encuentran ubicados los partidos de extrema derecha para

lograr la ratificación. No obstante, dado que la votación es uninominal y secreta, podría producirse alguna sorpresa de última hora.

Las campañas para la elección del Parlamento Europeo suelen centrarse más en cuestiones nacionales que en problemas específicos de la UE. Las propias elecciones sirven como sondeos o encuestas de opinión a gran escala que reflejan la percepción de los votantes sobre el proceder de los partidos gobernantes, actuando como un voto de censura o como una manifestación de respaldo.

Los medios de comunicación han destacado especialmente los resultados internos de Francia, donde el partido de Le Pen obtuvo un porcentaje de votos significativamente superior al del resto de formaciones políticas. En respuesta, el presidente Macron decidió disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones legislativas.

Sin embargo, es crucial tener en cuenta la dimensión europea al analizar estos resultados electorales. Si bien es preocupante que el partido de Marine Le Pen haya recibido el doble de votos que el de Macron, esta victoria resulta menos impactante a escala europea. El grupo Identidad y Democracia, que incluye al partido de Le Pen, solo experimentó un aumento del 1,1% en sus escaños.

Meloni alcanzó la victoria en Italia. Su formación Fratelli d'Italia (Hermanos de Italia) obtuvo un 28,76% de los votos, siendo el partido más votado, seguido por el Partido Democrático con el 24,11% de los sufragios. El grupo del Parlamento Europeo en el que se inscribe el partido de Meloni (Conservadores y Reformistas Europeos, CRE) experimentó un incremento mayor que Identidad y Democracia, alcanzando el 11,53% de los escaños totales, aunque esa cifra sólo representa un aumento del 2,1% de los diputados del Parlamento Europeo.

La situación de Alternativa para Alemania (Alternative für Deutschland, AfD) es bastante singular. Este partido de extrema derecha, que formaba parte del grupo Identidad y Democracia (ID) en el Parlamento Europeo, fue expulsado del mismo recientemente. La decisión se produjo el 23 de mayo de 2024, tras una serie de polémicas, especialmente las protagonizadas por el principal candidato del partido, Maximilian Krah. Krah provocó una gran controversia con sus declaraciones a un periódico italiano, en las que afirmaba que no todos los miembros de las SS nazis eran criminales. Esto, junto con los escándalos relacionados con supuestos vínculos de la formación con el espionaje ruso y chino, provocó su expulsión del grupo Identidad y Democracia, lo que indica que las posiciones de AfD resultaban demasiado extremas incluso para ID, que suele ser considerado el grupo parlamentario de ultraderecha más ardiente del Parlamento Europeo. Como resultado de esta expulsión, los eurodiputados de AfD pasaron a formar parte del grupo de «No Inscritos» (NI) en el Parlamento Europeo, y los escaños obtenidos en las recientes elecciones, en las que el partido obtuvo casi el 16% del total de diputados correspondientes a Alemania, se cuentan ahora también adscritos a los parlamentarios No Inscritos.

La extrema derecha europea no representa actualmente una amenaza significativa en el Parlamento Europeo. Los parlamentarios de los grupos Identidad y Democracia (ID) y CRE constituyen el 17,78% de los eurodiputados. La inclusión de Alianza por Alemania podría elevar esta cifra al 20%, aunque no está claro si este partido volverá a unirse a ID o se mantendrá como no inscrito.

Lo que sí es preocupante a nivel europeo son las consecuencias que podría tener el ascenso de la extrema derecha en los órganos en los que están representados los Estados miembros, como el Consejo de la Unión Europea. Así, por ejemplo, una victoria de la ultraderecha en naciones como Francia podrían alinearla con Italia, reforzando sustancialmente la influencia de la extrema derecha a nivel europeo.

No obstante, los resultados de las elecciones europeas no guardan una correlación directa con los de las elecciones legislativas o presidenciales nacionales. Votar al partido de Le Pen podría ser la expresión de una protesta contra Macron más que un compromiso para entregar la gobernabilidad a Rassemblement Nationale. Aunque Marine Le Pen ha llegado en repetidas ocasiones a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas, no ha conseguido nunca alzarse con la victoria.

Por otro lado, la extrema derecha europea está fragmentada y sus formaciones se encuentran inscritas en dos grupos parlamentarios diferentes: los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR) e Identidad y Democracia (ID). Este último, creado en 2019 por Marine Le Pen y Matteo Salvini, de la Lega (Liga) italiana, suele ser considerado el más radical. Pero resulta difícil discernir por qué ciertos partidos se alinean con un grupo en lugar de con otro. Por ejemplo, Vox pertenece al ECR y no al ID, lo que sugiere que la distinción entre moderado y extremista no sirve por sí sola para caracterizar a estos dos grupos.

Lo que sí parece ser una diferencia clave radica en sus actitudes hacia la Unión Europea. Los partidos de la ID suelen ser más hostiles a la UE y abogan por un retroceso de la integración, e incluso algunos propugnan la salida de su país de la Unión. Por el contrario, los partidos del ECR son críticos con la UE, pero no apoyan su desmantelamiento ni proponen abandonar la Unión.

Otro factor que puede explicar esta división es la voluntad de los miembros del ECR de participar en los procesos políticos institucionales y formar parte de coaliciones de gobierno. Esto es evidente en el caso de Vox, que ha participado activamente en la gobernanza española formando alianzas con el Partido Popular en varios niveles gubernamentales. Este enfoque pragmático de la política contrasta con la postura más aislacionista que suele observarse en los miembros de ID y puede explicar (al menos en parte) por qué Vox eligió adscribirse a ECR y no a ID.

El análisis de la composición del Parlamento Europeo entrante revela que no se ha producido un giro sustancial hacia la extrema derecha entre los votantes europeos. Como se ha visto, los grupos parlamentarios asociados a partidos de extrema derecha sólo han experimentado un modesto aumento del 3% en su representación, incluyendo la Alianza por Alemania, que actualmente permanece entre los no inscritos.

A pesar de este aumento global, no todos los partidos de estos grupos han ganado terreno; ejemplos notables son los Demócratas Suecos y el Partido de los Finlandeses, que han visto disminuir sus votos. Esto indica una respuesta matizada de los votantes en las distintas regiones, más que un giro uniforme hacia la extrema derecha.

En conclusión, el avance de la extrema derecha en las recientes elecciones europeas se ha limitado a un aumento de aproximadamente el 4%. Con alrededor del 20% de los escaños del Parlamento Europeo, la extrema derecha no tiene capacidad suficiente para bloquear las

decisiones parlamentarias. Aunque el ascenso gradual de la ultraderecha en el PE es motivo de preocupación, no ha alcanzado un nivel que suponga una amenaza catastrófica.

El peligro real no se encuentra actualmente en las elecciones al Parlamento. Está en los resultados electorales internos de los diversos países. Los órganos con más poder de la UE son el Consejo de la UE y el Consejo Europeo. Este está compuesto por los jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros. Aquél, el Consejo de la UE, lo conforman representantes del poder ejecutivo de los países miembros. En función de la agenda de la reunión, cada estado envía al ministro que sea competente en la materia. Esas son las vías de acceso más rápidas para que la extrema derecha pueda influir en las políticas europeas.

El próximo gran hito en este proceso son las elecciones legislativas francesas, previstas para el 30 de junio y el 7 de julio. Aunque Francia funciona bajo un régimen presidencialista, el gobierno nombrado por el presidente debe recibir un voto de confianza del Parlamento. Si Rassemblement Nationale consigue asegurarse la mayoría en el legislativo, obtendría el control sobre los ministros que Francia envía a las reuniones del Consejo de la UE. No obstante, a las llamadas «cumbres» europeas (Reuniones del Consejo de Europa) seguiría asistiendo el presidente Macron en calidad de jefe de Estado de Francia, pero iría acompañado por su primer ministro.

El Consejo de la Unión Europea debe adoptar casi todas sus decisiones por mayoría cualificada, que requiere el apoyo de al menos el 55% de los Estados miembros que representen como mínimo el 65% de la población de la UE. Sin embargo, existe un mecanismo conocido como minoría de bloqueo, que puede impedir que el Consejo adopte decisiones por mayoría cualificada incluso cumpliendo esas condiciones. Este mecanismo requiere la oposición de al menos cuatro Estados miembros que representen como mínimo el 35% de la población total de la UE. La utilización de este mecanismo permitiría a una alianza de partidos de extrema derecha que cumpliera con los requisitos de impedir que el Consejo de la UE adoptara decisiones por mayoría cualificada.

El mecanismo de minoría de bloqueo rara vez se ha utilizado, ya que el Consejo de la UE suele aspirar a que las decisiones alcancen el consenso más amplio posible. Sin embargo, si la formación de Le Pen ganara las elecciones francesas, el Consejo de la UE podría enfrentarse (al menos en teoría) a una tesitura en la que o bien tendría que acomodarse a las condiciones de la extrema derecha, o bien resignarse a ser incapaz de tomar decisión alguna.

En lo que respecta a la Comisión, este organismo (más o menos equivalente al gobierno europeo) tendría que lidiar con las promesas hechas por Jordan Bardella durante la(s) campaña(s) electoral(es), como reducir la aportación de Francia a la UE en dos mil millones de euros o rebajar el IVA de los productos energéticos. Estas medidas no pueden llevarse a cabo de forma unilateral, por lo que, si fueran adoptadas, Francia debería ser sancionada. Y la competencia para hacerlo corresponde a la Comisión. Meloni, por su parte, se ha irritado notablemente por verse excluida de las negociaciones para el nombramiento de los altos cargos de la UE. Éstas las han llevado a cabo los tres grupos tradicionalmente mayoritarios en el Parlamento: los populares, los socialdemócratas y los liberales. Como muestra de su enfado, la líder de Fratelli d'Italia se ha abstenido en la votación que proponía a Ursula von der Leyen como presidenta de la Comisión Europea. También ha votado en contra de los candidatos propuestos como presidente del Consejo Europeo (Antonio Kostas) y como jefe de la diplomacia europea (la

estonia Kaja Kallas).

Las tensiones que se han generado en torno al nombramiento de los altos cargos de la UE pueden servir de ejemplo del tipo de situaciones en las que la Italia de Meloni y una Francia ultraderechista podrían formar una alianza contra las decisiones del Consejo, a la que eventualmente se podrían sumar otros países dirigidos por gobiernos afines.

Aunque, como se ha dicho, los resultados de las elecciones europeas no pueden trasponerse directamente a las elecciones internas, la victoria del partido de Le Pen ha sido muy significativa, pues ha alcanzado el 31,37% de los votos frente al 14,6% obtenido por la coalición de Macron. Históricamente, los franceses siempre han negado la victoria a Marine Le Pen cuando ésta llegaba a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales. A los efectos de evitar un escenario de ultraderecha en Francia en particular y en Europa en general, esperemos que en las inminentes elecciones legislativas nuestros vecinos sigan esta tendencia y no concedan la mayoría absoluta al partido de Le Pen, impidiendo así que su delfín, Jordan Bardella, se convierta en el primer ministro de Francia.

1. Los eurodiputados de los diferentes partidos se integran generalmente en alguno de los grupos parlamentarios de la Eurocámara, aunque también pueden figurar como miembros no inscritos. Tradicionalmente, los grupos mayoritarios han sido el de los Populares Europeos (en el que está integrado el PP español), el de los Progresistas y Demócratas (del que forma parte el PSOE), y el grupo de los liberales, denominado Renew Europe, en el que estaba integrado Ciudadanos. [?](#)

Isabel Alonso Dávila

Por un 7 de julio sin manada(s)

Este año 2024, el documental *No estás sola. La lucha contra la manada*, dirigido por Almudena Carracedo y Robert Bahar, que también son autores del guion, nos ha permitido revisitar, saber más y reflexionar sobre la importancia de la ampliación de la base del movimiento feminista producida a partir de lo que pasó en los Sanfermines de Pamplona de 2016, hace ahora ocho años. También ayudan a esta reflexión obras de teatro como *Jauría*, de Miguel del Arco, que tiene ya cinco años, pero que repuso el Teatro Romea de Barcelona el pasado mes de abril, donde la pude ver. En esta obra, el protagonismo lo tienen las palabras pronunciadas por la víctima y los acusados durante el juicio. En el documental de Almudena Carracedo podemos acercarnos más a la calle y a otros testimonios: las feministas, el alcalde de Pamplona, la fiscal del caso, la policía municipal, la policía nacional, etc. Ambas obras, la cinematográfica y la teatral, son excelentes.

«Yo sí te creo» o «no estás sola» son frases breves, muy breves, que se convirtieron en eslóganes para las mujeres, muchas de ellas muy jóvenes, a partir de ese 7 de julio de 2016. La madrugada de ese día, un grupo de cinco varones jóvenes, entre los cuales había un militar y un guardia civil, autodenominados como «La Manada», violaron grupalmente a una joven madrileña que había acudido con un amigo a Pamplona. La brutalidad del comportamiento del grupo, robo de móvil incluido para dejarla sin manera de poderse comunicar, marcó un duro contraste con la solidaridad con la joven que se empezó a manifestar de manera casi inmediata. Siguiendo el relato del documental de Almudena Carracedo, podemos recordar cómo una pareja, que encontró llorando a la joven en un banco, en estado de shock, se acercó a ver qué le pasaba y llamaron a la policía. La policía municipal la atendió como a una víctima que merecía respeto y acompañamiento en el proceso que llevó del reconocimiento médico a la denuncia. Y, cuando la denuncia se hizo pública, una gran ola de solidaridad se desató, en Pamplona primero y en toda España después.

En lo que pasó esa madrugada y, sobre todo, en el proceso que siguió después (cómo actuaron la ciudadanía, las feministas, la policía, los servicios médicos, el alcalde de Pamplona, la fiscal del caso, etc.), podemos encontrar claramente uno de esos momentos en los que el feminismo se expande y muchas personas se dan cuenta de que su visión y análisis ayudan a entender las situaciones de una manera en que no se convierte a la víctima en culpable, como suele hacer el patriarcado, sino que hay que centrar la mirada en los agresores: ellos son los culpables. Y en esta reflexión fueron fundamentales las cortas frases que ya hemos citado: «yo sí te creo» y «no estás sola», que nos daban nuevas claves de comprensión de la realidad. Quizá por ello se convirtieron en gritos masivos.

De esta manera, el «yo sí te creo» se convirtió en un nuevo eslogan. Y tan fundamental que nos podemos preguntar cómo es que no había aparecido antes. Fundamental porque chocaba de lleno con esa sospecha sobre el testimonio de las mujeres que se suele instalar en los procesos judiciales por violación. La versión de la víctima, conducida a través de las preguntas del abogado defensor del agresor o agresores, es colocada muchas veces en el terreno de la sospecha. Y son frecuentes, y lo fueron en el caso de «La manada», las preguntas que llevan a intentar hacer

recaer la culpa de la agresión en la propia víctima. Como por ejemplo qué hacía allí a esas horas, por qué estaba sola, por qué no se resistió, si había bebido, por qué habló con los agresores, por qué entró con ellos al portal, etc. Pero, por esta vez, el «yo sí te creo» de la calle fue claramente reforzado por la fiscal durante el juicio, cuando señaló que «la declaración de la víctima cumple todos los requisitos para darle absoluta y total credibilidad».

En relación con las posiciones sociales que intentan poner en duda el testimonio de las mujeres violadas, se hizo viral, al conocerse la sentencia emitida por la Audiencia Provincial de Navarra el jueves 26 de abril de 2018, una carta de Juan Antonio Bueno Álvarez, profesor de Lengua y Literatura en el instituto Ramiro de Maeztu de Madrid, publicada en *El País* del 3 de mayo siguiente. La carta, que todavía circula en redes cuando se acercan los sanfermines, decía así: «Soy un hombre de tamaño medio y ya de cierta edad. La otra noche, volviendo a mi casa, cinco individuos jóvenes y fuertes me obligaron a entrar en un portal y, sin blandir navajas ni otras armas, me conminaron a entregarles todos los objetos de valor que portase. Asustado por la intimidación, les di el reloj, el móvil y el dinero que llevaba en la cartera. Ahora dudo en si denunciar o no el hecho, porque quizá no me resistí lo suficiente, no grité, no los amenacé, no opuse resistencia física ni verbal, no arriesgué mi vida para salvar mis pertenencias. Quizá, pueda pensar alguien, colaboré en el robo y hasta disfruté con él. ¿Les suena?». Este juego de contrastes que hace el autor de la carta pone de manifiesto la discriminación que se puede sufrir en la mirada sobre nuestros actos y sobre nuestros testimonios según pertenezcamos a un grupo discriminado o a otro hegemónico.

Desde la argumentación feminista más coloquial, hemos utilizado siempre este juego de cambios de rol para iluminar los absurdos que se ocultan tras muchas de las lecturas que se hacen del comportamiento de las mujeres. Todavía recuerdo la sorpresa que suponía para mi alumnado del Instituto Rubió i Ors de Sant Boi de Llobregat, a finales de los 80, la realización de una actividad en que, en una simulada entrevista de trabajo, los papeles estaban cambiados y quien hacía la entrevista era una mujer y el aspirante al contrato un varón. En esta ocasión, era él quien recibía el tipo de preguntas y miradas que por entonces (esperemos que ahora ya mucho menos) recibían las mujeres aspirantes a un puesto de trabajo.

«No estás sola» fue otro de los nuevos eslóganes que se oyeron masivamente en las calles tras la violación de los sanfermines de Pamplona. Y, si en el «yo sí te creo» pudimos ver reforzada la credibilidad del testimonio de las mujeres, en el «no estás sola» lo que aparecía era la solidaridad. Una solidaridad que se pudo comprobar en manifestaciones masivas en toda España, que ya desde la primera (la del día siguiente a la violación en Pamplona) superaron con creces las expectativas de las jóvenes convocantes.

Este desbordamiento de las perspectivas de asistencia a las manifestaciones convocadas es otra de las cosas que nos ayuda a recordar muy bien el documental de Almudena Carracedo que hemos citado al inicio de este artículo. Precisamente el título elegido para el documental (*No estás sola*) ya nos hace pensar que esa era una de las claves que Almudena y Robert vieron para dar cuerpo a su película. A través del documental podemos recordar cómo las calles se llenaron de mujeres. Además, muchas de ellas eran jóvenes, muy jóvenes. Y en las calles se encontraron con generaciones anteriores de feministas. De esta manera, se construyó la posibilidad de un recambio generacional que no ha hecho más que consolidarse y visibilizarse en las manifestaciones de cada 8 de marzo (y ya van siete desde 2016). Cada año lo volvemos a

comprobar. Quizá sean las manifestaciones más masivas de la historia del movimiento feminista. O quizá sólo comparables con alguna de los tiempos de la Segunda República, para el caso de España, o con las de la lucha sufragista en Inglaterra, o con las que sucedieron en la India tras la violación del autobús.

Toda esta movilización llevó a propuestas de nuevas leyes que se debatieron en las Cortes. Y del debate parlamentario salió una nueva ley que marcó que el consentimiento para las relaciones sexuales se manifiesta precisamente como consentimiento y, por lo tanto, debe ser explícito. Además, se eliminó la distinción entre abuso y agresión. Todo esto se plasmó en la Ley Orgánica 10/2022, de 6 de septiembre, de garantía integral de la libertad sexual, conocida popularmente como la *Ley del sólo sí es sí*. Con esta ley, las mujeres estamos más protegidas legalmente.

De estas situaciones, en que un caso de agresión sexual se denuncia, se judicializa y en que los argumentos de la sentencia provocan escándalo, movilización feminista y cambios legales, hay antecedentes. Recuerdo ahora «El caso de la minifalda», aquel en el que un juez de Lleida, en 1989, hace 35 años, dictó una sentencia por acoso sexual en la que pudimos leer que la víctima, de 17 años, «pudo provocar, si acaso inocentemente, a su jefe», por vestir minifalda. El empresario, que le manoseaba los pechos y los glúteos por encima de la ropa, le propuso prorrogarle el contrato si tenía relaciones sexuales con él. Una vez que se hizo pública la sentencia y se pudo leer en la prensa la argumentación en la que se sustentaba y escuchar los argumentos clarificadores del feminismo en radios y televisiones, la sociedad española entendió claramente que las mujeres tenemos derecho a vestirnos libremente y que, al igual que nosotras no nos abalanzamos sobre los obreros de la construcción cuando se quitan la camiseta en la obra en los días de calor, todos los hombres (y no sólo los muchos que ya lo hacían) tendrían que respetar nuestra manera de vestir. Las feministas nos pusimos aquellos días de finales de los 80 nuestras minifaldas y salimos a manifestarnos sobre nuestros derechos y en contra de las declaraciones de algún magistrado, como Rodrigo Pita, que declaró ante la prensa que el procesado «no pudo resistir la tentación. Era verano, hacía calor. A lo mejor había comido mucho y bebido, y se produjo esa *reacción biológica y psicológica*. Todo depende de la longitud de la minifalda». Además, dos de los magistrados afirmaron que habían firmado la sentencia sin haberla leído. Fueron sancionados con una advertencia leve. También en este caso, la movilización por «la sentencia de la minifalda» obligó a cambiar las leyes. En el Código Penal, los delitos «contra la honestidad» pasaron a ser delitos «contra la libertad sexual».

Éstos y otros casos, como recientemente el de Rubiales, nos han permitido seguir reflexionando y repensando los límites que queremos establecer a esa predisposición de algunos hombres a objetualizar nuestros cuerpos y, por lo tanto, a utilizarlos como ellos desean sin tener en cuenta nuestros deseos e incluso nuestras aversiones.

A través de estas denuncias, que llevan a juicios y a movilizaciones feministas, y que consiguen que se cambien las leyes, las mujeres hemos conseguido estar algo más seguras en los festejos de este 7 de julio en Pamplona. Y también en todas las fiestas, que podrán así ser verdaderas fiestas para todos. También para nosotras.

Para acabar, no puedo evitar citar un testimonio escrito de una violación grupal (una «manada» *avant la lettre*), que se produjo en Madrid en el año 40. Está incluido en el escrito titulado «Memorias de abajo», fechado el lunes 23 de agosto de 1943. Su autora es Leonora Carrington.

Dice así:

Molesta, me levanté y entré en el café. [...] de repente, me encontré sola con un grupo de oficiales requetés [...]. Se levantaron algunos de aquellos hombres y me metieron a empujones en un coche [...]. Me llevaron a una habitación decorada con elementos chinos, me arrojaron sobre una cama, y después de arrancarme las ropas me violaron el uno después del otro. Opuse tal resistencia que finalmente se cansaron y dejaron que me levantara. Mientras trataba de arreglarme la ropa delante de un espejo, vi a uno de ellos abrir mi bolso y vaciar su contenido [...] acercarse y empaparme la cabeza con un frasco entero de colonia. Hecho esto, me llevaron a un lugar cercano al Retiro, el gran parque, donde anduve vagando perdida, con las ropas destrozadas. Finalmente me encontró un policía que me devolvió al hotel [...]. Me pasé el resto de la noche tomando baños fríos.

[1]

Leonora Carrington no denunció, como no lo hicieron tantas mujeres, porque no había sociedad que las creyera, ni leyes que las protegieran, ni justicia que las amparara. Todas se sintieron solas.

La joven violada en Pamplona en la madrugada del 7 de julio de 2016 sí denunció, la joven manoseada por su jefe en Lleida en 1989 también lo hizo, como también lo ha hecho Jennifer Hermoso, en septiembre del año pasado. Y como lo han hecho tantas otras mujeres. Gracias a esas denuncias, a esa verdad hecha pública y a la mirada feminista sobre las agresiones a las mujeres, ahora la inmensa mayoría creemos el testimonio de las denunciadas y, de esta manera, nos podemos solidarizar con las víctimas y podemos confiar un poco más en que se hará justicia y habrá reparación para ellas. Y, con ellas, para todas las mujeres.

Se está construyendo el camino para una, posible y deseable, no repetición de unos delitos que, hasta hace poco tiempo y amparados por el silencio de la sociedad, han podido perpetrarse a través de los siglos.

En los sanfermines de este año creemos —y deseamos— que no se dará ninguna posibilidad a la actuación de más «manadas». Y nos dejamos en el tintero el tema de los toros, claro. Será en otra ocasión.

1. Leonora Carrington, *Memorias de abajo*, Siruela, Madrid, 1991, p. 12. ?

José Ángel Lozoya

Acerinox: la huelga por el derecho a la conciliación

La plantilla de Acerinox (Palmones, Cádiz) llevaba casi ochenta días en huelga cuando José Antonio Gómez Valencia, presidente del Comité de Huelga, hablaba en la Junta General de Accionistas 2024, que se celebró en Madrid el pasado mes de abril, pidiendo un sueldo digno y el derecho a la conciliación de la vida laboral y familiar.

La huelga ha durado desde el 5 de febrero hasta el 21 de junio. 137 días sin cobrar. Acabó cuando la plantilla aceptó la propuesta de la Empresa en una votación que, de una plantilla de 1.732 personas, arrojó 984 votos a favor y 635 en contra. El NO lo pedía ATA (Asociación de Trabajadores del Acero), un sindicato surgido por el desencanto con las centrales tradicionales, que fue quien más apoyos consiguió en las últimas elecciones al Comité de Empresa. Llamaron a votar SI la Empresa, CCOO, UGT, USO y la «Coordinadora» (un sindicato de la Empresa). No faltaron trabajadores que pidieron perdón llorando a los miembros del Comité de Huelga porque, empobrecidos y agotados por la duración de la huelga, se veían obligados a votar SÍ.

Conozco la acería y a sus gentes porque llevo (junto a tres compañeros y una compañera) tres años impartiendo allí cursos de Igualdad. A estos cursos han asistido la Comisión de Igualdad (incluyendo a la responsable de RR. HH.), el Comité de Empresa y parte de la plantilla. Inicialmente nos contactó la Comisión de Igualdad de Acerinox porque la Empresa tiene previsto incrementar el número de mujeres en una plantilla compuesta por un 97% de hombres, para evitar las resistencias de los hombres a su incorporación y prevenir al tiempo el acoso sexual. Se trata de una experiencia, quizás única, de formación en igualdad laboral con perspectiva de género que pretende corresponsabilizar a los hombres. Es una experiencia a la que tengo especial cariño porque fui trabajador y sindicalista en empresas del metal los primeros nueve años de mi vida laboral, en un tiempo en el que la lucha sindical y la conquista de las libertades nos parecían inseparables.

Quien no haya participado nunca en una huelga en una empresa privada no imagina lo difícil que es iniciarla, y a quienes hemos vivido la experiencia nos cuesta imaginar lo que supone mantenerla durante 137 días. La de Acerinox es una de esas huelgas que quedan recogidas con mayúsculas en la historia del movimiento obrero, una de esas huelgas que son una victoria en sí mismas, aunque hayan sido muy pocos los objetivos conseguidos.

Pero si es difícil imaginar a 1.732 personas con familias, hipotecas y proyectos paralizados durante más de cuatro meses, aguantándole el pulso a una empresa del Ibex-35 con factorías en cuatro continentes, más insólito es aún que la reivindicación por la que más se ha peleado no hayan sido los salarios (aunque también estuvieran presentes en la negociación del convenio colectivo) sino la plena disponibilidad, que la Empresa exige a los 1.500 trabajadores que cubren los cinco turnos, para mantener la factoría a pleno rendimiento 24 horas al día los 365 días del año, porque la disponibilidad que busca la Empresa les impide conciliar su trabajo con la vida personal y familiar.

La huelga ha sido dura desde el primer momento porque los sindicatos tradicionales trataron de evitarla, hasta que el descontento de la plantilla les obligó a sumarse a la misma. De su falta de

entusiasmo da fe que no se haya visto ni una bandera de UGT, CCOO o USO en las concentraciones y actos de protesta que se han sucedido, pese a lo que gustan de sacar sus banderitas de plástico a la menor oportunidad. Su falta de apoyo a la misma se ha visto en el hecho de que ninguno de sus dirigentes regionales o estatales haya hecho declaraciones de apoyo a la huelga ni promovido la solidaridad con la misma en el metal, en la comunidad, o en los actos del 1 de mayo. Lo cierto es que han esperado pacientemente a que la gente se agotara para firmar, junto con la Empresa y la Junta de Andalucía, un acuerdo similar al que la plantilla había rechazado un mes antes. Y, para evitar riesgos, abandonaron el Comité de Huelga, se negaron a convocar una asamblea de toda la plantilla para debatir el acuerdo antes de someterlo a votación, y en cambio reunieron por separado a sus afiliados para asegurar que les llegaba su mensaje sin la oposición que hubieran encontrado en un escenario más amplio.

Ha sido especialmente dura también por el manto de silencio político e informativo a que se ha visto sometida fuera del Campo de Gibraltar, evitando un mensaje de solidaridad que hubiera ayudado a promover actos de apoyo y aportaciones a su caja de resistencia. Solo conociendo al servicio de quién están los medios de comunicación podemos entender que una huelga de esta magnitud y duración no haya sido noticia, como si fuera habitual que una plantilla tan masculinizada ponga a prueba su capacidad de resistencia reivindicando la conciliación de la vida laboral y familiar.

A mí me ha dolido especialmente que el Movimiento de hombres por la Igualdad, y sus opinadores más mediáticos, no hayan hecho nada por tratar de romper ese manto de silencio. Me ha dolido porque no dejamos de hablar de la necesidad de referentes igualitarios que orienten a aquellos hombres que intuyen la necesidad del cambio, pero somos incapaces de verlos cuando aparecen atravesados por conflictos e intereses de clase; porque hablamos de una «interseccionalidad» que no atinamos a ver cuando la tenemos delante; porque no hemos reconocido la importancia de una lucha que, si hubiera estado protagonizada por mujeres, habría tenido todo el apoyo del movimiento feminista.

En definitiva, esta huelga deja patente una obviedad: que entre los objetivos de las empresas no está el de tener una plantilla satisfecha con la mejora de sus condiciones laborales y de conciliación, por más que esto repercutiera positivamente en la productividad. El único objetivo de las empresas es el de aumentar beneficios. No puede esperarse que las empresas incorporen o apoyen políticas de Igualdad Laboral, excepto en la medida en que eso mejore su imagen corporativa (redundando en los beneficios), o por imperativo legal.

Albert Recio Andreu

Competitividad

Cuaderno de locuras: 11

Vuelve la palabra de orden que nunca nos abandona. Habitualmente, se usa para justificar que bajen los salarios, que se reduzcan derechos laborales y aumenten las prerrogativas empresariales (en este caso, competitividad se complementa con flexibilidad, que rima). A veces, también para justificar todo tipo de rebajas de costes empresariales (por ejemplo, para que se subvencione la electricidad). O para que se reduzcan impuestos, alegando que los impuestos altos alejan las inversiones.

Ahora ha reaparecido para explicarnos que Europa está muy mal, que en la liga de las grandes empresas nos quedamos atrás. Que cada vez representamos un porcentaje menor de la producción mundial. Algo, esto último, que sería lo normal si caemos en la cuenta de que los europeos somos una minoría de la población mundial, y en un mundo igualitario no deberíamos pesar más que otros. Lo nuevo es que se reconoce que la falta de competitividad se debe a que estamos perdiendo (más bien que están perdiendo, la mayoría de los europeos y las europeas pintamos poco) la batalla tecnológica, que el tren de las nuevas tecnologías basadas en la inteligencia artificial pasa por otros lares.

Ciertamente, la tecnología siempre ha sido un elemento clave en la creación de poder económico. Las naciones y las empresas que han dispuesto de tecnologías más avanzadas han conseguido posiciones de monopolio en los mercados mundiales. De hecho, una de las cuestiones que explica el desigual desarrollo de las economías nacionales es el tipo de especialización productiva y de organización tecnológica que mantienen. Y también se sabe que gran parte del desarrollo tecnológico es acumulativo, puesto que los avances de conocimientos también lo son.

Una parte de las tensiones político-militares actuales tienen que ver con esto. La globalización se pensó como una forma de abaratar costes, deslocalizando la producción hacia países «pobres», con mano de obra barata (e instituciones adecuadas para controlar y reprimir a estos trabajadores), mientras que el núcleo del negocio y la tecnología se quedarían en los centros imperiales. El sistema organizativo de las grandes empresas mundiales (por ejemplo Apple) obedece a este esquema. De hecho, se trataba de organizar una economía-mundo donde los grandes beneficios se concentran en el centro y las periferias suministran a bajo coste. Un esquema que ha funcionado en muchos campos, por ejemplo el de la producción agraria mundial. Pero este esquema ha fallado porque alguna de las periferias, especialmente China, no se ha limitado a ser un mero «maquilador» (como México), sino que ha dedicado grandes esfuerzos a desarrollar tecnología y empresas centrales propias. Y lo que en el diseño inicial era un mero subalterno se ha convertido en un rival de primera, poniendo en peligro todo el proyecto neoimperial. Los que diseñaron el proyecto subestimaron las capacidades intelectuales del país, y la capacidad de sus dirigentes de organizar una economía de alta sofisticación (es lo que tiene el racismo, que piensa que los demás siempre son inferiores). Y, ahora que se constata su fortaleza, se adopta la otra gran vía de presión imperial: la presión militar.

Los líderes europeos empiezan a sentirse nerviosos. Saben que no tienen el control de las nuevas tecnologías, y que su posición imperial está en peligro. Pero su capacidad de autocrítica parece limitada, y se centran en explicaciones que eluden temas importantes. La principal reflexión es que el problema de Europa es su falta de centralización. Lo que ha permitido a China y Estados Unidos dominar el nuevo paradigma tecnológico es el papel de políticas públicas para impulsar una investigación global. Muchas de estas investigaciones han estado ligadas al desarrollo militar y, en el caso chino, a las políticas de control social. Pero lamentarse de que Europa está poco centralizada es hipócrita. Todo el desarrollo de la Unión Europea ha estado basado en ir incorporando estados que en muchos casos tenían el interés de convertirse en buenos mercados para las empresas de países centrales (especialmente Alemania), y en una corona de suministros de actividades que no interesaba deslocalizar muy lejos (por ejemplo buena parte de la industria de componentes automovilísticos). Nunca hubo un proyecto global, de generar una unión cooperativa que favoreciera proyectos comunes. Gran parte del diseño de las políticas comunitarias se basaron precisamente en generar una unión competitiva y poco solidaria, basada sobre todo en la visión de las élites alemanas. Lo pudimos constatar la forma como se impusieron duras políticas de austeridad que en lugar de solucionar problemas los agravaron. La cultura de la austeridad de las élites alemanas (que practicaron un duro plan de ajuste antes de la crisis de 2008) les está pasando factura de muchas formas, entre otras en los fallos cada vez más evidentes de su propia red de infraestructuras.

Tratar ahora de recuperar el terreno en todo lo que representa la tecnología digital está ya fuera de las posibilidades de la Unión Europea. Y puede que sea una estupidez intentarlo (los deportistas de alta competición en carreras de fondo —atletismo, ciclismo, esquí— suelen tratar de aguantar al rival mientras tienen fuerzas; cuando es obvio que el rival se escapa, tratar de remontar suele agravar el desastre). En lugar de competir por la cabeza es mejor optar por alternativas, aplicar un análisis crítico de las nuevas tecnologías, de sus potencialidades y sus fallos. Sobre todo, cuando se trata de una tecnología que no sólo tiene aspectos preocupantes (y que seguramente fallará en muchos casos por los propios errores de diseño, que nunca son infalibles) sino que además es incompatible con el ajuste ecológico al que estamos enfrentados: una tecnología que consume elevadas dosis de energía, agua, y materiales, es todo menos sostenible. Más bien, lo que nos puede conducir a una guerra de consecuencias brutales son las nuevas luchas por el control de materiales y la tendencia a la automatización de la propia guerra. Por eso, lo que debería hacer una sociedad que ha perdido la competencia por lo digital es preocuparse por seleccionar en que aspectos puede ser útil esta familia tecnológica y concentrar los esfuerzos de investigación e innovación en todo lo que tiene que ver con la sostenibilidad y la garantía de la calidad de vida en un contexto frugal.

La insistencia en la competitividad europea puede tener además otras derivas inquietantes. Una, ya presente, es la de demandar un esfuerzo armamentístico en el que la investigación es una de las coartadas habituales. Otra, la de justificar nuevos recortes en políticas sociales para favorecer inversiones que «nos permitan recuperar la senda perdida». También para seguir postergando los urgentes ajustes ecológicos. Unas demandas que serán avaladas por un alud de informes que ya están preparando los *think tanks* y la red de consultoras que siempre avalan las demandas de la gran empresa. Por ello, también, no podemos asumir que la competitividad sea un marco aceptable para discutir las políticas tecnológicas que hacen falta.

Antonio Antón

Retos de la izquierda alternativa

Las derechas han ganado las elecciones europeas del 9 de junio. El bloque democrático y plurinacional ha perdido, aunque el PSOE ha resistido y el declive se ha centrado en la izquierda transformadora: han pasado de once escaños en 2014 (seis de IU y cinco de Podemos), y seis en 2019 (de Unidas Podemos), hasta los cinco actuales (tres Sumar, con mayores expectativas, y dos de Podemos, meritorios desde unas bajas perspectivas), considerando que ha habido una ampliación de siete escaños (un 14%).

Dos datos concretos pueden ilustrar este fiasco de la izquierda alternativa, en particular de Sumar. Primero, los resultados en la Comunidad de Madrid. En las elecciones autonómicas de hace un año, del 28 de mayo de 2023, las siglas de Más Madrid consiguieron el 18% de los votos, por encima del Partido Socialista, y Podemos más Izquierda Unida no llegó al 5%, quedando fuera de la Asamblea de Madrid; pues bien, en las recientes elecciones europeas, la coalición Sumar (donde se incluye no solo Movimiento Sumar sino también Más Madrid e Izquierda Unida) apenas han sumado el 6%, frente a un 28% del PSOE, que reclama su primacía en la oposición madrileña, a poca distancia de Podemos (en solitario), con el 5%.

Segundo, los resultados en Catalunya de las tres agrupaciones de la izquierda no nacionalista: PSC, 30,6% (28% en las autonómicas de mayo), que sigue creciendo; Sumar-Comuns, 4,3% (5,8% el 12M), que refleja su continuado descenso, y Podemos, 4,6% (que no se presentó en las autonómicas), superior a la formación anterior, tradicionalmente más potente y representativa, y que refleja el tirón comparativo de la lista encabezada por Irene Montero.

Pero, si aplicamos estos resultados generales, con su bajo nivel de participación, que no ha llegado a la mitad, y la adscripción provincial de unas elecciones generales, con su barrera del 3%, y aun contando con diferente contexto político, se evidencia todavía más la debacle de la izquierda transformadora y la pérdida de la mayoría parlamentaria del gobierno de coalición.

Así, las tres derechas conseguirían 179 escaños, mayoría absoluta; el PSOE, 131, el bloque nacionalista (incluido Junts y CC), 34, y la izquierda alternativa, unos escasos 6 escaños (cuatro para la coalición Sumar y dos para Podemos).

Más allá de la dimisión de Yolanda Díaz como coordinadora general de Movimiento Sumar, y su insistencia en continuar como referente gubernamental y parlamentario de todo el conglomerado de la coalición Sumar, se abre la necesidad de una profunda reflexión sobre la rearticulación de ese espacio.

Hacer frente al declive representativo de la izquierda transformadora supone afrontar los trestipos de causas, con credibilidad transformadora, democrática y unitaria: la ofensiva del poder establecido y las derechas con su acoso jurídico-mediático-policial, con la descalificación y el aislamiento político a los actores con capacidad de desafío transformador; la relativa renovación socialista y su ligero giro a la izquierda, con el efecto de achicar el espacio socioelectoral alternativo; y las propias deficiencias y limitaciones de esa izquierda, en particular dos: la falta de arraigo social, y sus dificultades articuladoras y unitarias.

Valga la siguiente aportación general, primero, sobre la respuesta política al declive de la izquierda transformadora y, segundo, sus desafíos orgánicos, articuladores y unitarios.

Respuesta renovadora fallida

La renovación de Unidas Podemos en 2021 —y el reforzamiento defensivo de Podemos a fines de 2023— y la operación de Sumar (2021/2024) se han planteado como un intento de frenar el declive y ensanchar el espacio electoral para garantizar una mayor influencia político-institucional. La propuesta inicial de la dirección de Podemos, en 2021, pretendía el cambio de liderazgo de Pablo Iglesias, con cierto continuismo político y orgánico y asentado en dos patas. Por un lado, con Ione Belarra como secretaria general de Podemos, que mantenía una mayoría en el grupo parlamentario. Por otro lado, con Yolanda Díaz, como vicepresidenta, cuya apuesta, ratificada en el acto de Magariños (abril de 2023), lejos de lo previsto por la dirigencia de Podemos, ha sido doble: **reorientación política moderada y modificación del liderazgo, con su autonomía política y orgánica** —junto con su equipo asentado en la tradición de Nueva Izquierda e Iniciativa per Catalunya—, **y con su diferenciación respecto de la legitimidad, la orientación política, el discurso y la estructura organizativa anterior.**

Suponía terminar con el «ruido» político y dejar subordinado a Podemos en la nueva dirigencia. Por una parte, se implementaba un giro hacia la moderación política, el diálogo social, la transversalidad no confrontativa y la amabilidad con el Partido Socialista, como justificación de esa estrategia fundamental para ese objetivo de ampliación de la base social y electoral. Por otra parte, la consolidación de su nueva y ampliada estructura dirigente, con su apoyo en los Comunes y menos en Izquierda Unida, así como con la integración de las fuerzas del acuerdo del Turia —especialmente, Más Madrid y Compromís—; todo ello con la marginación de Podemos, que «restaba», y con la cobertura legitimadora del proceso de escucha o el movimiento ciudadano que culminó en la reciente Asamblea fundacional del Movimiento Sumar —con la participación de apenas ocho mil personas— y la constitutiva de Sumar para este otoño.

Lo que nos interesa destacar —particularmente a tenor de los estudios demoscópicos, los últimos resultados electorales (especialmente de las elecciones europeas del 9J), y las tensiones internas— es que se ha llegado a un relativo estancamiento o fracaso en los dos ámbitos: **ausencia de remontada electoral y dificultades para la articulación del conjunto.** Se consolida la nueva primacía del liderazgo institucional de Yolanda Díaz, pero con menor credibilidad para la remontada electoral y con división de la dirigencia y tres niveles orgánicos: Movimiento Sumar, Sumar como agrupación política y coalición Sumar... sin perspectivas de un frente amplio o una colaboración con Podemos.

Tras la expectativa de ascenso electoral y la ilusión inicial de un frente amplio unitario (truncadas

desde las elecciones autonómicas en Andalucía de junio de 2022 y hasta la asamblea de Magariños, en abril de 2023), se impone la necesidad del realismo sobre la continuación del declive representativo (28-M y 23-J, y evidente desde las anteriores elecciones andaluzas y las posteriores gallegas, vascas y catalanas).

La doble conclusión es que, por un lado, disminuye la legitimación de la nueva estrategia de moderación reformadora y discursiva como la palanca de la remontada electoral, en un contexto de hegemonismo socialista; y, por otro lado, se ve cuestionado su liderazgo colectivo, sin la expectativa de recuperación electoral prometida, aunque con continuidad de posiciones institucionales gubernamentales, y con el repliegue corporativo de cada grupo político. Además, se hace evidente la incapacidad política y articuladora de la dirigencia alternativa y se genera la tensión sobre el relato de sus causas y responsabilidades, con los intentos de legitimación respectiva de las diferentes formaciones políticas, particularmente de Izquierda Unida y Más Madrid —Compromís se considera al margen del grupo Sumar—, que reclaman mayor protagonismo, y aparte de Podemos, centrado en su propio desarrollo.

La articulación unitaria y pluralista

En esta etapa, de recomposición del espacio alternativo (2021/2024), estamos viviendo un proceso transitorio donde hay un cruce de caminos, sin claridad del recorrido, y con la incertidumbre añadida del nuevo contexto impuesto por el presidente Sánchez sobre el nuevo foco de la regeneración democrática (limitada). Supone un nuevo intento socialista de centralidad y hegemonismo político dentro del bloque progresista, con la relativización de la agenda social y la plurinacional (una vez aprobada la amnistía y según el panorama catalán), que debilitan a sus dos tipos de socios parlamentarios: los nacionalistas y Sumar/Podemos.

¿La dirigencia alternativa, el conglomerado de Sumar y Podemos, será capaz de encontrar y recorrer el camino de salida renovadora y unitaria? Parece difícil. Los resultados de las elecciones europeas ya han impuesto esa realidad de declive, en particular de Sumar, y han propiciado la dimisión de Yolanda Díaz como su coordinadora general, aunque se mantiene como su referencia institucional. Dejo al margen las hipótesis sobre el nuevo proceso constituyente de Sumar, así como la capacidad de supervivencia de Podemos y las relaciones entre ambos.

Ahora vuelvo, en un plano más general, a sus condiciones político-organizativas o sus capacidades articuladoras, desde el pluralismo democrático... junto con el arraigo social y político por una dinámica común; es decir, a la combinación de proyecto y beneficio colectivo y agregación de intereses corporativos legítimos, con procedimientos democráticos y consensuales para arbitrar las diferencias y contenciosos.

El problema, y la solución hacia la remontada, es doble: de carácter político, sobre la necesaria estrategia diferenciadora del Partido socialista (y la izquierda nacionalista) con credibilidad transformadora real y arraigo social; y de capacidad articuladora unitaria con la necesaria cultura democrático-pluralista.

Las discrepancias políticas son evidentes, pero negociables. Hay divergencias que alcanzan opciones estratégicas en auténticas bifurcaciones en los equilibrios políticos y la formación de espacios político-electorales. La más relevante, **la polarización entre continuismo adaptativo y cambio de progreso.** El pulso estratégico fue en torno a la actitud sobre el acuerdo

gubernamental de PSOE/Ciudadanos en el año 2016, base fundamental de la gran confrontación con el PSOE —y el desafío al poder establecido—, así como de la profunda división de bloques internos en la Asamblea Ciudadana de Podemos de Vistalegre II, entre posibilismo colaborador o resistencia confrontativa.

En aquel contexto, había suficiente representatividad parlamentaria progresista desde 2015 para constituir un gobierno de izquierdas, aunque con la falta de voluntad socialista... hasta 2020, en que ellos consiguieron mayor primacía política, gestora y representativa, o sea, con un papel más subalterno de Unidas Podemos. Aquella encrucijada modeló las características de las corrientes de las fuerzas del cambio, con divergencias estratégicas —y teóricas y de estatus orgánico—, y confirmó, a los poderes fácticos y al propio PSOE, la voluntad transformadora de la dirección de Podemos... que había que neutralizar.

Así, a pesar de que desde la moción de censura socialista al gobierno de la derecha (2018) se avanzó en el giro renovador socialista y la apertura de acuerdos con la izquierda transformadora y nacionalista, no se ha diluido el poso de desconfianza estratégica que denotó aquella experiencia, y ello aun cuando ahora las divergencias sean menores y compatibles con la alianza en un bloque democrático y plurinacional frente a las derechas, y aunque aparezcan nubarrones en el horizonte.

La conclusión estaba clara desde entonces: la casi paridad representativa de Unidas Podemos con todas las fuerzas aliadas y convergentes, expresada esos años (2015/2018) en el ámbito parlamentario y antes en el plano sociopolítico, liderada por la dirección de Podemos (con una firme voluntad transformadora) era un riesgo excesivo para la normalización política y la estabilidad socioeconómica que, a juicio de los poderosos, había que reducir. Y ello aunque los dilemas estratégicos y la capacidad reformadora sustantiva de la izquierda alternativa, incluido en los grandes municipios, hayan menguado desde 2019 por su menor representatividad e influencia, y ahora se vaya encauzando el conflicto territorial catalán. **El pragmatismo sanchista y su hegemonismo político persiste en cerrar ese ciclo de adversarios estratégicos, con una legitimidad social significativa, que dificulten un proceso reformador relevante.**

Una bifurcación estratégica y un horizonte problemático

Por supuesto, las dos opciones expresadas en 2016 configuraban una gran bifurcación. La otra alternativa colaboracionista con el PSOE/Ciudadanos tenía implicaciones decisivas en la legitimación de un proceso continuista del Régimen con subordinación de las fuerzas del cambio y su probable desgaste. Esa dinámica adelantaba el cierre de las expectativas y dinámicas sociopolíticas del cambio de progreso en el ámbito estatal —solo vivo entonces en algunos grandes ayuntamientos del cambio y, en otro sentido, con el *procés*—.

La opción confrontativa escogida —más allá de la retórica transformadora inicial y distintos errores discursivos— me pareció acertada, fue avalada por más del 80% de la militancia alternativa, y ya hemos visto lo que ha dado de sí: forzó la crisis y la renovación socialista, con su giro hacia la izquierda y la apertura democrática, hasta el desalojo gubernamental de la derecha con la moción de censura de 2018, junto con la posterior experiencia reformadora real (aunque limitada) del gobierno progresista de coalición, en 2020/2023, y su prolongación posterior menos intensa.

Pero aquel emplazamiento estratégico ha tenido una particularidad: la gran ofensiva, con la correspondiente guerra jurídica-mediática-institucional, del poder establecido —incluida

la aquiescencia socialista— contra esas fuerzas del cambio con posiciones de cierto poder transformador y legitimación pública, que cuestionaba los privilegios de siempre. Y no me refiero solo a la dirección de Podemos, sino también a líderes territoriales con fuertes posiciones institucionales como Ada Colau o Mónica Oltra. Buscaba la descalificación de su dirigencia pero, sobre todo, el debilitamiento de ese espacio representativo y su capacidad de influencia reformadora, ya conseguido parcialmente en el ciclo electoral de 2019. Para las derechas no hay tregua o perdón, creen que el poder político les pertenece. Y para el Partido Socialista no hay acuerdos duraderos hasta reducir al mínimo el riesgo de cierto cambio significativo, progresista y democrático, y consolidar un predominio institucional (casi) total, convertido en eje articulador de sus políticas y sus alianzas.

Esa voluntad estratégica transformadora es lo que el poder establecido no perdona, y lo que se exige abandonar con una rectificación (rendición) y una (inmerecida) autocrítica como supuesto error estratégico (que no corresponde). Su persistente insistencia, con rigidez política y fanatismo mediático, busca la culpabilización alternativa como provocadora de toda la contraofensiva regresiva y autoritaria, tiende a justificar el castigo por haberla implementado y desgastar a sus promotores alternativos.

En cierta medida, han conseguido sus objetivos, pero solo en parte. Los resultados del 9J son reflejo de ello. No obstante, persiste un doble factor, en un grave contexto, que impide ese cierre normalizador del continuismo y el bipartidismo corregido: una base social transformadora todavía relevante; una vertebración orgánica alternativa algo fragmentada y desconcertada pero todavía con potencialidad articuladora y representativa, que debe revalidar.

Además, existe una escasa legitimidad pública de las políticas regresivas y autoritarias, aun con el avance segregador conservador —del mercado y las posiciones con privilegios o expectativas comparativas superiores— como respuesta a la inacción transformadora.

Estamos en otra encrucijada estratégica. Veremos las dinámicas populares y las capacidades y la orientación de las dirigencias alternativas y del conjunto del bloque democrático y plurinacional para impulsar la remontada política y electoral y garantizar una etapa de progreso, que evite la involución derechista. El desafío inmediato: la capacidad de rearticulación de Sumar, tras la dimisión de Yolanda Díaz como coordinadora general y la crisis del espacio, y el grado de consolidación de Podemos en su autodesarrollo, con la vista puesta en el contexto sociopolítico, las dificultades unitarias y las posibilidades de cooperación alternativa y progresista en el próximo ciclo político-electoral hasta 2027.

La fragilidad democrática y de la cultura pluralista

La dirección de Podemos tuvo un gran acierto analítico y estratégico al encauzar al ámbito electoral e institucional la existencia de un amplio campo sociopolítico indignado, derivado de la gran experiencia de activación cívica precedente, que exigía más justicia social y más democracia real. La llamada nueva política ha supuesto un revulsivo político, en defensa de la gente, y un avance en términos participativos y democráticos, así como en calidad ética y honestidad personal, frente a la corrupción política, el autoritarismo y la jerarquización dominantes en las viejas estructuras partidarias.

El declive ha sido evidente. En este proceso de recomposición del liderazgo hegemonizado por el Movimiento Sumar, con fuerte apoyo mediático, junto con la

descalificación sistemática, el aislamiento político y el acoso judicial hacia Podemos, la izquierda transformadora ha demostrado sus límites e insuficiencias, cuando la autoridad moral y democrática es más fundamental para su liderazgo social. No solo se trata de aplicar los procedimientos mínimos deliberativos y decisorios —incluido las primarias y las votaciones de las bases inscritas o la militancia—, así como los códigos éticos, sino de mejorar el debate, la participación y la articulación de la pluralidad, al igual que la ejemplaridad personal.

La degradación democrática e integradora de las élites partidarias está relacionada con la fragilidad orgánica de la base social, poco articulada en grandes organizaciones y poco cohesionada en torno a un proyecto compartido. Además, está reforzada por la preponderancia de la actividad discursiva y de propaganda, junto con la tendencia a la intransigencia, el sectarismo o la irresponsabilidad y la insolidaridad ante las dificultades colectivas y la búsqueda grupal de reconocimiento de estatus.

Esas debilidades se acentúan en los momentos de socialización de las desventajas por la contraofensiva represiva y descalificatoria, con pérdidas de ventajas de estatus, sin suficiente solidaridad o lealtad colectiva, junto con la falta de sistemas organizativos reglados y acuerdos sólidos. Esa fragilidad está derivada de la formación dirigente, a través de un aluvión rápido, discursivo, optimista y adaptativo a las condiciones del ascenso de estatus, con poco arraigo social, sin experiencia y acción colectiva de base prolongada, sin contrapesos organizacionales en el ámbito social y cultural y sin suficiente capacidad de resistencia ideológica y material.

Por tanto, para el ascenso aspiracional de estatus y su mantenimiento, en ciertos sectores se refuerza el oportunismo adaptativo hacia la eficacia inmediata, es decir, a la adaptación a las posibilidades dadas por el poder jerárquico o las expectativas de ganar apoyos e influencia mayoritaria. El medio, la vertebración de la dirigencia partidaria, se convierte en el fin, que debieran ser las transformaciones de bienestar y derechos para la gente. Es una debilidad ética. Ello se agrava con las dificultades de arraigo social y pertenencia colectiva, con poca experiencia y acción de base prolongada en torno a una dinámica común.

Todo ello se intenta relativizar o esconder con el énfasis en su contrario discursivo: la vinculación con la gente de abajo y la misión transformadora de la representación con avances sociales y de derechos para el pueblo. Pero se trata de su realización práctica, junto con la propia activación cívica y la participación democrática.

El corporativismo sectario en las élites alternativas

Existe una diferenciación básica en la izquierda transformadora entre una tendencia más moderada y posibilista (Sumar) y otra más exigente y confrontativa (Podemos). Aunque en algunos aspectos las diferencias pueden ser importantes, en la etapa actual (frente a las derechas reaccionarias) no me parecen determinantes para impedir la convivencia básica en un proyecto político compartido o alianza amplia. Ello, aunque la dinámica institucional sea bastante continuista y la acción colectiva sea poco reformadora, y siempre evitando los retrocesos y empujando en la conformación de fuerza social y legitimidad pública, como en algunos amplios procesos participativos como el feminismo, la defensa de la sanidad y la educación públicas o el apoyo solidario al pueblo palestino.

Ese acuerdo plural mínimo es lo que sucede en grandes movimientos políticos populares o

frentes amplios progresistas, con más similitudes que, por ejemplo, en el actual agrupamiento democrático y plurinacional con la socialdemocracia y el nacionalismo —de izquierda y de derecha—.

Por tanto, la dificultad principal en la izquierda alternativa no es la diferencia programática o ideológica en sus definiciones generales. Es otro el elemento político decisivo, con importantes conexiones ideológicas y organizativas: el corporativismo sectario de (parte de) sus élites respecto de la vertebración partidaria estatal (y autonómica), con sus expectativas y procesos aspiracionales para conseguir reconocimiento público y estatus institucional. Tiene una vinculación, a veces confusa o indirecta, con los intereses, demandas y expectativas del poder o de fracciones populares y grupos sociales diversos con polarización identitaria.

Se trata de valorar objetivamente quién suma (y cuánto, cómo y por quién), en vez de quién resta; o bien tener una actitud inclusiva u otra excluyente, dentro de una dinámica de complementariedad de prioridades y jerarquización posicional. Se puede expresar como egos particulares y mayor o menor intransigencia discursiva y sectarismo organizativo, pero hay que interpretarlo en una lógica relacional o sociológica, no solo personal o psicológica.

El factor divisivo principal, en el marco de la recomposición dirigente de la coalición Sumar, ha sido el tipo de desplazamiento (o reajuste) del liderazgo anterior de Podemos, sin articulación y justificación democrática consensuadas. Se ha realizado solo a través de la legitimación pública del nuevo liderazgo de Yolanda Díaz, con apoyo mediático e institucional, y su proceso de escucha y su movimiento ciudadano de unos pocos miles de personas. Ello le ha permitido asumir la dirección de su grupo político, como hegemónico, y del conjunto del conglomerado (desde el acto de Valencia, otoño 2021, y el de Magariños, primavera de 2023... hasta la asamblea fundacional, abril 2024, y la asamblea constituyente, en otoño de 2024).

Y, todo ello, bajo el prisma de la imperiosidad de la subordinación de Podemos, por motivos políticos —*ruido, resta*— y orgánicos —*desconfianza, sin representatividad*—. Así como su aislamiento y la insolidaridad ante la avalancha acosadora de las derechas y poderes fácticos, especialmente demostrados ante la defensa de la ley de libertad sexual y el consentimiento como eje central, luego revalorizados por la experiencia de la amplia solidaridad feminista frente al beso no consentido de Rubiales a la mundialista Jenni Hermoso.

La consecuencia de esa falta de articulación equilibrada y solidaria es que el frágil acuerdo electoral para el 23J, con dificultades para un grupo parlamentario unitario y un reparto de responsabilidades equitativo, saltó por los aires, y constituye la desconfianza básica para buscar una mayor colaboración en beneficio de todas las partes. La salida es la demostración de la representatividad de cada cual, en unas elecciones sin grandes desventajas comparativas como las europeas, y sobre esa base objetiva, la posibilidad de comenzar de nuevo la aproximación en torno a un objetivo común.

EL proceso de recomposición de la dirección de la coalición Sumar, así como la distribución de las responsabilidades institucionales o las listas europeas, **no solo ha sido cupular, sino que se ha impuesto la adjudicación de posiciones institucionales sin criterios objetivos o consensuados**; de ahí el malestar de algunos grupos, en particular de Izquierda Unida.

En gran medida, se ha aplicado el criterio por lo que cada cual SUMA o RESTA, a juicio del núcleo dirigente, y según su capacidad de presión. Así, en el documento organizativo de Movimiento Sumar se adjudica el 70% para Movimiento Sumar y el 30% a los partidos —una vez quedado fuera Podemos— que choca con las proporciones y jerarquías en las listas europeas, incluso del reparto gubernamental. Y ello, aunque en el equipo de Yolanda Díaz insisten en que la completa hegemonía de Movimiento Sumar y el perfil que representan, frente al protagonismo de los partidos, son la clave para evitar el declive y asegurar la remontada; es lo que ha saltado por los aires. O sea, se aventuran conflictos inmediatos sobre el modelo orgánico, en particular con la Izquierda Unida salida de su reciente asamblea que reclama su reconocimiento y un trato de igual a igual entre los distintos grupos políticos.

Toda esta vertebración, poco transparente y sin criterios objetivos compartidos, afecta a la configuración democrático-pluralista del sujeto político, a su papel de mediación con la sociedad, a su prestigio como «mediador» de las relaciones sociales y políticas; genera distanciamiento o desafección hacia esa dirigencia poco maleable. Es contraproducente con la senda hacia un frente amplio, unitario y plural.

Hace tiempo, según distintas encuestas, se había iniciado el cuestionamiento público de la legitimidad del liderazgo de Yolanda Díaz como garantizadora del ensanchamiento electoral y de influencia, beneficioso para el conjunto y cada parte del conglomerado, es decir, para un objetivo común, en el que quedaba fuera Podemos. La reacción inmedatista es a mirar por la posición institucional de cada cual a corto plazo; o sea, a cierta fragmentación y descomposición del proyecto e interés colectivo, visto como privilegio hegemónico de parte.

El divisionismo y el burocratismo de las élites partidistas es un tema polémico en la historia de las izquierdas y la ciencia política, desde la revolución francesa y pasando por las experiencias de estos dos siglos hasta el debate sobre la oligarquía de los partidos políticos de hace un siglo y replanteado en la actualidad.

Por ejemplo, con la expresión y la relación entre partido político-movimiento ciudadano, que podemos definir entre dos tendencias básicas: una más participativa, *movimentista*, *consejista* o anarquista, y otra más vanguardista, centralista o institucionalista. No me detengo en ello; los debates actuales sobre Movimiento Sumar, agrupación política y/o coalición electoral y/o frente amplio desde abajo, reflejan esa tensión por la eficacia legitimadora, articuladora y transformadora, así como por la primacía dirigente o el liderazgo con el reconocimiento de su estatus y poder.

Es necesaria la superación de esas inercias e intereses corporativos de las estructuras dirigentes de los partidos políticos, así como las deficiencias participativas de los hiperliderazgos. Se trata de reforzar, junto con su función representativa y gestora, un doble plano democrático: el talante unitario y colaborativo, y el respeto y la regulación de la pluralidad.

En definitiva, sin un cambio de actitud político-democrática, sobre todo, de la dirigencia de Sumar, con un modelo orgánico integrador y respetuoso con el pluralismo, no es posible una cooperación con Podemos, centrado en su propio autodesarrollo defensivo, ni la perspectiva de un frente amplio, que pueda abordar unitariamente la próxima etapa política y electoral de 2027, de municipales, autonómicas y generales, con el fin del ciclo institucional progresista en España.

Como he dicho en otro lugar, la solución, de venir, vendrá de abajo y, en parte, de fuera de las dirigencias alternativas actuales. Es un desafío para la izquierda transformadora.

Lolo Semwá

Cismáticos perdidos

Confieso mi estupor fascinado ante la temporada de cismas que llevamos. Estaba el culebrón de las monjas de Belorado —con su obispo falso, su cura coctelero y su «no nos moverán» conventual— en pleno apogeo cuando saltó la noticia de otro cisma en la iglesia católica, anunciado por el propio afectado vía (la red antes conocida como) Twitter. Que eso de que unas monjas pasen del enclaustramiento al atrincheramiento, en una versión burgalesa de la [rebelión de Münster](#) (aunque se presupone que con menos hambruna y más gin-tonic), parece el guion de una serie de sobremesa pasada de vueltas, pero que un arzobispo de 83 años considere que la mejor defensa es un buen ataque en redes no es menos distópico. A ver, señor Vigatò, que internet lo carga el diablo...

Y luego están los cismas de la ultraderecha. Ya no basta con pardos, azules marinos, negros ni toda la gama oscura de Pantone para identificarlos. Su catálogo es tan amplio y sus estilos tan personales (y personalistas) que estamos empezando a diferenciarlos por sus actos: los del brazo arriba, los de la motosierra arriba, los del pacto migratorio de la UE arriba..., pero siempre con la transición ecológica abajo, los embriones dentro y los inmigrantes fuera. Y mientras estamos en esas, siguen multiplicándose como gremlins en un día de lluvia. Pues no va y le sale un competidor a Vox en las últimas elecciones europeas (además del pp, se entiende). Ahí tenemos al fachinfluencer y dos amigos más ocupando sus escaños y logrando la inmunidad que buscan para no ser procesados por delitos varios, ganada a base de cuatro frases llenas de bilis a través de las redes. *Programa* ya es solo eso que, entre dos sintonías y un buen rato de propaganda comercial, sale por la tele. Y pensar que se la llama «la caja tonta»... En comparación con lo que pulula por YouTube, presenta un coeficiente intelectual einsteniano, incluso con Mediaset contando para la media.

La ultraderecha está trufando la política de popes. Aunque, viendo cómo funcionan, tal vez sea mejor llamarlos *poppers*, porque impactan de la misma manera sobre los organismos: «producen un efecto estimulante y vasodilatador que se percibe a los pocos segundos de inhalar la sustancia, con sensación de euforia, ligereza, y aumento del deseo sexual, aunque estos efectos desaparecen rápidamente y dan paso a una sensación de agotamiento. Los efectos adversos producidos son enrojecimiento de la cara y el cuello, dolor de cabeza, náuseas, vómitos, aumento de la frecuencia cardíaca e hipotensión. [...] crean tolerancia, lo que, unido a la breve duración de sus efectos, lo convierte en una droga peligrosa, con un elevado riesgo de intoxicación por sobredosis». Que no se diga que el [Plan Nacional sobre Drogas](#) no avisa, pese a lo cual Occidente asiste paralizado a su cisma posmoderno, aunque ni ahora paz ni después gloria. Entre los candidatos ultras que se presentan y los ultracandidotes que los votan, nos están dejando la democracia hecha unos zorros, y esta vez la fiesta de la ídem augura una pésima resaca.

Por supuesto, la izquierda tampoco se escapa del descuartizamiento, pero eso no es nada reseñable, porque parece que está en su naturaleza andar cismática perdida. Menudos años llevamos... Más vale que vayamos dejando la reproducción por esporas para los helechos y nos esmeremos con el proselitismo, que la chavalería se está desmadrando con el colocón y alguien

tiene que encender las luces antes de que salga caro arreglar el destrozo. Eso, o claudicar del ateísmo y empezar a poner cirios en los mítines para que parezcan un *chill out* playero con un falso cura sirviendo los cócteles, a ver si así logramos que la palabra de Marx arraigue en el espíritu de las almas desorientadas. Amén.

Sergio Ferrari

El planeta juega con fuego

Cada minuto del año 2023 se gastaron 173.884 dólares en armas nucleares. Se vive uno de los momentos más peligrosos de la historia de la humanidad debido a la supremacía de lo nuclear en un escenario de conflictos crecientes en diversas regiones del planeta, desde Europa del Este hasta Medio Oriente. Nunca el planeta experimentó un riesgo tan alto como el actual de confrontarse con la autoextinción.

* * *

Con tono casi dramático y apoyándose en cifras y estadísticas, uno de los centros mundiales especializados más reconocidos publicó la tercera semana de junio su Anuario 2024. El Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (SIPRI, por sus siglas en inglés) sostiene que en 2023 Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia, China, India, Pakistán, República Popular Democrática de Corea e Israel continuaron modernizando sus arsenales nucleares y que varios de ellos desplegaron nuevas armas o sistemas bélicos de ese tipo.[\[1\]](#)

Según el SIPRI, la cantidad de armas nucleares en circulación a enero de este año a nivel mundial se calcula en 12.121 ojivas o cabezas nucleares. Pertenecen casi todas a Rusia (5.580) y Estados Unidos (5.044). Unas 3.900, aproximadamente la cuarta parte, desplegadas en misiles y aviones, lo cual significa un aumento de más de 60 con respecto a 2023. De ese total, 2.100, en misiles balísticos y en estado de máxima alerta operativa. Las ojivas “desplegadas” son las cargas nucleares en misiles o en bases con fuerzas operativas, en tanto que las “almacenadas” se encuentran en reserva y requieren cierta preparación para el despliegue (como transporte y carga en lanzadores).

El informe del SIPRI reconoce que sus cifras sobre las fuerzas nucleares son aproximadas y cada año las actualiza basándose en nueva información. Sin embargo, explica, Rusia y Estados Unidos no publican los totales de sus respectivas fuerzas nucleares estratégicas desde 2023, cuando Rusia se retiró del Tratado de Reducción de Armas Estratégicas (Nuevo START), último acuerdo vigente sobre armas nucleares entre ambos países, aunque ambos lo prorrogaron en 2021, y por cinco años.

Nueve naciones controlan el poder nuclear mundial

Según el Anuario del SIPRI, entre enero de 2023 y enero de este año, el arsenal nuclear chino aumentó de 410 ojivas nucleares a 500, convirtiéndose así en la tercera potencia nuclear mundial, aunque muy por detrás de Estados Unidos y Rusia. A fines de esta década, China podría llegar a tener como mínimo tantos misiles balísticos intercontinentales (ICBM) como Rusia o Estados Unidos, aunque se prevé que su arsenal de cabezas nucleares seguirá siendo mucho menor.

Aunque todo indica que en 2023 el Reino Unido no ha incrementado su arsenal nuclear, de todos modos, el SIPRI anticipa que está programando para los próximos meses un salto de 225 a 260 ojivas nucleares.

Francia, por su parte, ha continuado con sus programas de desarrollo de un submarino nuclear lanzamisiles balísticos (SSBN) de tercera generación y de un nuevo misil de crucero lanzado desde el aire. Además, implementó el reacondicionamiento y la mejora de sus sistemas existentes, con aproximadamente 290 ojivas nucleares.

En ese mismo periodo, India amplió ligeramente su arsenal nuclear. Tanto India como Pakistán desarrollaron el año pasado nuevos tipos de sistemas de vectores nucleares. India parece estar poniendo cada vez más énfasis en armas de mayor alcance, algunas de las cuales podrían impactar objetivos en toda China.

Corea del Norte sigue dándole prioridad a su programa nuclear militar como elemento central de su estrategia de seguridad nacional. El SIPRI estima que esa nación ya ha ensamblado unas 50 cabezas nucleares. Aunque en 2023 no realizó ninguna explosión nuclear de prueba, hay señales de que ha realizado su primer test de un misil balístico de corto alcance desde un silo rudimentario. También completó el desarrollo de por lo menos dos tipos de misiles de crucero de ataque terrestre (LACM) diseñados para el transporte de armas nucleares.

Así mismo hay evidencias de que Israel, que públicamente no reconoce poseer armas nucleares, está modernizando su arsenal nuclear y mejorando su reactor de producción de plutonio en la ciudad de Dimona.

Apuesta bélica que conspira contra el bienestar de los pueblos

En 2023, las nueve naciones con armamento nuclear destinaron en conjunto 91.400 millones de dólares para este rubro específico, lo cual representa 173.884 dólares por minuto o 2.898 dólares por segundo, según cálculos actualizados de la Campaña Internacional para la Abolición de las Armas Nucleares (ICAN, su sigla en inglés), organización internacional que obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 2017.[\[2\]](#)

ICAN, con sede en Ginebra, Suiza, reúne a 652 organizaciones, grupos y redes de 100 países, asociadas en la lucha antinuclear y acaba de publicar el informe "Aumento: gasto mundial en armas nucleares en 2023". Según este informe, la participación de Estados Unidos en el gasto mundial total para armas nucleares (unos 51.500 millones de dólares) supera el gasto conjunto de todos los demás países que poseen ese tipo de armamento.[\[3\]](#)

El segundo mayor presupuesto es el de China, que en 2023 destinó 11.800 millones de dólares. Rusia, con 8.300 millones de dólares, ocupa el tercer lugar. También Reino Unido aumentó significativamente su presupuesto en 2023, y por segundo año consecutivo, llegando así a los 8.100 millones de dólares.

En los últimos cinco años se invirtieron 387.000 millones de dólares en la construcción y el mantenimiento de armas nucleares. Por otra parte, el año pasado las empresas involucradas en la producción de armas nucleares recibieron nuevos contratos por un valor de casi 8.000 millones

de dólares. Sólo en Estados Unidos y Francia (los países de los que se ha podido obtener cifras) estas empresas gastaron 118 millones de dólares en cabildeo político para asegurar sus negocios portadores de explosivos beneficios.

El Tratado para prohibir el armamento nuclear, un papel mojado

ICAN es uno de los portavoces críticos de más reconocimiento internacional ante esta escalada bélico-nuclear. La Campaña sostiene que “los miles de millones de dólares que se desperdician cada año en armas nucleares constituyen una asignación inaceptable de fondos públicos [porque] en lugar de invertir recursos en una carrera imprudente con armas de destrucción masiva, los nueve Estados con armas nucleares podrían pagar servicios vitales para sus ciudadanos o ayudar a abordar las crisis globales existenciales”. Las comparaciones que siguen son por demás elocuentes: con los 91.400 millones de dólares anuales destinados al desarrollo bélico-nuclear se podría cubrir el 27% del déficit del actual financiamiento de la lucha contra el cambio climático, la protección de la biodiversidad y la reducción de la contaminación. Con cada minuto del gasto en armas nucleares de 2023 podría haberse plantado un millón de árboles. Los últimos cinco años de gastos en armas nucleares hubieran permitido alimentar 45 millones de personas que actualmente padecen hambre.

En su sitio interactivo WEB, ICAN provee información actualizada sobre el Tratado para la Prohibición de las Armas Nucleares en vigor desde el 22 de enero de 2021. Cualquier persona puede consultar allí si su país ya lo ha ratificado.[\[4\]](#)

A la fecha, 93 estados han adherido al Pacto y 70 lo han ratificado. No han adherido los nueve Estados con armamento nuclear, buena parte de Europa (a excepción de Austria e Irlanda) y tampoco Canadá y Japón. De las principales naciones de América Latina y el Caribe, Argentina es la única que no lo ha suscrito.

Falta solo una corta mecha...

La seguridad y la estabilidad mundial confrontan cada día un peligro mayor creciente. Sin duda en estos últimos años y meses las guerras en Ucrania y en Gaza impactan en todo lo que tiene que ver con el armamentismo y la seguridad internacional. Las constantes referencias al armamento nuclear que podría ser empleado en el caso de una escalación regional del conflicto, no son más que señales de ese fatalismo creciente.

En 2023, además de estas dos guerras, las cuales ocupan un lugar central en las noticias y los esfuerzos diplomáticos mundiales, han estallado conflictos armados activos de muy diversa naturaleza en otras 50 naciones. Las guerras en la República Democrática del Congo y en Sudán han provocado el desplazamiento de millones de personas, y en los últimos meses de 2022 el conflicto resurgió en Myanmar. En algunos países de América Central y del Sur, bandas criminales fuertemente armadas han sido y siguen siendo una importante preocupación de seguridad, lo cual explica, en particular, el colapso efectivo de Haití y su estructura de Estado.

El Anuario 2024 de la ICAN constata que “existen numerosas fuentes de inestabilidad: rivalidades políticas, desigualdades económicas, perturbaciones ecológicas y una carrera armamentista en aceleración”. En otras palabras: el planeta camina muy cerca del abismo y es hora de que las grandes potencias den un paso atrás y reflexionen. Preferentemente juntas, concluye ICAN.

El riesgo cotidiano de una nueva confrontación bélica donde la abundancia de armas nucleares arrasaría con gran parte de la humanidad. Y en este marco, sobresale el predominio de la soberbia belicista. Acuerdos de control de material nuclear entre potencias que caen; procesos de reducción de armamento postergados u olvidados; industria bélico-nuclear que no deja de desarrollarse. Y, tal vez lo más grave, tantas naciones que ni siquiera adhieren al principal Tratado de Prohibición de las Armas Nucleares. Del barril de pólvora, ahora, al barril nuclear. Y una sociedad planetaria sentada sobre él.

[Fuente: [CADTM](#)]

1. [https://www.sipri.org/sites/default/files/WNF%202024%20press%20release%20ESP.pdf ?](https://www.sipri.org/sites/default/files/WNF%202024%20press%20release%20ESP.pdf)
2. [https://www.icanw.org/global_nuclear_weapons_spending_surges_to_91_4_billion ?](https://www.icanw.org/global_nuclear_weapons_spending_surges_to_91_4_billion)
3. [https://www.icanw.org/surge_2023_global_nuclear_weapons_spending ?](https://www.icanw.org/surge_2023_global_nuclear_weapons_spending)
4. [https://www.icanw.org/signatur_and_ratification_status ?](https://www.icanw.org/signatur_and_ratification_status)

Andrés Actis

Atlas Network, el think tank ultraliberal que gana terreno en la UE de la mano de la agenda anticlimática

En mayo, con las elecciones europeas a la vuelta de la esquina, Madrid acogió dos eventos organizados por la ultraderecha. Uno, celebrado en el palacio de Vistalegre, [Madrid Europa Viva 24](#), organizado por Vox y los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), tuvo una amplia repercusión mediática. El líder de la extrema derecha española, Santiago Abascal, reunió en un mismo escenario a políticos mundiales afines a sus ideas: el presidente argentino, Javier Milei; el primer ministro de Hungría, Viktor Orbán; el ex primer ministro polaco, Mateusz Morawiecki; y la presidenta del Gobierno italiano Giorgia Meloni, entre otros.

La otra actividad, cuatro días más tarde, tuvo lugar en el hotel Intercontinental Madrid. El Foro Europeo de la Libertad no contó con ningún líder mundial. Tampoco con cámaras de televisión. Sus [exponentes](#), desconocidos para la opinión pública, fueron empresarios, economistas y directores de organizaciones y asociaciones ligados al ultraliberalismo, lobistas, en su mayoría, de las formaciones que participaron del primer evento.

El organizador de este foro fue Atlas Network, una asociación global que aglutina a decenas de *think tanks* libertarios, con mucha influencia en Estados Unidos y América Latina, que, en silencio, empieza a desplegar sus alas por Europa ante el auge y consolidación de partidos ultraconservadores.

“Ambos acontecimientos son un símbolo de una extrema derecha en ascenso en Europa a nivel electoral, pero también —y quizás igual de importante— desde la perspectiva de la ‘batalla de ideas’”, advierten los investigadores franceses Lora Verheecke y Olivier Petitjean, integrantes del Observatorio Multinacional, un laboratorio de control corporativo, autores de un [informe](#) que traza una muy documentada radiografía sobre esta organización.

Detrás de Atlas Network, devela la investigación, se encuentran multimillonarios y fundaciones de derecha como la Fundación Koch, la Heritage Foundation y Templeton, así como grandes corporaciones de sectores como el petróleo, el tabaco y el sector farmacéutico. La difusión del negacionismo climático y la instalación en el debate público de una agenda contra las políticas verdes son dos objetivos centrales de esta organización.

“La Red Atlas apoya, nutre y promueve a sus socios en toda Europa. Dondequiera que se sienta su influencia, promueve una serie de políticas de ultra libre mercado que inevitablemente implican recortes de impuestos para los ricos, recortes del gasto público, desregulación masiva y oposición a la justicia climática, respaldados por financiadores con buenos recursos pero en su mayoría ocultos. Las políticas que promueve en Europa no son una excepción y reflejan una alianza similar entre políticas neoliberales extremas y causas conservadoras radicales, como se ve en Estados Unidos”, explican los investigadores.

Los tentáculos de esta red ya operan en España. El Foro Europeo de la Libertad fue coorganizado por la Fundación para el Avance de la Libertad (Fundalib). En 2019, esta organización formó una alianza con otro *think tank* español, el Instituto Juan de Mariana (JMI), también socio de la Red Atlas, descrita como [“el epicentro del obstruccionismo climático en el sur de Europa”](#).

En la península ibérica, cuenta el periodista Danilo Albín, de *Público*, la red Atlas Network encontró “espejos donde mirarse”: el expresidente José María Aznar y la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso. Ambos participaron en eventos organizados por este *lobby* en América Latina. Ayuso, por ejemplo, participó en 2021 en conferencias patrocinadas por miembros de Atlas Network en Chile y Ecuador, frente a quienes criticó las “falsas banderas feministas que no son feminismo” e hizo gala de su eslogan “comunismo o libertad”.

Desregular Europa

Fundada en 1981 por el empresario británico de granjas de baterías Antony Fisher, Atlas Network pretende cubrir el mundo con *think tanks* libertarios, inspirado en el Instituto de Asuntos Económicos (IAE) en el Reino Unido, que contribuyó a la victoria de Margaret Thatcher. Según su informe anual de 2023, cuenta con 589 socios en 103 países y un presupuesto de 28 millones de dólares.

No es coincidencia, se explica en la investigación, que este foro esté “tan activo” en Europa en vísperas de las cruciales elecciones del 9 junio. Porque si bien la Unión Europea siempre se ha basado en los principios del libre comercio, “también ha sido fuente de importantes regulaciones en muchas áreas, que los libertarios siempre han denostado”.

“Con el ascenso de la extrema derecha en toda Europa y la elección de líderes que simpatizan con sus ideas en varios países, como Italia y los Países Bajos recientemente, ven una oportunidad para impulsar a Europa hacia políticas aún más desreguladoras y menos protectoras”, subrayan los autores.

En Bruselas, Atlas Network tiene como socios a influyentes a organizaciones ultraconservadoras como el Centro de Información sobre Política Europea (Epicenter), una fuente de consulta de muchos medios de comunicación. Todos los años, publica una clasificación de los llamados “Estados niñera”, un *ranking* que denuncia a los países que “restringen” la libertad individual de sus ciudadanos, regulando, por ejemplo, el alcohol y el tabaco. En 2023, este *lobby* presumió de haber llegado a 250 millones de ciudadanos europeos y haber sido mencionado más de 300 veces en los medios.

Otro aliado es Consumer Choice Center (CCC), un *think tank* que opera a favor de la agroindustria. Su cara visible en Europa, el empresario Bill Wirtz, muy activo en redes sociales, describe a los ecologistas como “teóricos de la conspiración”. “Cuando Bill Wirtz tuitea, produce un podcast o participa en debates, se le considera un simple consumidor. Esto permite que mensajes idénticos a los de la industria se repitan a través de canales “no comerciales”, creando el tipo de cámara de eco aparentemente independiente que es una característica clave del enfoque de Atlas Network”, señala esta investigación.

La CCC lanzó meses atrás una campaña y un sitio web para “ayudar a los votantes europeos a navegar por el complejo panorama de los candidatos políticos que compiten por escaños en el Parlamento Europeo en 2024”. En el apartado sobre precios de los combustibles y cambio climático, sólo una respuesta da 10 puntos: “Reducir los impuestos a los combustibles”. Aumentar estos impuestos o promover el transporte público ecológico y alternativo no da ningún punto a los candidatos.

En cuestiones climáticas, Greenpeace denunció en 2010 a esta red por haber financiado una multitud de organizaciones que actúan como una “cámara de eco” para amplificar artificialmente mensajes que socavan la acción climática o la credibilidad de la investigación científica sobre el tema.

Para los analistas Lora Verheecke y Olivier Petitjean, con el ascenso de los partidos de extrema derecha en toda Europa, “hay razones para temer que después de las elecciones de junio, la UE se incline aún más hacia una agenda política conservadora, anticlimática y antirregulación”. En este sentido, la Red Atlas, en su afán de retroceder la justicia social y las políticas ambientales progresistas, “parece estar buscando nuevos aliados y más puertas abiertas en la UE”.

“Con el Foro Europa Libertad celebrado recientemente en Madrid, donde estuvieron representadas 191 organizaciones de 47 países, demostró su creciente fuerza en Europa, también en Bruselas. Después de Argentina, el Reino Unido y muchos otros países, ahora tiene a la UE en la mira”, concluyen.

Francia, la prueba piloto

A través de cinco poderosos socios, Atlas Network influye desde hace más de una década en el mapa político francés, sobre todo por su alta visibilidad en los medios de comunicación. Los socios de la red son: la Fundación Ifrap, Taxpayers Associés, IREF, el Instituto Molinari e IFP. “Todos prefieren permanecer discretos sobre sus vínculos con la red estadounidense. Todos ellos tienen muchos vínculos entre sí y con empresarios y personas ricas, así como con todos los matices de la derecha y la extrema derecha francesas”, explica la investigación de este laboratorio galo.

Ifrap, por ejemplo, fue fundado gracias a una importante donación de la Fundación Heritage, muy cercana a la extrema derecha de Marine Le Pen. Su portavoz, Agnès Verdier-Molinié, se formó en varios *think tanks* estadounidenses, todos satélites de Atlas Network.

Asimismo, el Instituto de Investigaciones Económicas y Fiscales (Iref) o el Instituto Molinari alimentan constantemente “la cámara de resonancia libertaria en los medios de comunicación con ideas similares: críticas a los impuestos y diatribas contra un supuesto ‘odio a los ricos’, oposición a las políticas climáticas o llamamientos a la privatización de los servicios públicos”. A menudo, en los debates mediáticos, “se presentan como expertos independientes y apolíticos”.

“Aunque siguen siendo minoría en la opinión pública, sus portavoces están cada vez más presentes en los medios de comunicación y algunas de sus propuestas se encuentran en los debates y en las decisiones políticas”, advierte el trabajo.

Desde su nacimiento, Atlas también se beneficia de fondos de un donante clave: el grupo Michelin. Jean-Claude Gruffat, único miembro francés del consejo de administración de la red, es un ejemplo de los vínculos entre el mundo empresarial, la extrema derecha y este influyente *think tank*. Trabajó por más de cuarenta años en finanzas, en el banco IndoSuez, luego en Citigroup y en Galileo Global Advisors, antes de terminar como director general de Weild & Co en Nueva York. Ese cargo le permitió viajar por Asia, Medio Oriente, Europa y América del Norte y “construir una gran red de contactos en muchos países”. Fundó el Instituto de las Libertades, uno de los *think tanks* franceses más vinculado a Atlas Network. Actualmente, el Instituto está presidido por Charles Gave, un millonario que está denunciado por la supuesta financiación ilegal de campañas a la extrema derecha.

El nexa con Milei

Atlas Network patrocina dos de los grandes *think tanks* que han ungido la candidatura del presidente argentino Javier Milei: la Fundación Atlas, con oficinas en Puerto Madero, en Buenos Aires, y la Fundación Libertad, con sede en Rosario, Santa Fe.

El negacionismo de La Libertad Avanza, el partido de este mandatario latinoamericano, incluye la privatización de los recursos naturales del país, una política que el líder ultralibertario piensa desplegar en la segunda parte de su mandato.

El periodista ambiental argentino Maico Martini [reveló](#) el año pasado el estrecho vínculo entre los hermanos Koch, mayores inversionistas de esta red, la segunda familia más rica de los Estados Unidos, con un patrimonio estimado de 100.000 millones de dólares según Forbes, y Milei.

Las industrias Koch ya no se dedican solo al petróleo, sino que diversificaron sus actividades a la química, la minería, el papel y las finanzas. “Hace años que el sector petrolero ha fijado sus ojos en el mar Argentino”, cuenta Martini. Durante el Gobierno de Mauricio Macri se les otorgaron a diferentes empresas permisos para buscar yacimientos petroleros en las aguas nacionales. La administración del expresidente Alberto Fernández amparó la decisión de su antecesor.

El movimiento “libertario” va un paso más allá y propone, sin medias tintas, privatizar el mar Argentino, de esta forma se le daría luz verde definitiva a la explotación petrolera en las aguas nacionales.

“¿Por qué las ballenas se están por extinguir o los elefantes? La diferencia es el alambrado. ¿Por qué las gallinas y las vacas no se extinguen? Porque hay un propietario”, justificó en campaña el hoy diputado nacional Bertie Banegas Lynch.

En enero, *The Guardian* publicó un [artículo](#) titulado “¿Qué vincula a Rishi Sunak, Javier Milei y Donald Trump? La oscura red detrás de sus políticas”. Para el periódico británico, “Milei está intentando lo que los conservadores han hecho en el Reino Unido durante 45 años”, un proyecto político influenciado por una serie de *think tanks* neoliberales a nivel global, Atlas Network, un “organismo coordinador global que promueve en términos generales el mismo paquete político y económico en todos los lugares donde opera”.

“Madrid es hoy un epicentro de esta batalla de ideas”

Guillermo Fernández Vázquez es licenciado en Sociología, Filosofía y doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid. Es uno de los académicos que más ha investigado a la ultraderecha europea.

En diálogo con *El Salto*, sostiene que es “clave poner el foco sobre la influencia de los *think tanks* libertarios en la extrema derecha occidental”. Advierte que “Milei no es un caso raro”, todo lo contrario. “Es con Milei por donde avanza el futuro político de la extrema derecha, que pasaría del modelo de la década pasada ligado al Estado de bienestar chauvinista a una nueva hegemonía ideológica que hoy están conquistando los libertarios”, analiza.

A su juicio, los dos eventos en Madrid “no son casualidad”. La capital de España es hoy “un epicentro de esta batalla de ideas”, lo que refuerza la idea de Madrid como la nueva Miami, “un nodo libertario que une Europa, Estados Unidos y Latinoamérica”.

Para este experto, el interés de Altas Network en Europa “va a tener efectos sobre la tendencia, la oferta y los discursos políticos de la ultraderecha”. “De algún modo, la aparición de este *lobby* en Europa está dejando muy obsoleta la vieja fórmula ganadora de la ultraderecha, el estado de bienestar chauvinista. Las fuerzas renovadas del discurso libertario y sus *lobbies* están desplazando el eje de la ultraderecha”.

Esta “ola ultraliberal” tiene algo de “inesperado y contraintuitivo”, agrega Fernández. “Con la pandemia hubo un consenso de que se saldría hacia modelos con Estados más fuertes y la sostenibilidad ambiental, que la pandemia mataba definitivamente al neoliberalismo. Lo que nos estamos encontrando tres años después del confinamiento es justo lo contrario: las ideas libertarias tienen más fuerza que nunca”, reflexiona.

La “peligrosidad” de estos *lobbies*, agrega, es “su capacidad transversal para penetrar a través de premios, becas y foros mucho más allá de las redes habituales de la ultraderecha tradicional”. Es decir: sus tentáculos son “mucho más eficaces” que los que hasta ahora estaban desplegando las usinas de ideas de partidos como Vox.

La misma reflexión hace Miquel Ramos, periodista e investigador especializado en extrema derecha. Ramos explica que el avance de esta red es “un claro peligro para la democracia”. “Estamos hablando de multinacionales que invierten una gran cantidad de dinero en que las democracias no limiten sus ganancias, aunque esto implique suprimir derechos y acrecentar la desigualdad. Uno de sus éxitos es, justamente, saber enmascarar muy bien sus proclamas y campañas para que las corrientes políticas y la opinión pública sean favorables. Esto es jugar muy sucio en democracia”, subraya.

Ramos aclara que “Atlas Network ya tenía puestas algunas fichas en Europa” y que su penetración no es nueva. El problema es que ahora, con esta ola ultraderechista a nivel continental, “la red va a tener en Bruselas mucha más gente a su disposición para seguir avanzando en su batalla cultural”.

[Fuente: [El Salto](#)]

Pere Rusiñol

Enric Tello: «Crecer a toda costa nos lleva al peor decrecimiento»

La serie de videoentrevistas «Economía fuera del carril», coproducida por [Alternativas Económicas](#) y elDiario.es con el apoyo del programa de Proyectos Singulares de la Generalitat de Catalunya, aborda en esta nueva entrega la economía ecológica de la mano de Enric Tello, uno de los referentes de esta tradición en España. Catedrático del Departamento de Historia Económica, Instituciones, Política y Economía Mundial de la Universidad de Barcelona, se jubila a finales de este curso académico tras haber consolidado un prestigioso núcleo de economía ecológica en la Facultad de Economía y Empresa de esta universidad, de referencia internacional.

Discípulo de Joan Martínez Alier, uno de los fundadores de la disciplina en España, Tello procede de la tradición del marxismo heterodoxo articulada alrededor de la revista [mientras tanto](#), fundada en 1979 por los filósofos Manuel Sacristán y Giulia Adinolfi, que sigue editándose en versión digital. Lo que sigue es una versión editada de la conversación.

¿Qué es la economía ecológica?

Una disciplina científica que podríamos llamar híbrida porque traspasa fronteras y combina las enseñanzas de dos áreas: la ecología y la economía. El puente entre ambas nos permite responder a los problemas contemporáneos de la insostenibilidad a la que nos ha conducido la economía convencional.

¿Economía ecológica o ecologista?

El ecologismo se refiere al movimiento de denuncia y de transformación, mientras que la ecología es una disciplina científica. Hay relaciones entre ambas, claro, pero es importante distinguir las para que quede claro que la economía ecológica es una disciplina científica.

¿Y en qué se distingue de las corrientes de la economía convencional que también se preocupan del medio ambiente?

En la corriente neoclásica, la economía ambiental viene a ser un intento de abrirse y considerar los problemas ambientales. El problema es que este enfoque, con el que la economía ecológica mantiene una discusión científica, intenta llevar al terreno del mercado y de la cuantificación coste-beneficio, en términos puramente monetarios, lo que ellos llaman externalidades. Es decir, consideran que la interacción entre el funcionamiento de la economía y el medio ambiente es una externalidad, lo que ya indica con claridad que para ellos es algo que está fuera.

¿Fuera de la economía?

Que la economía está fuera de la naturaleza y de la sociedad. Como si estuviera en un vacío mercantil, en una especie de campana de cristal, donde se ha extraído el aire de todo lo que tiene vida y solo quedan esos elementos abstractos de supuestos agentes que interactúan en un

mercado perfecto para asignar los recursos de forma óptima de acuerdo con unos precios que surgen por oferta y demanda. Este es el universo mental de la economía convencional. Pero a estas alturas tienen que reconocer que fuera hay algo: las externalidades. Y entonces intentan internalizarlas contándolas en dinero, pero al estar fuera del mercado incurren en procedimientos discutibles.

¿Y cuál es el planteamiento alternativo de la economía ecológica?

Hace la operación conceptual contraria: empieza por subrayar que la economía funciona dentro de la sociedad, y ambas dentro de la naturaleza porque es el sostén que nos da vida, con sus materiales, energía... Sin esto, no existe ni sociedad ni economía. No es concebible, pues, que la economía deteriore la naturaleza: nos lleva a un camino insostenible. El Instituto de Resiliencia de Estocolmo ha mostrado que el crecimiento económico y la lógica del beneficio, que es el objetivo de la economía estándar, han provocado que se hayan superado ya nueve límites planetarios. El crecimiento infinito en una biosfera finita es una quimera y nos lo dicen los científicos. No es que hayamos superado solo los límites del clima, sino hasta nueve límites planetarios.

O sea: nuestros problemas van mucho más allá del cambio climático.

Evidentemente, y son anteriores. El deterioro de la biodiversidad de la que dependemos es enorme en servicios ecosistémicos clave, desde la polinización, sin la cual las plantas no pueden crecer, o la disrupción de los ciclos biogeoquímicos de los macronutrientes de los que se alimentan plantas y animales.

Estos límites son científicos. ¿Por qué no lo asume la economía convencional?

Aún piensa que el crecimiento económico puede seguir adelante. Reconoce que tenemos un problema con el cambio climático, pero que se resuelve pasando de combustibles fósiles a renovables. Como si cambiáramos la rueda del coche que se ha pinchado. Le ponemos la de recambio de las renovables y listo.

¿Y esto por qué esto no es posible?

No es suficiente. Claro que hay que hacer la transición a las renovables, pero no es suficiente. No salen los números.

¿Tampoco con la tecnología?

La innovación tecnológica es importantísima, pero los economistas convencionales, que viven en esa burbuja, dan por supuesto que siempre encontraremos una solución tecnológica. En realidad, en sus modelos es una externalidad, algo que cae del cielo. Lo dan por supuesto, pero no lo demuestran. Nosotros también trabajamos con las contabilidades convencionales, en dinero, pero relacionándolas con las biofísicas. En nuestros modelos se calcula en términos físicos, energéticos, biológicos, territoriales y, luego, se conecta con los flujos de dinero. Vemos cómo unos arrastran a los otros y ahí nos damos cuenta de que no es tan fácil eso de que ya se inventará algo. Desde luego, no podemos darlo por sentado y menos con tan poco tiempo: ¡ya hemos traspasado los límites planetarios!

¿En qué tipo de indicadores deberíamos fijarnos para saber si la economía va bien o mal respetando los límites?

Los indicadores son una de las grandes diferencias entre la economía convencional y la ecológica, que propone una visión alternativa de lo que es una buena economía y, por tanto, necesita otro tipo de indicadores, como las huellas ecológica, hídrica, de carbono, etc. Y como la clave está en los límites, está ganando interés el enfoque que llamamos donut, o rosquilla, una idea de la economista de la Universidad de Oxford Kate Raworth, que tiene en cuenta estos límites planetarios con una plasmación muy visual.

¿En qué consiste?

Hay dos círculos, uno hacia afuera con límites planetarios, y otro dentro, con indicadores sociales, de ahí la imagen de donut o rosquilla. Cuando vamos bien —no se superan los límites—, la sección se pinta de verde, mientras que si vamos mal, de rojo. Sería como concebir una casa con un suelo en el que todo el mundo tiene que estar y un techo que nadie tiene que traspasar: el espacio seguro y justo para que todo el mundo pueda vivir una vida digna sin superar límites planetarios. Esta foto, o espejo, permite ver cómo vamos y, a partir de ahí, ver qué podemos hacer para decrecer en impactos biofísicos y a la vez mejorar la calidad de vida de todos.

¿Existe algún país que tenga en verde ambas esferas?

Ninguno. Lo que suele observarse es una curva en la que los países que no superan los límites planetarios tienen un fundamento social inaceptable, y al revés. Y lo que es peor: en los últimos 30 años, muchos países estamos aumentando los impactos y la superación de límites planetarios sin mejora de los fundamentos sociales y, a veces, incluso empeorándolos por el aumento de la desigualdad. Con estos indicadores se observa que la solución no es el crecimiento económico.

¿El problema es el capitalismo?

Evidentemente. Necesitamos un cambio sistémico que pueda afrontar las enormes injusticias sociales y ambientales globales, con cambios de las formas de producir, consumir y habitar el planeta. Este cambio puede recibir diversos nombres, pero está claro es que el capitalismo no es la solución, sino el problema.

¿La vía para ello que propone la economía ecológica es el decrecimiento? Mucha gente asocia decrecer con empeorar: es difícil que esta bandera concite apoyos mayoritarios.

Lo importante es aclarar de qué estamos hablando. Si resulta que estamos superando determinados límites planetarios, pues habrá que decrecer estos impactos. Y existe una extraordinaria correlación estadística entre el crecimiento del PIB y todos estos impactos.

Pero entonces, más que enredarnos en debates sobre crecer o decrecer, ¿no habría que romper la vinculación entre economía y PIB como indicador central?

¡Sin duda! La economía ecológica hace años que discute la hegemonía del PIB y muchos economistas de la corriente principal asumen que es un mal indicador. Lo que hacemos nosotros es abrir la caja del PIB y buscar qué hay dentro.

¿Y en qué se fijan dentro de la caja?

Ahí están las tablas input-output, que permiten descomponer por sectores y fijarse en los flujos, que van desde la extracción de materiales hasta el consumo final de cada país o región, analizar las exportaciones e importaciones, y las relaciones entre sectores. Por ejemplo, la agricultura produce, luego la industria alimentaria transforma y lo que no comemos deviene en residuo, que hay que seguir para ver si vuelve a la tierra o si contamina. Esta tabla se puede descomponer con los flujos de dinero de valor añadido y, por tanto, mirar quién se lo queda y entender por qué el crecimiento degrada el medio ambiente sin mejorar la vida de la gente. Las tablas se van enlazando: de los flujos de energía a las emisiones, los consumos de agua, la contaminación, la ocupación de suelo... y así sucesivamente.

¿Adónde nos lleva esta secuencia?

Nos permite establecer modelos y sistemas de cálculo, y con ello previsiones más razonables que en los modelos estándar, que solo cuentan dinero. Es cuando abrimos la caja del motor y vemos cómo funciona cuando nos damos cuenta de la necesidad de cambio sistémico. Y ahí habrá sectores que tienen que crecer mucho, como la agricultura ecológica. El PIB cuenta tanto los bienes como los males, lo cual es absurdo. No hay que quedarse atrapado ahí.

¿La economía convencional no está interesada en entrar dentro de la caja?

Veámoslo con el cambio climático. Tenemos un modelo, Medeas, que se ha hecho con un programa europeo que permite prever los impactos de la transición energética de forma interconectada. Y ahí vemos que las renovables aumentan mucho el consumo de materiales como el litio y otros, que son muy limitados y, además, exigen mucho consumo energético para extraerlos, procesarlos y con ellos hacer placas solares y coches eléctricos. Si hacemos los cálculos con este modelo, vemos que el crecimiento verde impulsado con políticas keynesianas que movilicen inversiones puede impulsar el PIB, pero choca con los límites biofísicos. Resultado: no cumplimos con el Acuerdo de París y el calentamiento global supera de mucho los dos grados.

La economía ecológica parece siempre portadora de pésimas noticias... ¿Hay alguna esperanza?

El propio modelo nos dice que hay una vía de salida: un decrecimiento suave a nivel global, pero bien planeado, con un cambio estructural e integrando todas las piezas, como la alimentación, con la agroecología, que enfría y regenera la tierra, cambios en la dieta, con menos consumo de carne, lo cual es, asimismo, bueno para la salud... Entonces, si cambias el sistema agroalimentario y si otros sectores industriales avanzan hacia modelos de ecología industrial circular, sí que salen los números. Es cierto que, además del llamado crecimiento verde y del cambio sistémico, hay un tercer escenario: no hacer nada. Pero esto sí que sería la peor noticia: el desastre. Los negacionistas climáticos, los que quieren crecer a toda costa, sí que nos llevan al peor decrecimiento.

¿Por qué hay tanta oposición en el campo a la transición verde?

En todos lados se dan pulsiones contradictorias: se quiere el crecimiento y que sea verde; el problema es que hay que elegir. En el caso de los agricultores, cuando analizamos las cadenas de producción y consumo, vemos que cada vez es más asimétrica: hay unas pocas grandes corporaciones vendiendo los inputs industriales, basados en combustibles fósiles —fertilizantes, pesticidas, tractores, etc.— cada vez más caros, y luego los grandes supermercados comprando cada vez más barato. Esto significa que de lo que paga el consumidor final, el valor añadido que les llega a los agricultores es cada vez más estrecho: ya no se ganan la vida y nos estamos quedando sin campesinos.

¿Pero con este esquema, por qué se dirige el malestar contra los ecologistas?

Ahí tiene mucho que ver el engranaje de la deuda: muchos tienen el patrimonio familiar comprometido con inversiones industriales y tratan de salir a flote como pueden. Es una rueda de la que es difícil salir. Pero si logras reconvertirte hacia la agricultura ecológica, rápidamente notas mejoras: te liberas de la dependencia de los inputs externos costosos, recuperas el control sobre qué hay que producir y conectas con canales de distribución más cortos, que buscan un consumidor más consciente que paga mejor, con lo que se recibe una parte mayor del valor añadido produciendo menos cantidad por unidad de suelo. Esto no es una teoría: es lo que dicen ya los estudios.

[Fuente: [elDiario](#)]

Hervé Kempf

Jean-Baptiste Fressoz: «La transición energética aún no ha comenzado»

Jean-Baptiste Fressoz (Francia, 1977) es historiador de la ciencia, la tecnología y el medioambiente y profesor de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París. Acaba de publicar *Sin transición. Una nueva historia de la energía* ([Seuil](#)), que será traducida y publicada en castellano por la editorial Arpa. También es autor, junto a Christophe Bonneuil, de *El evento Antropoceno: la Tierra, la historia y nosotros* (Points Histoire) y *El apocalipsis alegre. Una historia del riesgo tecnológico* (Seuil).

En su opinión, la transición energética no se está produciendo. ¿Cuál es el problema?

La transición es la idea de que vamos a cambiar nuestro sistema energético dentro de 30 o 40 años para hacer frente a la crisis climática. Pero si lo analizamos históricamente, veremos hasta qué punto esta noción ha introducido sesgos científicos. No hicimos la transición de la madera al carbón durante la Revolución Industrial, por ejemplo. La Revolución Industrial no fue una transición en absoluto, fue una enorme expansión material.

En 1900, Inglaterra, un país minero muy grande, consumía 4,5 millones de m³ de madera al año para utilizarla como puntales en las galerías de las minas. En la década de 1750, los ingleses quemaban 3,6 millones de m³. Así pues, solo para extraer carbón, los ingleses utilizaban más madera en 1900 de la que quemaban en 1750.

¿Así que el petróleo no ha sustituido al carbón?

No, es una visión equivocada. Por ejemplo, el petróleo se utiliza para que los coches funcionen. Pero en los años treinta se necesitaban unas siete toneladas de carbón para fabricar un coche, es decir, la misma cantidad en peso que el petróleo que quemaba durante su vida útil.

Para reducir el mineral de hierro se necesita [coque](#), cuya producción consume una enorme cantidad de energía. Durante mucho tiempo fue exclusivamente obtenida del carbón. Todavía hoy se producen 1.700 millones de toneladas de acero al año. Si quisiéramos hacerlo *ecológico*, necesitaríamos 1,2 millones de aerogeneradores. Y si quisiéramos hacerlo con hidrógeno, necesitaríamos la cantidad de electricidad que produce actualmente Estados Unidos.

Más que una suma de energías, se trata de una expansión simbiótica. Hasta los años sesenta, era imposible extraer carbón sin madera. Una cosa que debemos recordar sobre la industrialización es que hemos consumido una mayor variedad de materiales, y cada uno de ellos se ha consumido en mayores cantidades. Y si algunos materiales están disminuyendo es debido a las prohibiciones: por ejemplo, el uso del amianto ha caído entre un 40 y un 50% desde los años noventa.

Usted defiende una historia material, en el sentido de que el mundo está hecho de materiales...

Si queremos pensar seriamente en la crisis medioambiental, no debemos centrarnos en la tecnología, sino en las cantidades de materiales. Lo importante es que el consumo de todos los materiales crece, a pesar de las innovaciones.

¿Se han equivocado todos sus predecesores en la historia de la energía?

Los expertos no hablaron de transición hasta los años setenta, porque veían que el carbón no se eliminaba. Fueron los “futurólogos” quienes empezaron a hablar de ello, y los historiadores adoptaron el vocabulario tecnocrático a partir de los años ochenta. Estaban influenciados: eres un historiador de la máquina de vapor, y de repente te conviertes en un historiador de la transición. Es mucho más chic.

En la actualidad, la transición sigue sin producirse y, a pesar del auge de las energías renovables, los combustibles fósiles siguen representando el 80% del consumo mundial de energía...

Sí, se ha mantenido más o menos estable desde los años ochenta. Todavía no hemos pasado el pico para el carbón o el petróleo. Sigue habiendo una enorme cantidad de combustibles fósiles. De momento, no hemos iniciado la transición energética. Lo que sí hemos hecho, gracias al progreso tecnológico, es reducir la intensidad de carbono de la economía: se necesita la mitad de CO₂ para producir un dólar de PIB que en los años ochenta. Pero en términos de volumen, los combustibles fósiles son más importantes ahora que entonces.

¿Por qué es tan popular la idea de la transición energética?

El discurso de la transición es ante todo un discurso de la «era»: la era del carbón, la era del vapor, la era de la electricidad, la era del petróleo. Es un discurso clásico de promoción industrial. Permite situar una nueva tecnología en el gran esquema de la historia de la humanidad. El problema es que los intelectuales se lo han tomado en serio.

En la década de 1860 se empezó a hablar de la ‘era del vapor’ como una forma de marginar el poder humano. Se presentaba a los trabajadores como resistentes al progreso, a la modernidad como el encuentro del genio y la materia. Luego, a finales del siglo XIX, cuando se empezó a hablar de la electricidad, hablar de una era eléctrica permitió hacer un gesto bastante clásico en el mundo intelectual, el de la *tabula rasa*, la tabla rasa de la que se parte de nuevo.

¿Cómo hemos llegado al concepto de transición?

Después de 1945, un grupo de científicos empezó a hablar de transición: los “atómicos” estadounidenses del Proyecto Manhattan. Se había realizado un cálculo que demostraba la extraordinaria eficacia de la generación nuclear. Estos científicos querían demostrar que lo que habían inventado no era sólo una herramienta para una muerte catastrófica, sino también la clave para la supervivencia de la humanidad. Proporcionaría energía abundante e ilimitada. Luego, durante los años setenta y las crisis del petróleo, se extendió la noción de crisis energética, así como la de transición energética.

El presidente estadounidense Jimmy Carter desempeñó un papel clave en esta difusión, con un importante discurso pronunciado el 18 de abril de 1977. Dijo: “En el pasado, ya hemos hecho dos transiciones energéticas, de la madera al carbón, y luego del carbón al petróleo. Ahora tenemos que hacer una tercera transición”. Lo que preveía era una duplicación de la extracción de carbón en Estados Unidos. Habrá menos petróleo, así que sacaremos más carbón y lo licuaremos.

Luego, cuando Ronald Reagan asumió el poder, su equipo para el sector energético estaba dirigido por un petrolero de Texas cuyo gran programa era liberalizar y perforar más, alegando que el precio del petróleo bajaría gracias al mercado y a la innovación. Esto es lo que ocurrió con el gas de esquisto. La transición ya no tenía mucho sentido, salvo aumentar la independencia energética estadounidense.

Pero los ecologistas han empezado a retomar este vocabulario, que naturaliza las decisiones energéticas, es un invento del *lobby* atómico y una antífrasis de la crisis medioambiental.

El Grupo 3 del IPCC explica en su último informe que la transición es algo bueno, y que vamos a conseguirlo.

El IPCC es un grupo intergubernamental, no internacional. Esto es muy importante: significa que los gobiernos designan quién participa en este organismo. Cuando se creó en 1988, Estados Unidos —que era, con diferencia, el mayor emisor de CO₂— designó a representantes de los ministerios de Industria, Energía y Agricultura para el Grupo 3. Los representantes de los ministerios de Industria, Energía y Agricultura fueron designados por los gobiernos. Tenían que interiorizar la restricción económica, y ese es el papel de este grupo. Estados Unidos promoverá la tarjeta tecnológica como medio de transición.

Como resultado, hasta el [sexto informe de 2023](#) no hubo un capítulo sobre la sobriedad [n.d.t: más adelante J. B. especifica qué comprende por sobriedad]. El otro problema es que se han tomado opciones tecnológicas increíbles, como el [almacenamiento de carbono](#). Y aquí creo que hay una influencia del *lobby* del petróleo.

Si no hay transición energética, ¿qué podemos hacer ante el desastre ecológico?

Lo primero que hay que hacer es mirar con realismo lo que podemos hacer tecnológicamente. Mi argumento no es tecnófobo. Ha habido grandes avances tecnológicos en ciertos ámbitos, como la energía solar. Pero no podremos descarbonizar ciertas cosas antes de 2050, como el cemento, el acero o los plásticos. La sobriedad es la clave. Tenemos que reconocer que una de las cuestiones clave es el nivel de producción.

Pero si vamos a producir en masa coches eléctricos, que de ninguna manera están libres de carbono, eso no cambia el problema. Todavía hay que fabricar el coche, que es acero, y el acero sigue siendo carbono. La energía solar debe considerarse en el contexto de un sistema en su conjunto, lo que plantea un problema. [Mi libro](#) no es una crítica a las energías renovables, sino a la idea de la transición energética: tenemos que volver a situar las energías renovables en el conjunto del sistema que van a alimentar.

Entonces, ¿cómo podemos avanzar hacia la sobriedad?

Tenemos que dejar de decir tonterías. Cuando nuestros gobiernos machacan con la idea de que el decrecimiento es una idiotez, que hay desacoplamiento, que vamos a fabricar aviones de hidrógeno sin emisiones de carbono, inevitablemente la gente quiere creerlo. Es una perspectiva muy atractiva. Pero si no hablamos seriamente de este tema, nunca alcanzaremos la sobriedad.

La cuestión se hará inevitablemente más acuciante a medida que el muro climático se afiance, las crisis climáticas se repitan y los objetivos de descarbonización se vuelvan absolutamente utópicos. La sobriedad será cada vez más importante.

¿Comenzaría una nueva historia, la del decrecimiento?

Cuando digo sobriedad, me refiero al decrecimiento material. Podríamos dejar de construir carreteras en Francia sin que fuera una catástrofe. Podríamos parar muchos aviones sin que pasara gran cosa, como vimos durante la pandemia, no hemos muerto de hambre.

¿Por qué sigue habiendo tanta esperanza en la tecnología?

Debido a una atención sin precedentes a la innovación. Se ha confundido la innovación con el fenómeno técnico en general, que es mucho más masivo y amplio. ¿Qué necesitamos realmente? ¿Cómo se distribuyen los beneficios y los impactos del carbono?

Podemos compensar masivamente a las poblaciones que ya no podrán vivir donde lo hacen e imaginar acogerlas. De eso deberíamos hablar, no de fantasear con un mundo sin carbono en 2050.

[Fuente: [Ctxt](#). Entrevista publicada originalmente en el diario francés [Reporterre. La Média de l'Écologie](#). Traducción de Alberto Coronel Tarancón]

Nuria Alabao

«Follow the money»: la influencia de la derecha religiosa estadounidense en Europa

Las elecciones europeas están muy cerca y las encuestas indican una fuerte subida de las derechas radicales. Los dos grupos del Parlamento Europeo donde se integran –Identidad y Democracia y los Conservadores y Reformistas Europeos– podrían tener hasta treinta escaños más si se confirman las predicciones, que les auguran un 23% de la intención del voto, [como explica Steven Forti en este análisis](#). Pero ¿qué puede implicar este ascenso para otro tipo de derechos asociados al género –de las mujeres o de las disidencias sexuales–, esos que la UE suele presentar como una seña de identidad propia?

Realmente no es fácil responder, sobre todo porque depende tanto de los consensos previos con los que se enfrentan, como de las resistencias que pueden llegar a producirse. (Además, para que se hagan efectivos estos derechos asociados al género de manera plena se tendrían que contemplar como parte de un sistema más amplio de garantía de derechos sociales, y no de forma aislada. Por ejemplo, las leyes antidiscriminatorias no sirven si las personas no tienen acceso a sanidad, renta, a una vivienda digna... o simplemente si las personas no tienen acceso a la justicia de una manera igualitaria para hacer valer esos derechos).

En todo caso, para entender lo que sucede en Europa en relación a este ámbito, hay que atender también a una cuestión en la que no solemos poner el foco: el crecimiento de [la influencia de la derecha religiosa estadounidense](#). Desde hace años, se ha erigido como un actor más en las instituciones europeas a través de una miríada de organizaciones fundamentalistas bien financiadas. Esta derecha religiosa –y sus organizaciones– es la misma que apoya directamente a Donald Trump que, de volver a la presidencia, usará sin duda los recursos del Estado para tratar de impulsar a sus aliados: las derechas radicales europeas y sus agendas ultraconservadoras.

Las tropas de Trump

Buena parte de cómo se concibe el activismo antiderechos hoy –con grandes oenegés bien financiadas que lanzan campañas coordinadas con otros actores políticos, muchas veces copiando las formas de movilización de los movimientos sociales de izquierdas– se lo debemos a estas derechas religiosas estadounidenses. Se empezaron a organizar de forma muy similar a como las conocemos hoy, a partir de la segunda mitad de la década de 1970 y como reacción a las revueltas de valores del 68 y las luchas feministas/LGTBIQ+. Desde esa década, su principal objetivo ha sido derribar el acceso al aborto en Estados Unidos, algo que han conseguido en buena medida, ya que, [desde que el Tribunal Supremo anuló](#) la protección de este derecho, [se calcula que una de cada tres mujeres](#) ya no tiene acceso a un aborto seguro en este país.

Durante la década de 1990 se crearon las principales agrupaciones antiderechos, como la International Organization for the Family –que organiza los congresos mundiales de la familia–, la Alliance Defending Freedom (ADF) o el American Center for Law and Justice (ACLJ), que tiene una versión europea. Estas en concreto son las que más presencia tienen en el continente, ya

que entendieron que para luchar contra el aborto en Estados Unidos –o contra otros derechos asociados al género– se tenía que influir en la legislación o jurisprudencia de otros países, lo que supuso un gran impulso para la campaña transnacional contra la “ideología de género”.

Una de las más activas en Europa es Alliance Defending Freedom (ADF), que se jacta de haber contribuido a redactar leyes del aborto tan restrictivas como la de Misisipi y de tratar de frenar [las políticas antibullying](#) en instituciones públicas destinadas a prevenir la depresión o incluso el suicidio entre las personas LGTBQ+.

Funciona como un Abogados Cristianos, aunque enorme –[en 2022 su presupuesto fue de 104 millones de dólares](#)–. Su última declaración fiscal indica que ha duplicado su inversión en Europa desde 2018 –de 2,6 millones de dólares en 2018 a 4,3 millones de dólares en 2019–, [según Corporate Europe](#). Disponen de 2.200 abogados colaboradores que han intervenido en más de 500 casos ante foros nacionales e internacionales, [como explican en su web](#). “Dirigimos casos que presentamos ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y colaboramos a escala local con la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y la Agencia de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea”, añaden.

El European Centre for Law and Justice y la ADF han intervenido en docenas de casos judiciales europeos durante la última década: se han opuesto a la adopción por parte de personas del mismo sexo; han apoyado a médicos y empresas que se niegan a brindar servicios a mujeres y personas LGBT y, en al menos siete casos, han presentado argumentaciones legales –*Amicus curiae*– en tribunales europeos en apoyo de las posiciones antigénero del gobierno polaco.

El derecho como arma ofensiva

Hoy, estos grupos no solo promocionan los valores cristianos en el campo social, sino que hacen tareas de *lobby* en la UE, financian a organizaciones afines y tratan de influir en la legislación europea o de otras partes del mundo, impulsando la promulgación de leyes nacionales o incluso reformas constitucionales.

El ejemplo de Rumanía es claro. Allí apoyaron a las organizaciones locales, que impulsaron una iniciativa legislativa popular en 2018 que pretendía impedir a futuro la aprobación del matrimonio entre personas del mismo sexo –y otros derechos asociados, como la adopción–. Para ello se intentó incluir en la Constitución de ese país una definición del matrimonio como exclusivamente compuesto por “[la unión entre un hombre y una mujer](#)”. En este caso, la derecha estadounidense [ayudó a sus organizaciones locales afines con recursos económicos](#), argumentación jurídica o patrocinando varias conferencias en el Parlamento nacional en apoyo del cambio.

Sin embargo, la enorme campaña, con sus *fake news* incluidas, donde se decía, por ejemplo, “si no vas a votar, dos hombres podrían adoptar a tu hijo”, no surtió efecto. La reforma no salió adelante por falta de participación, pero como sucede en estos casos, para estos actores posicionar en el debate público que el matrimonio es únicamente heterosexual puede acercarlos ya a sus objetivos. Además, este tipo de guerras de género proyectan políticamente a los actores fundamentalistas locales o a los partidos ultraderechistas, que asumen protagonismo durante estas campañas. Aunque en otros casos, como en el de Polonia, propuestas similares impulsadas por grupos antiderechos como Ordo Iuris sí han funcionado y han conseguido prohibir la principal forma de acceso legal al aborto vía moción de inconstitucionalidad. Es fácil ver aquí

una réplica del funcionamiento de sus homólogos estadounidenses.

Litigio estratégico

Para impulsar sus guerras de género se sirven de una herramienta fundamental para las extremas derechas en todo el mundo, como es la del litigio estratégico, que sirve tanto para perseguir a sus oponentes como para crear precedentes legales. Por ejemplo, presentan muchos casos ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos porque esas sentencias pueden ser utilizadas como argumentos legales en juicios de los Estados Unidos.

Hoy, Abogados Cristianos, en España, es una réplica de cómo operan estas organizaciones en Europa o EE. UU., defendiendo gratuitamente a los que acosan, a las puertas de las clínicas (los “rezos públicos”) a las mujeres que van a abortar; a los padres que protestan [contra la educación sexual en las escuelas](#); acusando de delitos de odio o contra la libertad religiosa a activistas feministas o LGTBIQ+; o actuando contra los políticos y políticas progresistas. Un ejemplo reciente es el de las querellas presentadas contra la esposa del presidente Sánchez. Tanto [Hazte Oír](#) como Manos Limpias presentaron las suyas propias y partidos ultras como Vox o los ultraminoritarios Iustitia Europa y PorTodos se personaron como acusación popular en busca de atención mediática e información directa del proceso.

Una de las principales estrategias legales que están importando de EE. UU. a Europa es la defensa de la “libertad religiosa” o “libertad de expresión”. Wendy Brown, en [Las ruinas del neoliberalismo](#), habla de la creación de “jurisprudencia neoliberal” en estos casos, donde se reconoce la libertad de expresión de las empresas, lo que les permite sortear las legislaciones antidiscriminatorias o contra los delitos de odio –que penalizan según qué declaraciones públicas contra las personas trans u otras disidencias sexuales–. Brown pone el ejemplo de un pastelero que se negó a hacer una tarta de boda a una pareja gay, pero que ganó el juicio porque cualquier actividad o producto –en este caso la tarta– se considera un “discurso” protegido bajo la libertad de expresión. Aunque son casos muy adaptados al derecho estadounidense, dan cuenta de la astucia de los antiderechos, acumulada después de 50 años de actividad que ponen al servicio de la creación de nueva jurisprudencia europea a su favor.

Tareas de lobby

Para dar cuenta de la capacidad de estas organizaciones estadounidenses en Europa, podemos seguir el rastro del dinero. Las doce más grandes han invertido al menos 80 millones de dólares desde 2008, [según el Observatorio Corporate Europe](#). No es una cifra menor y es probable que sea mucho más alta, pues existe bastante opacidad. Desde 2010, las instituciones europeas han registrado un aumento muy significativo de la actividad de los grupos de presión religiosos. Sus actividades en el Parlamento Europeo consisten en ofrecer formación y recursos a los parlamentarios afines o montar campañas mediáticas y de presión. Pero también se dedican a bombardear con informes y comunicaciones a los eurodiputados sobre sus temas estrella. Uno, evidentemente, es el aborto. Recientemente, el Parlamento Europeo aprobó una [resolución –de carácter simbólico– para que el aborto sea un derecho fundamental](#), después de que Francia [lo incluya en su constitución](#). Durante la votación, los eurodiputados recibieron un feto de plástico realista junto con una carta en contra del aborto.

En cualquier caso, y a pesar del autobombo de su propaganda –que normalmente

sobredimensiona su propia capacidad—, estos actores internacionales no son omnipotentes. Evidentemente, los amplios recursos materiales de los que disponen y sus redes internacionales sirven para impulsar sus ideas y su proyecto político en alianza con otras fuerzas conservadoras; sin embargo, necesitan encontrar un ecosistema cultural favorable y no consiguen grandes victorias allí donde los movimientos feministas/LGTBIQ+ son más fuertes. La batalla sigue, por tanto, abierta.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Laura Camargo Fernández

Se acabó la fiesta: bulos, outsiders y política grotesca

España es una empresa de 48 millones de socios y, si se gestiona bien, nos da beneficios a todos.

Luis Pérez Fernández, Alvise

Los procesos de conquista y conservación del poder han mutado radicalmente desde la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca en 2016, en un movimiento de ascenso global de proyectos del campo político de la ultraderecha populista que empieza a gestarse tras la Gran Recesión de 2008. Christian Salmon, investigador francés del Centro de Investigación sobre las Artes y el Lenguaje (CNRS-EHESS), argumenta que la crisis de 2008 fue no solo financiera, sino también narrativa. El crack del 29 de este siglo dejó al descubierto la distancia insalvable entre los relatos oficiales y la experiencia de millones de personas. De forma paralela a la crisis de credibilidad de los gurús de la economía y sus arietes políticos —y a la par que familias de todo el mundo se quedaban sin casa y en la ruina— se produjo una aceleración de los intercambios en las redes sociales, en un principio útiles para canalizar la rabia y organizar la protesta, que desembocó en una inestabilidad de la información y una verdadera guerra de relatos. Como explica Miguel Urbán (2024):

En este contexto, Google, Facebook, los grupos de WhatsApp, foros de internet, Twitter, Instagram, etc. han creado un mercado de la atención e información paralelo que en muchos casos absorbe y supera a los grandes medios. Es muy interesante comprobar también la segmentación de las plataformas de información por franjas de edad. Mientras para las personas de más de 65 años la televisión sigue siendo su principal fuente de información (y le dan credibilidad), los electores de entre 18 y 35 muestran unas pautas de consumo informativo totalmente diferente. En 2018, por primera vez, la televisión dejó de ser la primera fuente consultada en favor de las redes sociales e internet en general (Urbán 2024: 217).

Los bulos como emanación del capitalismo digital

En las batallas a través de los nuevos medios de comunicación no convencionales, se impusieron la provocación, la transgresión y la competencia por la atención escasa ante la sobreabundancia de mensajes sin controles de verificación. Llamar la atención con un meme o un *post* escandalizador, a menudo falso, era la única forma de mantenerse más de 4 segundos en la parte alta del tablón de imágenes 4chan (y en sus posteriores sustitutas), el *imageboard* utilizado por la denominada derecha alternativa estadounidense que resultó decisivo en la victoria del magnate *outsider* de la política en 2016. Solo los que generaban más comentarios e interacciones podían permanecer en la *frontpage* del tablón digital y los que no generaban interacciones se borraban, por lo que centenares de miles de usuarios anónimos aprendieron a utilizar todos los recursos a su alcance para provocar, impactar, mantener la atención y viralizarse (Marantz, 2021). También en ese momento, las redes sociales, primero Facebook y Twitter y después las demás, empezaron a ser espacios para la difusión de la cultura del “enfrentamiento comunicativo” (Salmon, 2019). Los formatos de difusión de la información pasaron de ser

verticales a horizontales, sin centro, cuyo modelo ya no era autoral, sino viral y epidémico, todo lo cual provocó una importante crisis de credibilidad en el campo político neoliberal que se sumaba al aumento exponencial de la desigualdad y la precarización de la vida que se siguió a la crisis económica de 2008:

El *homo politicus* neoliberal no tiene un problema de comunicación, sino de credibilidad. La impotencia para actuar y la regresión democrática son las dos coordenadas de nuestra miseria política, a imagen y semejanza de un debate público que se da a leer de ahora en adelante como una sucesión incoherente de enfrentamientos. Estos enfrentamientos son otros tantos síntomas de la descomposición del campo político (Salmon, 2019: 58).

La transformación descrita ha tenido una consecuencia de gran trascendencia en el nivel cultural profundo de las sociedades del capitalismo tardío: se ha producido un hundimiento de la confianza en el valor referencial y en las condiciones de verdad del lenguaje como instrumento para la descripción de estados de cosas del mundo. Se ha difuminado la separación entre lo verdadero y lo falso, la realidad y la ficción, alentando la aparición de nuevos comportamientos, de prácticas de desorientación, de desinformación y propaganda. Lo que los gramatólogos mediáticos llaman *posverdad* es en realidad un régimen de veridicción caracterizado por lo que Evgeny Morozov (2012) definió hace ya más de una década como “nueva teoría verdad” en la economía gobernada por la publicidad en línea. En los contextos digitales, la verdad es lo que atrae más pares de ojos, por lo que del mismo modo que el cambio climático es una consecuencia lógica del capitalismo fósil, las llamadas *fake news* son emanaciones del capitalismo digital. Es la misma lógica, ya comentada, que llevó a los usuarios de 4chan a circular información falsa, los memes virales de la rana Pepe y teorías de la conspiración, como QAnon, para mantenerse en la parte alta del tablero llamando la atención, algo que recientemente ha sido también confesada por el ministro de Transporte, Óscar Puente, para justificar el comportamiento disruptivo que demuestra en su cuenta de X (antes Twitter).

Outsiders de la política y trols de internet

La incorporación de las técnicas comunicativas de la *Alt Right* llegó a España de la mano de Vox, que se vanaglorió desde su irrupción institucional en 2018 y 2019 de ser una formación *outsider*, sin apoyo de los grandes medios de comunicación, y de tener, por ello, que crear sus propios altavoces para llegar a la gente. La formación de Abascal, que sí contaba con el apoyo del ecosistema mediático de la ultraderecha española (grupos Intereconomía y Libertad Digital), buscó formas de comunicación más directa con sus electores a través de las redes sociales. Vox ha explotado desde entonces todos los recursos de Twitter/X, TikTok e Instagram, y de plataformas de mensajería instantánea como WhatsApp, para viralizar sus mensajes y sus memes, dando la batalla cultural “a la dictadura progre” y a la “derechita cobarde”, con la que después acabaría pactando. Al igual que la derecha alternativa trumpista, las cuentas de Vox y su tupida red de colaboradores digitales fueron marcando la agenda política y condicionando el debate público, recurriendo a menudo también a noticias fake sobre sus temas estrella en la batalla cultural: inmigración, islamofobia, antifeminismo, fiscalidad.

Es en este magma en el que se gesta la popularidad de la figura emergente de la ultraderecha populista, Luis Pérez Fernández, Alvisé, agitador e *influencer* especialista en bulos. El resultado de la agrupación de electores Se Acabó la Fiesta (SALF) fue para muchos la gran sorpresa de la jornada electoral de las elecciones europeas del 9 de junio, en la que consiguió casi un 5% de los sufragios sin cobertura mediática tradicional de ningún tipo, a través de un canal de Telegram y

un chat asociado con medio millón de seguidores. El altísimo nivel de *engagement* del canal y el chat hacía presagiar para los fieles a la agrupación SALF un resultado digno en la jornada electoral europea. Sin embargo, la intención de voto directo de sus más de 800.000 electores había volado por debajo del radar de la inmensa mayoría de las encuestadoras, demoscópicas y comentaristas habituales de la política española. No obstante, el CIS, que falló prácticamente en todo lo demás, predijo 1-2 diputados para SALF, que finalmente logró 3 escaños en el Parlamento.

Pérez no era en absoluto un desconocido en la política española y mucho menos de las redes sociales, de las que había sido frecuentemente suspendido por propagar bulos, hasta el cierre definitivo de sus cuentas. Antes de las europeas era, en efecto, un conocido trol del ecosistema digital de la extrema derecha, que en los últimos tiempos había formado parte activa, junto a varios de sus miles de seguidores, de las movilizaciones de Ferraz y del *agitprop* en las campañas de acoso contra Pedro Sánchez y Begoña Gómez. Alvisé se jacta de ser un *analfabeto académico*, exhibiendo el antiintelectualismo característico de la ultraderecha, porque no terminó sus estudios de Ciencias Políticas en la UNED, pero su historial como consultor de diversos partidos de la derecha española es dilatado. Empezó su carrera política como voluntario en la UPyD de Rosa Díez y continuó más tarde, asentado en Reino Unido, como delegado de Liberal Youth, la organización juvenil de los liberaldemócratas británicos. En 2017 se da a conocer públicamente cuando entra como jefe de gabinete del grupo parlamentario de Ciudadanos en las Corts valencianas, liderado entonces por Toni Cantó, junto a quien protagonizó algunos escándalos por la difusión de informaciones falsas. Como recoge Tomás Muñoz, Pérez comenzó a conducir campañas financiadas y amparadas por Hazte Oír, la filial española de Citizen Go, presuntamente conectadas a la organización ultracatólica secreta el Yunque:

Alvisé llegó a participar en los rezos frente de clínicas abortivas e incluso recibe un premio de la plataforma Hazte Oír en 2021 por su participación en ellas. Para el politólogo Iago Moreno no es sorprendente esa relación con Hazte Oír, ya que “es cierto que los maestros de la propaganda y de la agitación de ultraderecha en este país han pasado por ahí, no hay mejor escuela” (Muñoz, 2024).

Cuando Vox se consolida como fuerza parlamentaria en el Congreso en 2019, llega a trabar una estrecha relación con Santiago Abascal, quien dijo de él que era uno de los mejores analistas que había conocido, y trabaja desde sus propias redes como parte de la *bulosfera* útil a la batalla cultural de Vox, junto a figuras como el autodenominado “especialista en inmigración ilegal” Rubén Pulido (Camargo, 2021). Su eclosión como uno de los *trols* más activos de la esfera digital llegó con la pandemia cuando viralizó a través de cuenta de Twitter que la exalcaldesa de Madrid, Manuela Carmena, contaba con un respirador personal instalado en la puerta de su casa. La respuesta de Carmena fue una contestación pública seguida de acciones legales contra Alvisé. Pero como explica Marcos García (2021), este no fue un caso aislado, sino más bien su *modus operandi* en las redes sociales. Su línea maestra de contenido consiste en criticar e incluso perseguir y acosar, difundiendo imágenes privadas, a políticos del PSOE (Ábalos ganó una querrela contra él que fue luego anulada y que ahora peligra por el aforamiento de Pérez) y de la izquierda del PSOE, así como a periodistas de todas las ideologías. Aunque siempre evita la autoasignación ideológica, Vox es la formación a la que más ha afectado electoralmente la irrupción de SALF, que según los análisis también ha recibido voto transferido del PP y de la abstención.

El perfil de los votantes de Alvisé Pérez es muy diverso y conviene no cebarse en lo que ya

empieza a ser un mantra al analizar el ascenso del voto a la extrema derecha: culpar a los jóvenes. Es importante hacer un alto aquí para decir que son también jóvenes quienes han impulsado las acampadas solidarias por Palestina, muchas de ellas finalizadas con represión policial, en los campus universitarios de numerosos países a uno y otro lado del Atlántico; que son las y los jóvenes quienes sufren con mayor intensidad la precariedad económica y la incertidumbre ante el futuro en las ruinas del neoliberalismo y en medio del caos ecológico; como también es la generación de nativos digitales la que vive bajo los efectos de la aceleración de la política y expresa con su voto estados de ánimo que manifiestan desafección por los partidos incapaces de dar solución a sus problemas. Es cierto que ya sabemos que el votante de SALF tiene menos de 44 años, que los varones triplican a las mujeres (Galán, Llaneras y Andrino, 2024) y que el voto antifeminista tiene peso entre su electorado, algo sobre lo que conviene leer los argumentos de expertas en extrema derecha y antifeminismo en la juventud como Nuria Alabao (2022). Pero también lo es que las [elecciones europeas](#) son tradicionalmente una convocatoria con muy baja participación (un 49,21% el pasado 9 de junio), en la que es habitual ejercer un voto de castigo y apoyar a partidos nuevos o raros, que se presentan por la facilidad que da la circunscripción única para obtener representación. Finalmente, no puede descartarse que a partir de ahora haya una proliferación de partidos de *influencers*, tal como también demuestran los resultados del *youtuber* y *tiktoker* chipriota Fideas Panayotou, que fue tercera fuerza política en Chipre con un 19,2% de los votos en la jornada del 9 de junio.

La vía política como medio para huir de la justicia

Más de 800.763 votos, 3 diputados y un objetivo cumplido: la inmunidad parlamentaria para protegerse por su condición de aforado de las numerosas denuncias por propagación de noticias falsas que pesan sobre él. El perfil del *outsider* nacional-populista que funda un partido con la finalidad de defender sus intereses personales ante causas judiciales abiertas y lograr inmunidad parlamentaria no es un fenómeno nuevo ni propio de la era de las redes sociales. Berlusconi era un conocido magnate mediático e industrial en Italia, propietario de Mediaset y dueño del club de fútbol AC Milan, cuando inicia su carrera política en los años noventa fundando Forza Italia para evitar que el sistema judicial le persiguiera por sus vínculos con la mafia. De su legado como presidente de la República de Italia destacó, además del monopolio mediático y su habitual manipulación de la información, el carácter pionero de sus mandatos en la normalización del fascismo en Europa. Como recuerda Alba Sidera (2023), Berlusconi incorporó en todos sus gobiernos a partidos posfascistas, como la Liga Norte y Alianza Nacional, facilitando también la llegada de Salvini y Meloni a las instituciones italianas. Berlusconi inaugura un camino que sirve de inspiración al propio Trump: el empresario metido a político que aprovecha las causas judiciales para victimizarse y ganar o fidelizar adeptos a su causa.

Dos de los principales rasgos del “trumpismo discursivo” (Camargo, 2022) son el principio de transposición y la mimesis: los mensajes se copian y saltan desde emisores del otro lado del Atlántico (Trump, Milei, Bukele) hasta aquí (mimesis) y se carga sobre el adversario los propios errores o defectos, respondiendo el ataque con el ataque (transposición). La cárcel para más de 40.000 personas, incluyendo a Pedro Sánchez, que construiría a las afueras de Madrid agitada por Alvisé como una de sus principales medidas alucinógenas es un ejemplo de ambas cosas: copia el populismo punitivo de Bukele y responde a las posibles demandas y condenas que podrían poner en peligro su libertad con un ataque.

En el caso español encontramos dos antecedentes claros de empresarios ajenos a la política que arrancan su aventura electoral con proyectos populistas tras tener problemas con la justicia y controversias diversas en sus carreras empresariales: Ruiz Mateos y Jesús Gil. La Agrupación de Electores Ruiz-Mateos y el Grupo Independiente Liberal (GIL) nacieron, respectivamente, tras los escándalos por la expropiación de Rumasa y sus actividades posteriores y las acusaciones de corrupción y mala gestión de su empresa constructora en Marbella. Ambos empresarios se lanzaron a la arena política con la clara intención de utilizar su condición de políticos aforados como forma autodefensa. El líder de “Se acabó la fiesta” comparte con Ruiz Mateos y Jesús Gil, también con Berlusconi y Trump, otros rasgos, además de los problemas con la justicia, como su estilo extravagante y polémico, una tendencia teatral a la victimización y una puesta en escena unas veces autoritaria y otras, grotesca. Alvisé se presenta a sí mismo como un héroe *low cost*, un benefactor que ayudó diariamente a los pobres durante la pandemia (*¿invent?*). En la jornada electoral, mueve fotos trucadas en su canal para presentarse como una víctima porque no había en los colegios papeletas de su candidatura (bulo), y porque todos le querían ocultar los montones (otro bulo, la mayoría de los votantes ignoraba su existencia hasta ese mismo día).

Lenguaje y tiranía de los bufones

En su libro de 2020, *La tiranía de los bufones*, Christian Salmon desmenuza los rasgos del reinado de algunos de los nuevos “tiranos” del reaccionarismo populista actual: Donald Trump, Jair Bolsonaro, Boris Johnson o Recep Tayyip Erdoğan. Muestra cómo estos personajes invasivos alteran los usos en una lógica propiamente carnavalesca de inversión de valores, señalando que el poder de un Bolsonaro o un Trump constituye una “fuerza oscura” que no busca instituir, sino desinstituir el poder político. Se trataría, por tanto, de un poder grotesco instituido que permite a los tiranos-bufones imponerse como figuras del “des crédito generalizado”, fundamentando paradójicamente su credibilidad en el des crédito del sistema que ellos mismos proclaman. Su discurso encuentra potencia por lo que expulsan y por lo que niegan, encontrándose ahí su principal factor de agregación. Al excitar el rechazo, esta tiranía de los bufones utiliza los resortes de lo grotesco para orquestar el resentimiento de las multitudes y despertar los viejos demonios sexistas, racistas y xenófobos (Salmon, 2020).

Esta soberanía grotesca ya funcionó en la Roma imperial bajo Calígula o Heliogábalo, emperadores romanos que pasaron a la historia por sus excentricidades y abusos de poder y, justamente, opera no a pesar de la incompetencia de quien la ejerce, sino debido a esa misma incompetencia y a los efectos grotescos que de ella se derivan. Lejos de constituir una aberración, lo grotesco es, de acuerdo con Salmon, uno de los engranajes que forman parte inherente de los mecanismos del poder de las nuevas derechas autoritarias. De este modo, la palabra “bufona” de un Trump, un Milei o un Alvisé, que tienen en común estar desprovistas de valor de verdad, pueden en el actual contexto verse dotadas de una potencia ejecutiva, por no decir performativa, por la sola magia que su acceso al poder les otorga.

Entrar el chat asociado al canal de Alvisé es como adentrarse en un carnaval trumpista, similar a 4chan, en el que sus seguidores jalean al líder, pero también se ríen de él y de sí mismos para que continúe la fiesta. La noche electoral uno decía “Alvisé, márcate un calvo y te harás famoso” y otro respondía “Entonces sería kalvisé”. Estos mismos seguidores aplauden y toman a broma que no tenga un programa definido o que cada vez parezca más un “pakistani” (como ya le

llaman algunos de sus afines). Parece que esto les inspirara confianza y les hiciera pensar que es alguien cercano, exento de la ambición y el egocentrismo de varios de los personajes centrales del anterior y el actual ciclo político. Las “quedadas” que caracterizaron su campaña electoral, en las que se congregaban centenares de fieles de SALF en lugares públicos al aire libre, van igualmente en esta línea de presentarse como un jefe de filas cercano y horizontal. En todo caso, la que denominó campaña #BocaABoca estuvo fuertemente basada en su presencia y agitación a través de su canal de Telegram.

Desde el punto de vista de su actuación discursiva, el ahora eurodiputado sevillano habla rápido y con desparpajo, siempre parece tener argumentos claros para defender sus ideas, por descabelladas que estas sean, hacer que sus bulos o medias verdades parezcan ciertos o que sus fantasmadas trumpistas suenen como proyectos realizables. Rara vez titubea al exponer sus delirantes e hiperbólicas medidas punitivistas xenófobas: encarcelar en la macroprisión a inmigrantes ilegales o a “cualquiera que lleve un tatuaje” (como si el país fuera un paraíso de mareros), así como a quienes han convertido a España “en una fiesta de los corruptos, de los mercenarios, de los pedófilos y violadores”.

Conserva un ligero acento andaluz occidental, más perceptible por la relajación o las aspiraciones en la coda silábica que por el seseo y la entonación tradicionalmente característica del geolecto de Sevilla. Aunque pudiera parecer algo premeditado para evitar la habitual *andalufobia*, o *glotofobia* hacia los acentos andaluces, a la que se ha sometido a otras figuras políticas del sur, como Teresa Rodríguez o María Jesús Montero, también puede deberse a que el personaje lleva más de una década viviendo fuera de Sevilla. Sus rasgos al hablar son un compendio de los elementos habituales del citado trumpismo discursivo: introduce a menudo frases hechas, léxico disfémico y coloquial, usado para menospreciar, atacar u ofender, salpicándolo con metáforas efectistas que se viralizan en las redes a gran velocidad:

Y si luego me tiene que venir la ONU a decirme que estoy violando derechos fundamentales, me descojono. Pues mira, te pongo a los 40.000 en fila y te los llevas donde queráis.

Los tomates españoles necesitan más papeles para salir del huerto, ¡que un inmigrante ilegal para entrar en este país!

Su discurso es también el de alguien curtido en las lides del trol de internet, en donde la agresividad verbal se ha convertido en la única forma de hacerse ver. También presenta la ya típica sintaxis simple, de frases breves y mensajes emocionales, propia del formato de las redes sociales. Exhibe, además, el lenguaje de la cultura del zasca y los rituales de lapidación propios de Twitter:

Pedro, calienta que sales. Más vale que te escondas en un maletero ¡porque te vamos a meter en prisión!

Periodistas mercenarios, ¡tenéis que entender el hartazgo del pueblo español!

Hace uso, asimismo, de métodos de propaganda clásicos, habituales ya en el trumpismo discursivo, como la hipérbole y la repetición e incorpora otros de la “propaganda autoritaria” (Stanley, 2015), como el juego de las generalizaciones o los significados sociales del endogrupo.

Construiremos una mega cárcel, sin piscinas ni gimnasio, donde meteremos previa reforma

legislativa a todos aquellos políticos que viven de la impunidad, del robo, ¡de los José Bono a los Felipe González!

Al oírle hablar, unas veces parece que estás escuchando a Torrente, otras a Jesús Gil y otras a uno de los *youtubers* de extrema derecha que copan la *fachosfera*. A pesar de ello, consigue presentarse como si fuera una figura *antiestablishment*, y desde ahí logra votos y apoyos para reforzar su posición como parte del *establishment*, entrando a formar parte de parlamentos, gobiernos, presidencias. No resulta fácil entender cómo se logra esta pirueta política, que ha sido explicada por Luisa Martín Rojo y Ángela Delgado (2021) como una de las señas de identidad del negacionismo generador nuevas hegemonías durante la pandemia:

Oponiéndose a los discursos hegemónicos, ponen en circulación otros conocimientos, otros valores e ideologías. Esta estrategia común en el discurso político adquiere en este caso rasgos especiales, sobre todo en la manera que tienen de movilizar la sospecha y la conspiración, y las fuertes emociones que ambas desatan, el odio y el miedo (Martín Rojo y Delgado, 2021).

Balance provisional

Las contradicciones en el discurso del eurodiputado de Se Acabó la Fiesta no se han hecho esperar: “A mi número 2 lo conocí el otro día. ¿Qué he hecho yo para seleccionar a mi lista? Hemos contratado una empresa que se encargaba de analizar todo compliance a todos los candidatos para ver todos los antecedentes penales a tiempo real a través de su DNI electrónico”, decía en una entrevista previa a las elecciones. Sin embargo, en un *post* en su canal de Telegram cuando ideó la candidatura dijo que iba a hacer las listas por sorteo y prometió también sortear todos los meses su sueldo de europarlamentario entre sus seguidores (aunque luego ha dicho que va a renunciar a él): “No venimos a la política a hacernos millonarios, no somos parásitos”. Pero como explica Ángel Carreño, esa lista planteada como un proceso de selección objetivo entre aspirantes de la sociedad civil, estuvo trufada en un 20% por empresarios del negocio inmobiliario, por amigos personales de Alvisé y por otros candidatos cuyos familiares concurren juntos.

De momento, ha conseguido su objetivo de lograr la “inmunidad diplomática y europarlamentaria”, pero es todavía muy pronto para saber cuál será el futuro de SALF. Lo único que parece seguro es que habrá novedades en un partido que acaba de nacer de un chat de Telegram y que seguirá transformándose con el tiempo, ajustando el objetivo de sus posiciones, en el intento de seguir siendo protagonista de la *fast politics* contemporánea. El tigre ya está fuera de la jaula y puede costar mucho volver a encerrarlo antes de que nos devore, si no somos capaces de articular colectivamente respuestas como las que propone el periodista experto en teoría y praxis antifascista Miquel Ramos:

La respuesta contra esta ola reaccionaria no puede ser darles la razón, sino mantenerse firmes. La izquierda debe reconstruirse bajo esos términos, sanar las heridas y recuperar la ilusión. Los movimientos sociales deben aguantar el embate, seguir dando ejemplo y lidiar con esta fascistización que viene y que puede que vuelva a traer violencia a las calles. La lucha contra esas deserciones y esa desafección que hace crecer a los monstruos mientras surge un mundo nuevo, como decía Gramsci, nunca puede ser a base de renunciadas, sino compitiendo por este relato y dando ejemplo en la praxis (Ramos, 2024).

Con Alvisé y su camarilla se acabó la fiesta... y empezó el *after*. Las imágenes de la noche electoral, en las que se le ve de celebración junto al Pequeño Nicolás en la discoteca Kapital de Madrid, son la caricatura perfecta de una élite que nunca duerme manipulando al pueblo en su propio beneficio.

Referencias

- Alabao, Nuria (2022). "Ser de Vox es guay. ¿Por qué algunos adolescentes asumen posiciones antifeministas públicamente? ¿Cómo responder?", *Ctxt*, 19/1/2022. Disponible en <https://ctxt.es/es/20220101/Firmas/38471/adolescentes-feminismo-patriarcado-vox.htm>
- Camargo Fernández, Laura (2021). "El nuevo orden discursivo de la extrema derecha española: de la deshumanización a los bulos en un corpus de tuits de Vox sobre la inmigración", *Cultura, Lenguaje y Representación*, 26, pp. 63-82. Disponible en <https://doi.org/10.6035/clr.5866>
- Camargo Fernández, Laura (2022). "El trumpismo discursivo en el Partido Popular", *Viento Sur*, 180, pp. 89-96. Disponible en <https://vientosur.info/el-trumpismo-discursivo-en-el-partido-popular/>.
- Carreño, Ángel (2024). "Alvisé y la conexión de Se Acabó la Fiesta con el sector inmobiliario", *El Independiente*, 17/6/2024. Disponible en <https://www.elindependiente.com/espana/2024/06/17/alvisé-y-la-conexion-de-se-acabo-la-fiesta-con-el-sector-inmobiliario/>.
- Galán, Javier, Kiko Llaneras y Borja Andrino (2024). "¿Quién ha votado a Alvisé? Sus apoyos por edad, sexo, ideología y renta", *El País*, 11/6/2024. Disponible en <https://elpais.com/internacional/elecciones-europeas/2024-06-11/quien-ha-votado-a-alvisé-sus-apoyos-por-edad-sexo-ideologia-y-renta.html>.
- García Díaz, Marcos (2021). *Alt-Right: Origen y proyección comunicativa Nacimiento, expansión e influencia en España de la derecha alternativa estadounidense*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza. Disponible en <https://independent.academia.edu/MarcosGarc%C3%ADaD%C3%ADaz?swp=tc-au-87056814>
- Marantz, Andrew (2021). *Antisocial. La extrema derecha y la "libertad de expresión" en internet*. Madrid: Capitán Swing.
- Martín Rojo, Luisa y Ángela Delgado (2021). "Desafíos políticos del negacionismo". *Viento Sur*, 21/1/2021. Disponible en <https://vientosur.info/desafios-politicos-del-negacionismo/>
- Morozov, Evgeni (2012). *El desengaño de internet. Los mitos de la libertad en la red*. Barcelona: Destino.
- Muñoz, Tomás (2024). "La fiesta de Alvisé Pérez acaba de empezar (y se mantendrá alejada de los juzgados)", *El Salto*, 9/6/2024. Disponible en <https://www.elsaltodiario.com/elecciones/quien-es-alvisé-pérez-conspiranoia>.
- Ramos, Miquel (2024). Respuestas ante la ola reaccionaria. *Público*, 12/6/2024. Disponible en <https://blogs.publico.es/dominiopublico/62737/respuestas-ante-la-ola-reaccionaria/#analytics-autor:listado>

Salmon, Christian (2019). *La era del enfrentamiento. Del storytelling a la ausencia de relato*. Barcelona: Península.

Salmon, Christian (2020). *La tyrannie des bouffons: sur le pouvoir du grotesque*. Paris: Les Liens qui Libèrent.

Sidera, Alba (2023). *Fascismo persistente. La Italia de Meloni y el ascenso de la extrema derecha en Europa*. Madrid: Ctxt/Escritos Contextatarios.

Stanley, Jason (2015). *How Propaganda Works*. Princeton & Oxford: Princeton University Press.

Urbán, Miguel (2024). *Trumpismos. Neoliberales y autoritarios. Radiografía de la derecha radical*. Barcelona: Verso.

[Fuente: [Viento Sur](#). Laura Camargo es profesora de Lingüística en la Universitat de les Illes Balears. Varias de las ideas que desarrolla este artículo pueden leerse en el libro de la autora sobre trumpismo discursivo y política trol que aparecerá próximamente publicado por la editorial Verbum].

Pablo Castaño y Adrià Rodríguez

Vandana Shiva: «El nacionalismo del odio es socio del neoliberalismo corporativo»

Vandana Shiva (Dehradun, 1952) es una de las activistas e intelectuales ecofeministas más reconocidas de nuestra época. Doctora en física cuántica, fue una de las fundadoras del Fórum Social Mundial, pionera en abrir el debate agroecológico y sobre el control de las semillas y es autora de más de 15 libros. Desde 1987 lidera la finca agroecológica y banco de semillas [Navdanya](#), en el norte de India, y contribuye a organizar las luchas campesinas en todo el mundo.

Ctxt se encuentra con Shiva en el antiguo recinto industrial de Fabra i Coats de Barcelona, donde ha acudido para participar en la Fira Litoral de Barcelona, un encuentro de editoriales críticas. Allí, la activista e intelectual india, protagonizó una conversación con Yayo Herrero ante un público de cerca de 700 personas.

* * *

Con Yayo Herrero comparte un diagnóstico sobre la crisis ecológica. ¿Cómo lo describiría?

El primer elemento para entender la crisis ecológica es que se está produciendo por una extracción sin límites. Esto sucede porque se han otorgado derechos corporativos y coloniales, y se les recompensa con un poder absoluto. Al presentar una actividad extractiva como progreso se oculta la explotación, se oculta la violación de la autoorganización de los sistemas, cómo los árboles están conectados con los ríos, cómo el suelo está conectado con la agricultura, cómo la biodiversidad de las plantas está conectada con la de los insectos. Todas estas relaciones son fundamentales.

Francisco Varela y Humberto Maturana hablaron de autopoiesis, y plantearon un cambio total de paradigma al hacernos ver que los sistemas vivos están autoorganizados. El extractivismo destruye la organización interna de los organismos vivos y de las relaciones de esos organismos con todo lo demás que está vivo. Así es cómo toda destrucción pasa a considerarse como una externalidad. Destruyes, pero ocultas la destrucción.

Parte de esto viene del pensamiento cartesiano y el pensamiento mecánico de Francis Bacon. El pensamiento mecánico desmonta las cosas y da vida a cada parte por separado. A las personas que han sido educadas en ese pensamiento mecánico les resulta difícil ver las relaciones. Las relaciones fueron destruidas en una economía de muerte.

¿Cómo definiría la perspectiva ecofeminista en la que coincide con Yayo Herrero y otras pensadoras como Maria Mies?

Ecofeminismo es decir que la Tierra está viva, que la Tierra sustenta y mantiene la vida. Y es decir que las mujeres no son un segundo sexo pasivo. No son un objeto que deba poseerse ni controlarse. Las mujeres sustentan la sociedad. Sus cuidados, su trabajo invisibilizado, son la economía real, porque se ocupan de la reproducción y regeneración de la sociedad. Pero

también son las cuidadoras de la Tierra. Debido a que a las mujeres se les ha otorgado hacer el verdadero trabajo [de cuidados], que no cuenta como trabajo, tienen que trabajar con la naturaleza. Por ejemplo, en India las mujeres son las principales proveedoras de agua. Ellas saben cuándo un pozo se está secando, cuándo un río se está secando. Debido a que trabajan con la naturaleza, son las primeras en responder a la crisis ecológica.

Uno de los debates sobre la relación entre tecnología y transición verde es el de las energías renovables. El IPCC y otros organismos dicen que una de las acciones necesarias para afrontar el cambio climático es promover las energías renovables, pero estas requieren de grandes cantidades de minerales y de tierra. ¿Cómo podemos fomentar las energías renovables sin crear otra nueva ola de extractivismo y colonialismo?

Mi primera crítica al reduccionismo de las energías renovables tiene que ver con el hecho de olvidar que hay muchos tipos de energía en el mundo. Todo sistema vivo es un generador de energía. Schrödinger, físico cuántico, escribió que la diferencia entre las máquinas y los sistemas vivos es que las máquinas requieren de energía externa y generan entropía, que es energía desperdiciada en forma de emisiones, mientras que los sistemas vivos no requieren de energía externa. Una semilla se convierte en árbol con su propia energía y la energía del sol, y eso es entropía negativa. Se ha ocultado toda la cuestión de la entropía positiva y negativa, pero este es el corazón del debate sobre la energía y sobre el clima.

Mirar únicamente el consumo de energía y decir que continuaremos consumiendo lo mismo a través de energías renovables es no abordar el debate sobre la generación de energía y ocultar la demanda de recursos y de tierras. Eso es reduccionista en todos los sentidos. Es problemático cómo se ha reducido el tema climático al consumo de energía, a buscar energías renovables y a una cuestión de temperatura. Pensar que los fenómenos climáticos provienen por sí solos de la atmósfera sin ver lo que se está haciendo con la tierra es separar lo que está conectado. No podemos resolver un problema ecológico, que es un problema de cómo se está desmantelando la vida, manteniendo la mentalidad industrial, de ingeniería y mecánica. Como dijo Einstein, no se puede resolver un problema con la misma mentalidad que lo creó.

Otro de los ejes de su trabajo, también vinculado con la cuestión de la tecnología, son los pesticidas. Estos últimos meses ha habido en Europa muchas protestas de granjeros y agricultores. Uno de los motivos de la protesta fue la regulación europea que restringía el uso de pesticidas en la agricultura. Como respuesta, la Comisión Europea redujo el nivel de exigencia de esa regulación. ¿Cómo se pueden proteger las economías agrícolas y familiares y al mismo tiempo la ecología?

La protesta comenzó por una cuestión económica, las protestas empezaron contra el tratado de libre comercio con Mercosur. El libre comercio acaba destruyendo todas las economías mientras permite que las corporaciones prosperen. El libre comercio no opone Europa y el Sur Global, es la gente trabajadora de Europa y el Sur Global quien lo sufre.

El sistema agroindustrial globalizado es una receta para aumentar los costes de producción y colapsar los ingresos agrícolas; es una economía negativa. Por esto los agricultores están en crisis. En todo el mundo, dondequiera que se impulse el libre comercio y una mayor industrialización, los agricultores responden.

Las protestas se deben a que los agricultores entienden que existe un intento de deshacerse de ellos, que se han convertido en una entidad prescindible: tendemos hacia una agricultura sin agricultores. La industria aprovechó estas protestas como una oportunidad, porque distribuye los productos fitoquímicos a través de los grandes sindicatos de agricultores. Hicieron que algunos de ellos hablaran sobre la retirada de las regulaciones sobre los pesticidas, pero esa es la voz de las corporaciones, el cártel del veneno. No es la voz de los pequeños agricultores independientes.

La cuestión de los pesticidas tiene mucho que ver con el control de las semillas, una lucha en la que está implicada desde 1987. ¿Cómo ha evolucionado el tema en los últimos 30 años? ¿Siguiendo siendo igual de relevante?

La vida siempre será relevante. La renovación de los sistemas vivos por sus propios medios siempre será la base de la libertad en la naturaleza y en la sociedad. ¿Por qué me implicé en el tema de las semillas? Porque en 1987 me invitaron a una reunión donde se discutían las nuevas biotecnologías. Entonces aún no había transgénicos en el mundo; el primer organismo modificado genéticamente se comercializó en 1992.

La industria había trazado su camino y dijo que su principal objetivo era generar patentes para las semillas. Ahora bien, una patente es un monopolio que se obtiene porque has inventado algo nuevo. Entonces, lo primero que había que hacer era cambiar la naturaleza de la semilla en la mente de la gente. La semilla tenía que dejar de ser algo que se hacía a sí mismo y pasar a ser un producto inventado por Monsanto.

¿Una mercancía?

Más que una mercancía: una creación. Una mercancía reconoce que el agricultor tiene un papel, que la tierra tiene un papel. Cuando hablamos de propiedad intelectual sobre las semillas, Monsanto es Dios. Han asumido el papel de la creación y han convertido algo que se renueva y multiplica por sí solo en algo que ha sido hecho por ellos. Pero una semilla no es una máquina.

Por esto decidí empezar a crear bancos comunitarios de semillas, como [Navdanya](#). En segundo lugar, decidí empezar a trabajar con el gobierno y parlamento indios para redactar leyes que respetaran la integridad de la vida en la Tierra. Escribimos leyes que dicen que las plantas, los animales y las semillas no son entidades creadas por los seres humanos y, por lo tanto, no se pueden patentar. Estas leyes siguen vigentes en India. Lo tercero que decidí fue demandar a las empresas de semillas en los tribunales por estar robándolas. Fue lo que yo llamo “la segunda llegada de Colón”. Simplemente, roban y dicen “es mi propiedad intelectual”. Y les dijimos “no, tú lo robaste y, por lo tanto, es biopiratería”.

Otra cuestión clave en la crisis ecológica es el agua. La región mediterránea, en la que nos encontramos, está sufriendo ahora mismo una sequía y se prevé más escasez de agua en el futuro. Se trata de una cuestión transversal que abarca dimensiones sociales, ecológicas y políticas. ¿Cómo podemos mirar al problema del agua desde todos estos diferentes puntos de vista?

No solo necesitamos unir las múltiples dimensiones del agua, necesitamos unir las múltiples dimensiones de un planeta interconectado. La crisis climática y de biodiversidad son una sola

crisis. Cuando nos olvidamos de la biodiversidad y la destruimos, se desestabiliza el clima, porque la biodiversidad gestiona el clima. En el movimiento Chipko las mujeres se dieron cuenta del hecho de que si destruyes el bosque, tienes una sequía, tienes una inundación. Así pues, gestionar el agua significa gestionar la regeneración de la biodiversidad, de los bosques, de las plantas, de la tierra, de los pastos. Todos estos son sistemas de gestión del agua, igual que lo es la cuestión climática. Los estragos climáticos tienen que ver con los sistemas hidrológicos desestabilizados, que son los verdaderos asesinos en el Sur Global. Cada desastre en India en el que ha muerto gente es un desastre hídrico. Cuando llega un ciclón, la gente muere. Cuando un lago glacial se derrite y hay una inundación, la gente muere.

Es necesario vincular todas las dimensiones del agua. Cuando el gobierno construye una presa para los agricultores ricos del valle, los demás perderán su acceso al agua. Como todos los recursos están interconectados, deben gestionarse como bienes comunes y para el bien de toda la comunidad. No pueden dividirse para su uso extractivo por parte de los más poderosos. Ahora mismo, la privatización del agua y el mercado de futuros del agua son cuestiones de gran relevancia a las que la gente opone resistencia. El agua de Delhi iba a ser privatizada y conseguimos evitarlo.

El ultranacionalista Narendra Modi del partido BJP será probablemente reelegido primer ministro de India, mientras que la extrema derecha tiene perspectivas de crecer en Europa. Estos partidos tienen en común que combinan nacionalismo y neoliberalismo. ¿Cómo podemos explicar su auge en el contexto de la crisis ecológica?

En 1991 escribí el [Manifiesto para una democracia de la Tierra](#). En 1999 bloqueamos la cumbre de la OMC en Seattle. Durante este período se desarrolló el neoliberalismo, la desregulación del comercio y la economía, y la muerte de la democracia. También empezó esta nueva cultura de muerte y destrucción. El libro de Samuel Huntington El choque de civilizaciones es clave para este momento. Viene a decir que solo puedo saber quién soy cuando sé a quién odio. Se creó el odio como moneda de la identidad. Ahora bien, todas las tradiciones espirituales han dicho algo distinto: saber quién eres tiene que ver con cómo te relacionas con la tierra y con tu comunidad. Existes en comunidad, y como comunidad eres parte de la naturaleza y produces junto a la naturaleza. Se ha pasado de eso a una identidad negativa, una cultura de destrucción, violencia y muerte. Lo que existe hoy es la cultura de los pesticidas, del veneno: “Sepa a quién debe exterminar”. Esa agenda, saber quién es tu enemigo, se ha convertido en la agenda nacional.

Pero una nación tiene que ver con cómo fluyen los arroyos, cuál es la salud de los bosques, cuál es el estado de salud de los ciudadanos, hasta qué punto están organizados para cuidar los bienes comunes... Esas son las cuestiones que definen a una comunidad. Sin embargo, hoy las culturas, las economías, las democracias, se han vaciado de comunidad y se ha convertido en propiedad de las corporaciones. Así es cómo el nacionalismo cultural se ha hecho socio del neoliberalismo corporativo.

En algún momento ha hablado de la necesidad de crear un G-7000 millones. ¿Qué tipo de instituciones democráticas necesitamos para defender una democracia de la Tierra?

La verdadera democracia es posible junto con otros seres que habitan el planeta Tierra. Cultivar alimentos ecológicamente es una práctica de democracia de la Tierra, tiene que ver con la libertad de todas las formas de vida y de sus interconexiones. Salvar a las semillas, por ejemplo,

no es solo salvar a los humanos, también a los polinizadores. Debemos reclamar eso.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Antonio Antón

La falta de arraigo social

Se ha producido un declive representativo del conjunto del espacio de la izquierda transformadora, desde seis millones (2015) a tres millones (2023), la mitad; aunque en el ámbito autonómico y local el electorado alternativo siempre ha sido menor, con un voto dual, excepción de los grandes ayuntamientos del cambio.

Para las elecciones europeas, según datos del CIS, es previsible que entre Sumar (1,2 millones) y Podemos (0,8), alcancen dos millones, con una participación en torno al 55%. Similar resultado señala la reciente encuesta de 40dB, que ofrece el 5,7% para Sumar, con solo tres escaños seguros y difícil el cuarto que corresponde a Izquierda Unida, y el 4% para Podemos, con dos escaños probables (y tres para ERC/EH-Bildu/BNG).

La suma de la izquierda transformadora se mantendría o bajaría un poco, respecto de los resultados de 2019 (seis escaños por Unidas Podemos), aunque se quedaría cerca de la mitad de los resultados de 11 escaños de 2014 (cinco de Podemos y seis de la coalición encabezada por IU), con más de 2,8 millones de votos. No obstante, lo más significativo ahora es esa comparación entre el electorado que conservaría Podemos (más del 40%) y el que sumaría el conjunto de la actual coalición Sumar (con menos del 60%), que indicaría la incapacidad de la dirigencia de Sumar para hegemonizar totalmente ese espacio y, al contrario, la resistencia de Podemos para mantener un electorado significativo con un perfil más crítico y exigente.

En todo caso, esa fragmentación, inevitable ahora y que aportará el peso representativo de cada cual desde el que poder tener una relación objetiva, sería especialmente dañina para la conversión en escaños provinciales en unas elecciones generales y garantizar una victoria parlamentaria del bloque progresista.

Las causas del declive, muy controvertidas, han sido tres. Primero, la ofensiva del poder establecido y las derechas con su acoso jurídico-mediático-policial, con la descalificación y el aislamiento político a los actores con capacidad de desafío transformador; no me extendo.

Segundo, la relativa renovación socialista y su ligero giro a la izquierda y, posteriormente, su apertura a la colaboración gubernamental con un programa reformador básico frente a las derechas, todo ello con el efecto de achicar el espacio socioelectoral alternativo; en periodos de derechización socialdemócrata, con dinámicas centristas o regresivas y autoritarias, es cuando se ha ampliado el espacio crítico.

Tercero, las propias deficiencias y limitaciones de esa izquierda, en particular dos: sus dificultades articuladoras y unitarias, y la falta de arraigo social y local, sobre el que me detengo. Aunque tenga menos impacto en las próximas elecciones europeas, respecto de las territoriales y generales, su abordaje es una cuestión fundamental para asegurar su remontada política y electoral.

La deficiencia del arraigo local

La falta de arraigo local es una deficiencia, abiertamente constatada en las últimas debacles electorales, reconocida a medias y, sobre todo, sin terminar de diagnosticar bien y, por tanto, de resolver.

Más que un error, que también, es una deficiencia estructural de las fuerzas del cambio, reforzada por una orientación política unilateral, la prioridad institucional del acceso al gobierno central con la construcción de la representación política (los surfistas, no la ola que estaba dada). Además, está legitimada por una teoría idealista: la versión del populismo como idealismo discursivo, o la construcción de la realidad de pueblo desde las ideas... con el predominio de la actividad discursiva y de propaganda y no de la articulación social de base sobre la experiencia participativa en el conflicto social. Esa teoría era dominante en todas las sensibilidades del primer Podemos, aun con sus distintas variantes políticas, más transversales o más confrontativas.

Una vez formado un espacio sociopolítico diferenciado de la socialdemocracia a través de toda la experiencia cívica del periodo 2010-2024, el mecanismo principal era la acción discursiva y la pugna cultural e ideológica, en el marco de la competencia electoral, para configurar y acceder a una representación institucional y, luego, poder gobernar y, desde ahí, hacer reformas sociales y democráticas en beneficio de las mayorías sociales. La dinámica participativa por abajo quedaba relegada o, en todo caso, como proceso de legitimación, divulgación y seguimiento de la doble acción, propagandista e institucional. Desde el nacimiento de Podemos en 2014, la prioridad ha sido el acceso al poder gubernamental y su condicionamiento, vía elecciones generales y representación parlamentaria. En aquella encrucijada histórica era imprescindible, pero condicionó toda la vertebración partidaria, centralizadora y discursiva, y la infravaloración del arraigo territorial, más descentralizado y pegado a la experiencia vital de la militancia. Ya las elecciones locales y autonómicas de 2015 se consideraban secundarias, aunque luego fueron más valoradas por el empuje de los Ayuntamientos del cambio para la transformación global. Igualmente, en las de 2019, donde se puso en evidencia el estancamiento o descenso representativo y de influencia institucional estatal, con la contrapartida de la constitución del Gobierno de coalición que parecía dar la razón a la prioridad por una estrategia centralizadora, estatista o institucionalista, mientras se desangraba la acción municipalista y el impulso por abajo.

Respuestas insuficientes

Hoy, hay un parcial reconocimiento del problema inicial del déficit de arraigo local, visto desde la dirección de Podemos y también de Movimiento Sumar y su movimiento ciudadano, pero con una solución insuficiente y contraproducente en la medida que lo prioritario ha sido el liderazgo institucional gubernamental, incluido todas las tensiones internas derivadas en torno a ello. Precisamente, la reflexión del [nuevo coordinador general de IU, Antonio Maíllo](#), abunda positivamente en ese sentido de reforzar la acción de base y en la esfera social.

Por un lado, han existido bienintencionados esfuerzos orgánicos hacia el refuerzo de la estructura y la extensión territorial, aunque siempre eran limitados, dependientes de la dinámica principal sobre la gobernabilidad y los conflictos generados en ese ámbito, con sus correspondientes reagrupamientos, instrumentalizaciones y desgastes de credibilidad.

Por otro lado, se apunta a una opción político-organizativa unilateral y formalista, y que llegó tarde. Me refiero a la opinión actual de la respuesta de presentar candidaturas municipalistas, ya en 2015, bajo la sigla de Podemos —u otro partido— y su hegemonía orgánica para favorecer su inserción territorial, en detrimento de las llamadas candidaturas de unidad popular. Es una salida falsa al auténtico problema de fondo: la dificultad articuladora de Podemos en el ámbito municipalista —y después de gran parte de Sumar—, sobre todo en los municipios pequeños, y en otro sentido, por su complejidad, diversidad y autonomía de actores y liderazgos, en los grandes municipios del cambio. La situación era que no había capacidad organizativa o suficientes cuadros intermedios, pero tampoco una orientación política y de modelo integrador y pluralista para articular las dobles dinámicas territoriales y estatales.

Esta deficiencia ahora está más reconocida; se quiso corregir inicialmente, en las autonómicas de 2015, con la sigla propia de Podemos, todavía bajo la separación entre Podemos e Izquierda Unida, con algunos efectos perniciosos (por ejemplo, esa división permitió la victoria de las derechas en sitios relevantes como la Comunidad de Madrid). Y ya en 2019, al amparo de la alianza de Unidas Podemos, se quiso generalizar la marca Unidas Podemos en todo el ámbito municipalista con debilidad morada (1.700 concejales para IU, similar a 2023 -en 2015, mil- y 500 para Podemos, en 2019), salvo excepciones de convergencias exitosas.

En definitiva, tras la experiencia de estos meses de cierto agotamiento representativo, a confirmar en los resultados de las elecciones europeas, se debe abrir una fase de reflexión y recomposición. Y veremos la capacidad de las élites dirigentes para remontar el declive y la fragmentación y avanzar en la colaboración y la perspectiva de una amplia alianza de la izquierda transformadora, como factor relevante dentro de un bloque democrático y plurinacional que impulse el avance social y de derechos frente a la involución reaccionaria de las derechas.

La comunalidad

Por último, voy a hacer referencia a un aspecto ideológico-político que subyace en este debate y que todavía es controvertido. Me refiero al valor de la solidaridad o comunalidad (la fraternidad de la revolución francesa o la sororidad feminista). Es una característica fundamental en la experiencia colectiva de muchos movimientos sociales, desde la solidaridad de clase trabajadora, al apoyo mutuo feminista o el consentimiento en las relaciones sexuales y sociales, la solidaridad internacionalista, la corresponsabilidad ecologista y de los bienes comunes. Igualmente, podemos incluir el propio sistema de seguridad social y protección pública de los modernos Estados de bienestar, democráticos y de derecho, basados en la reciprocidad y el equilibrio de derechos y deberes y según las necesidades sociales.

Este componente solidario o comunitario es fundamental en la construcción de los sujetos colectivos emancipadores. Junto con la libertad y la igualdad forman parte de la mejor tradición de las izquierdas y frente al individualismo liberal. En ese sentido, es unilateral el reducir la pugna ideológica y cultural con las derechas al relato sobre la libertad (tal como hace la ponencia programática de Sumar, recientemente aprobada). La lucha por la igualdad y la práctica de la solidaridad son centrales; se resume en la importancia de lo colectivo o lo común, que tiene profundas connotaciones vivenciales y teóricas (por solo citar a E. P. Thompson). **En estos tiempos líquidos, es fundamental para las izquierdas el arraigo comunitario, plural y diverso, como base de su acción democratizadora e igualitaria.**

[Fuente: [Público](#)]

Presentación de libros en homenaje a Juan-Ramón Capella

Jueves, 4 de julio

18:00 horas

Aula Font i Rius, Facultad de Derecho de la UB

30 6 2024

El antifranquismo en la universidad

El protagonismo militante (1956-1977)

Fundación Primero de Mayo y Catarata Madrid 2024 380

Poniendo el foco sobre el estudiantado militante

Isabel Alonso Dávila

Este reciente libro, del joven historiador Jordi Sancho Galán, ha elegido como protagonista central a un colectivo muy concreto: el estudiantado que militaba contra la dictadura franquista. Es decir, la parte del estudiantado que no sólo estaba concienciada, sino que además se organizaba y militaba en organizaciones de oposición, obligatoriamente clandestinas en tiempos de dictadura. Eso sí, aprovechando en algunos periodos las posibles grietas que ofrecía la legalidad dictatorial, como en los primeros años sobre los que se detiene este libro que nos recuerda y explica cómo algunos de aquellos estudiantes aprovecharon las posibilidades legales que ofrecía presentarse a elecciones de representantes del alumnado en el SEU para, desde allí, poder denunciar la falta de democracia de este sindicato ligado a Falange Española. Más adelante, se abrirá otra etapa con la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universitat de Barcelona (SDEUB), tras su asamblea constituyente el 9 de marzo de 1966 en el Convento de los Capuchinos de Sarriá, que en las páginas centrales del libro aparece claramente reseñada, documentada y muy bien explicada. La aparición de otros SDEU, que se organizaron después en otros distritos universitarios, completará el cuadro.

La cronología en la que se centra la obra aparece claramente delimitada en el subtítulo: son los años que van de 1956 a 1977, veintiún años de movimiento estudiantil que se corresponden con la segunda mitad de la dictadura franquista. Es este un periodo que la historia y también la memoria deben tener muy presente, como lo hace este libro, si no queremos transmitir la idea de que la dictadura franquista sólo lo fue de verdad en su primera mitad —con la brutalidad de su represión política en los años cuarenta y primeros cincuenta—, para dar paso después a la sociedad del desarrollismo en la que los SEAT 600, las vacaciones en Benidorm y la música yeyé se solapan a la represión que con otras formas siguió actuando bajo un sistema de partido único y sindicato vertical de corte fascista (un núcleo ideológico sobre el que se asentó la larga permanencia del régimen político). La represión, dura, se seguía aplicando a todos los que se salían de este estrecho marco, militando en otros partidos u organizando nuevos sindicatos, como CCOO. Esto lo podemos ver claramente a través de la lectura del libro de Jordi Sancho.

A medida que avanza la lectura aparecen dos nuevos marcos además de los ya señalados (el temático de la militancia universitaria y el cronológico del periodo 1956-1977): lo acontecido en la Universidad de Barcelona y, dentro de ella, en la militancia del PSUC. Lo que no impide al autor su contextualización dentro de un movimiento estudiantil antifranquista más amplio y diverso y de lo que estaba sucediendo en otras universidades como la Complutense o las de Valencia, Sevilla, Bilbao, etc.

El libro tiene su origen en dos trabajos académicos serios ([«El paper del PSUC i els moviments socials en el Tardofranquisme. El cas del moviment estudiantil»](#) y [«El PSUC y la Universidad. Organización, movimientos y movilización universitaria durante el franquismo \(1956-1977\)»](#)), en ambos casos dirigidos por la historiadora de la UAB Carme Molinero Ruiz. Las fuentes

documentales, bibliográficas y orales en las que se sustenta la obra son amplísimas. Y, por si fuera poco, la prosa de Jordi Galán, clara, brinda un camino por el que transitar con facilidad.

Manuel Sacristán aparece abundantemente citado en las páginas del libro, del lado de un movimiento estudiantil al que también acompañaron otros docentes. Por citar alguno de ellos, José María Valverde —al que tuve la suerte de tener como profesor de Estética— o Joaquim Sempere —al que tuve la suerte de contar entre mis amistades, junto con Montserrat Roig, en mis primeros años en Barcelona, a finales de los setenta—.

Una buena lectura, en suma, para este verano.

29 6 2024

Plaza de los Lobos 1968-1977

Memorias de estudiantes antifranquistas de la Universidad de Granada

EUG Granada 2024 265

Jordi Sancho Galán

La Plaza de los Lobos, lugar de represión durante la dictadura franquista en Granada, da lugar al título del libro que recoge ahora trece de sus testimonios. Todos ellos estudiantes en su momento de la Universidad de Granada. El hilo conductor de la obra, siguiendo una cronología que empieza en 1968 y que llega hasta el final de la dictadura en 1977, son las detenciones, interrogatorios y en ocasiones también torturas propiciadas por la Brigada Político Social (BPS) contra los activistas del movimiento estudiantil antifranquista de la ciudad. La mayoría de ellos militantes a la vez del Partido Comunista de España (PCE), aunque también de otras organizaciones revolucionarias, así como delegados del Sindicato Democrático de Estudiantes y más tarde activistas de las Plataformas Unitarias de Estudiantes (PUE).

Asimismo, el libro, a partir de esa vivencia común que es la represión en las dependencias policiales de la Plaza de los Lobos, va tejiendo una imagen en muy buena medida integral del antifranquismo universitario en sus múltiples facetas. El trabajo nos aporta una especie de geografía del antifranquismo que pasa, obviamente, por los espacios de represión como la Plaza de los Lobos, pero también por las cárceles, como es el caso del texto de Lola Parras Chica; por los escondites y refugios escapando de la persecución policial y también por los viajes como el de Socorro Robles Vizcaíno, que le llevará de Granada, a Alicante, Valencia y finalmente Barcelona; o también por las escapadas a Francia y, cómo no, París como espacio de libertad, de aprovisionamiento literario y antítesis de la España del momento.

Sin embargo, más allá de estos espacios, más conocidos y documentados en la historia y en la memoria del antifranquismo, sobresale en las diversas historias que conforman el libro un prisma de historia personal y testimonial que aporta matices que solo la memoria histórica y la historia oral pueden revelar. Son destacables en este sentido, especialmente, la cuestión familiar, cómo en casa se afrontó el compromiso militante de los hijos. Experiencias entre las que destaca por su calidez y valentía la «carta de una madre» de Carmen Morente Muñoz. Es, por otra parte, también destacable la cuestión de género en las militancias y en el antifranquismo, muchas veces invisibilizada en los documentos. Y también la solidaridad como elemento común, más o menos notorio, en prácticamente todas las historias. Los testimonios desde abajo, además, dan un notable sentido a esta solidaridad que podemos llamar cotidiana, esencial para cualquier movimiento sociopolítico, pero que muchas veces pasa desapercibida ante las grandes campañas.

Todo ello es más que suficiente para destacar el notable interés memorialista del trabajo y la oportunidad de la iniciativa. Especialmente cuando, como destaca José Antonio González Alcantud en su texto, sigue vigente en España una escasa tradición de memorias militantes, especialmente cuando nos referimos a los militantes de base y, sobre todo, cuando la comparamos con el caso del antifascismo italiano o de mayo del 68 en Francia. Aún más cuando nos referimos a memoria publicada. Por lo que recopilar estos testimonios que son parte

fundamental de nuestra historia social y política, resulta un imperativo. En este sentido, el trabajo coordinado por Isabel Alonso Dávila resulta un gran ejemplo, también, en cuanto a metodología de cómo elaborar trabajos de memoria histórica. Enfocados en dejar testimonio de lo que sucedió, más que revisitar el pasado para reconstruir y justificar trayectorias posteriores, como ha sido demasiadas veces costumbre.

Como dice en su texto María Socorro, «el mayor enemigo de la libertad es el olvido». Este libro es una muy buena herramienta para mantener viva la memoria del movimiento estudiantil antifranquista, de la lucha contra la dictadura, pero, también, de las aspiraciones y proyectos de cambio político, social y cultural del momento. Recuperando una idea de otro miembro de esta generación del antifranquismo, Josep Fontana, la buena historia —y añado, también la buena memoria histórica— es aquella que nos sirve para conocer lo que pasó y por qué paso, pero también para conocer aquellos proyectos que «no llegaron a ser»^[1]. Tal vez así, las esperanzas de un tiempo pasado y sus experiencias sirvan para que algún día estas puedan llegar a ser. De lo que no cabe duda es que el trabajo que aquí se reseña cumple con creces con ambos elementos.

1. Josep Fontana, «D'un temps que no va arribar a ser», en *La crisi com a triomf del capitalisme. Anàlisi del passat i perspectives marxistes*, Edicions 3 i 4, 2018, pp. 158-184. [?](#)

29 6 2024

Jueces contra la República

El poder judicial frente a las reformas republicanas

Dykinson-Universidad Carlos III Madrid 2024 320

Francisco M. Fernández Caparrós

Experiencias recientes, tanto en el Reino de España como en otros lugares, han puesto sobre el tapete la relevancia política y social de las actuaciones judiciales. Obviamente, ni la problemática es nueva ni se carece de una tradición de estudio y crítica, pese a lo que pudiera sugerir la proliferación de nuevos vocablos (como «lawfare»). Aunque hasta ahora la historiografía española le haya dispensado una atención colateral, la incidencia de la magistratura sobre los grandes procesos históricos ha sido investigada profundamente en muchos países. Basta con recordar *El gobierno de los jueces*, aquel célebre libro con el que Édouard Lambert presentó de qué modo la judicatura estadounidense había plantado cara a las políticas sociales de principios del siglo XX. La monografía *Jueces contra la República: el poder judicial frente a las reformas republicanas* (disponible en línea: <https://hdl.handle.net/10016/43768>) analiza la actitud judicial ante algunas de las reformas más representativas del régimen fundado en abril de 1931. El autor de esta obra, Rubén Pérez Trujillano (profesor de Historia del Derecho de la Universidad de Granada), realiza un exhaustivo estudio empírico basado en el rastreo de numerosos archivos históricos que le sirven para radiografiar la fisonomía del sistema judicial a través de su comportamiento. A este respecto, el autor no se conforma con la jurisprudencia emanada por los grandes órganos centrales, sino que desciende a una multitud de tribunales y juzgados periféricos con tal de comprender cómo era, en la práctica, la justicia española de los años 1931-1936.

El libro aborda cuatro de las problemáticas que más acuciaron a la República y hacia cuya solución se dirigieron importantes reformas jurídicas e institucionales: la cuestión religiosa, la cuestión territorial, la cuestión de las libertades personales y la cuestión de la delincuencia y la peligrosidad. La introducción contiene algunas pautas metodológicas, pero su propósito consiste sobre todo en ubicar la experiencia española dentro del contexto europeo de entreguerras y en aclarar qué importancia tenía la figura del juez en los sistemas constitucionales y democráticos de la época.

El primer capítulo analiza cuáles fueron y cómo operaron las barreras judiciales a la secularización del Estado. En este sentido, se palpan las aristas de la poliédrica relación entre Iglesia y República, así como la acción de «contrapoder» que la primera pudo desarrollar sin cortapisas gracias, entre otros factores, al amparo de la justicia. El segundo capítulo estudia conjuntamente la aparición del «Estado integral» y la reforma de las relaciones de explotación agraria, de manera que se pone de relieve que la adhesión a un ideal nacionalista español por parte de la judicatura acarreó la apuesta por un cierto orden social que no cuadraba con el nuevo ordenamiento. El capítulo tercero hace de la libertad personal su objeto de estudio con la mirada puesta, especialmente, en los repertorios penitenciarios. La posición de jueces y magistrados ante el carácter abusivo y arbitrario de muchas prisiones preventivas y detenciones gubernativas saca a flote una lógica eminentemente clasista que impedía la subordinación a la Constitución y a la ley de la acción del gobierno y los agentes de la autoridad cuando entraban en juego criterios ideológicos de discriminación. El último capítulo de *Jueces contra la República*, el cuarto, analiza

la ley de vagos y maleantes desde el punto de vista de su aplicación. Con ello no sólo se examina una plasmación legislativa de las doctrinas criminológicas y antropológicas acerca de la «peligrosidad» de los individuos, tan de moda por aquellos años y durante algunas décadas más. Además, este capítulo desvela cómo se malogró una normativa tan compleja y severa al quedar en manos de jueces, policías y funcionarios de prisiones chapados a la antigua. «La gandula», como fue popularmente conocida, terminó convirtiéndose, sin más, en un poderoso instrumento para hostigar a la disidencia política y a quienes sufrían marginación y pobreza.

Pérez Trujillano concluye este libro con unas reflexiones acerca de la «historia del sabotaje judicial» a las que considera las reformas «meramente» y «eminentemente» republicanas, de las cuales dependía la viabilidad del Estado laico, descentralizado, social, plural y, en definitiva, constitucional de derecho. En este punto, el «ruido de sables» y el «ruido de togas» contribuyeron a minar el sistema de la República desde trincheras y oficinas diferentes, pero con ritmos y efectos similares. Es por ello que el autor aboga por encuadrar todo este pasado dentro de la «memoria histórica» que necesita una ciudadanía preocupada por su conciencia y por su futuro.

Algunas sugerencias veraniegas

A. R. A.

Como en verano leemos más y el mes que viene estaremos de vacaciones os incluyo unas pocas sugerencias de lectura.

Yanis Varoufakis

Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo

Deusto, Barcelona, 2024, 264 págs.

Varoufakis tiene siempre el don de la capacidad explicativa. Y sus trabajos resultan sugerentes. En este caso trata de situar los cambios en el capitalismo actual y detalla algunas características cruciales de los cambios actuales. Su tesis es que el capitalismo se ha transformado en otro sistema de tipo feudal porque lo crucial no es la obtención de rendimientos de una actividad productiva, sino la extracción de rentas. Esto es lo que hacen los grandes negocios en la red, el sector financiero y los rentistas urbanos. Se le puede achacar que parte de una visión demasiado edulcorada del capitalismo. Y una ausencia total de sensibilidad ecológica. Pero lo que sugiere tiene suficiente interés para que su lectura resulte útil.

* * *

Un buen complemento se puede encontrar en:

Douglas Rushkoff

La supervivencia de los más ricos

Capitán Swing, Madrid, 2023, 232 págs.

Un buen conocedor del sector de las altas tecnologías analiza pormenorizadamente las visiones del mundo de los patrones de la revolución digital. En sus dos variantes de altos empresarios y de «gurús» intelectuales. Bastante aterrador, pero necesario.

* * *

Si uno prefiere una lectura literaria, pero que tenga que ver con el contexto de la ciencia y la alta investigación, recomiendo la obra de Benjamín Labatut.

Benjamín Labatut

MANIAC

Anagrama, Barcelona, 2023, 400 págs.

Este libro resulta una gozada. Su núcleo central está dedicado a John von Neumann, el gran padre de muchas de las tecnologías modernas. El que Kubrick parodió en *Dr. Strangelove*.

30 6 2024

Arar, cultivar, luchar: historia de los campesinos

Arte TV Francia 2023, 222 min

Desde las ruinas del Imperio romano hasta la opresión feudal y la agricultura industrial, los campesinos parecen haber estado casi siempre sometidos al poder. Stan Neumann profundiza en la historia de los agricultores y ganaderos europeos. En un momento en que el modelo productivista está en crisis, ¿espera el sector agrario una vuelta al modelo campesino? Una serie documental en cuatro partes.

30 6 2024

Donna. Women in Revolt

Arte TV 1980, 66 min

La cineasta Yvonne Scholten se adentra en ochenta años de resistencia de las mujeres italianas, desde el ataque fascista a los estudios feministas de Radio Donna hasta las luchas más amplias contra la opresión. Cada historia es un testimonio del papel, a menudo ignorado, que desempeñaron las mujeres en la conformación de la historia italiana.

Disponibile hasta el 31 de agosto.

30 6 2024

India: la ideología del odio

Arte TV Francia 2024, 54 min

Desde que Narendra Modi fue elegido primer ministro de la India en 2014, el nacionalismo hindú, que surgió en la década de 1920, está adquiriendo un papel cada vez más importante en el país asiático. En esta ideología, las minorías son consideradas ciudadanos de segunda clase. Las milicias hindúes están sembrando el miedo y el terror más allá de las fronteras indias...

30 6 2024

Ecologistas en Acción

Técnicas humildes para el decrecimiento

Ecologistas en Acción publica el informe 'Técnicas humildes' donde analiza la tecnología necesaria para la transición ecosocial

- El estudio defiende que, para conseguir una transformación social real, es imprescindible realizar una transformación de la tecnología que se utiliza en la actualidad.
- Además, incluye un listado que pretende estimular la creación de multitud de conjuntos de técnicas humildes adaptadas a los distintos territorios.
- La publicación del informe tiene como finalidad última estimular el debate sobre la técnica y la tecnología en el seno del movimiento ecologista y de la sociedad.

[Técnicas humildes para el decrecimiento](#) es el nuevo informe de Ecologistas en Acción, que parte de la situación de crisis múltiple que vive actualmente el sistema socioeconómico mundial, causado por el sobrepasamiento de los límites de la biosfera por las actividades del ser humano (asunto desarrollado ampliamente en uno de los anteriores informes de la organización ecologista: [Caminar sobre el abismo de los límites](#)).

Sus páginas analizan técnicas de distintos sectores: generación eléctrica, aprovechamiento mecánico directo, construcción, regulación térmica, producción, procesado y conservación de alimentos, acceso y gestión del agua, movilidad y transporte de personas y mercancías, e industria ligera. Sin embargo, tal y como explican sus autores, el estudio no es ni pretende ser un conjunto exhaustivo, cerrado ni aplicable de manera general.

“Lo que se busca es estimular la creación de las técnicas propias adaptadas a cada territorio y comunidad. Pretende incitar a la recuperación de técnicas antiguas que aprovechen, junto con tecnología actual, catalizar las transformaciones sociales”, afirman.

El estudio desarrolla un sistema de indicadores que pueda servir para valorar la idoneidad de las técnicas para una comunidad, basándose en el análisis de la intensidad en uso de materiales y energía, el tipo y la procedencia de los mismos, el nivel de complejidad en cuanto a especialización requerida, la jerarquía implícita en su diseño, y el uso y potencial democrático. También se tienen en cuenta la circularidad, reparabilidad y el rendimiento de la técnica.

Cambiar de tecnología para transformar el sistema de producción

El estudio de Ecologistas en Acción ofrece un listado de técnicas humildes: se trata de aquellas que no se basan en combustibles fósiles y que conllevan un uso circular de materiales, que pueden funcionar de manera descentralizada (sin exigir grandes concentraciones de recursos) y que son más apropiables por las comunidades productivas.

Dichas tecnologías no tienen la misma productividad y prestaciones que las actuales tecnologías

basadas en fuentes fósiles, por lo que el informe cuestiona, no solo la necesidad de cambiar de técnicas, sino de transformar el actual sistema insostenible de producción.

Con el estudio, Ecologistas en Acción apunta a la relación directa existente entre “la técnica actual (tecnología) y los metabolismos fósiles y destructivos, las tecnologías imperiales basadas en una desigualdad colonial y las tecnologías diseñadas para concentrar la riqueza, así como dominar y subyugar la naturaleza”.

La organización ecologista explica cómo, debido a lo que se considera la “fe irracional y ciega en la tecnología”, no es solo que no se vean los problemas que surgen de las mismas, sino que “se pretende salir del atolladero en el que nos han metido gracias a la tecnología. Se espera conseguir esquivar el colapso civilizatorio mediante algún invento milagroso surgido de las fértiles aguas del mercado y la tecnociencia”.

El informe [Técnicas humildes para el decrecimiento](#) nombra como ejemplo paradigmático de esta situación a las tecnologías digitales (lo digital) y los captadores no renovables de energía renovable (lo verde). En palabras de Jesús Garrido, portavoz de Ecologistas en Acción, “son en gran medida extensiones de la actual sociedad capitalista y son en lo que gran parte de nuestra sociedad tiene puesta todas las esperanzas en la lucha contra el cambio climático y el resto de problemas”.

Con la publicación hoy de su estudio, Ecologistas en Acción busca estimular el debate sobre la tecnología en el seno del movimiento ecologista y de la sociedad. En palabras de Garrido, “se trata de un debate abierto, que no pretendemos cerrar con esta publicación, sino abrirlo más y seguir debatiendo para avanzar hacia una transición ecosocial sostenible y justa”.

Manifiesto «Descarbonizar es desmilitarizar. Control y limitación de las emisiones militares»

Desde hace tiempo la comunidad científica insiste en la necesidad de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) para evitar el aumento de la temperatura media de la Tierra. Sin embargo, las diferentes Conferencias de las Partes sobre el cambio climático (COP) no han sido capaces de incluir el ámbito militar en la obligatoriedad de reducción de emisiones GEI. La información sobre (y la reducción de) las emisiones de GEI militares quedaron exentas del acuerdo de Kioto (1997). El acuerdo de París (2015) suprimió su exención, pero permite la voluntariedad de la información y deja la reducción al criterio de cada país.

Las emisiones de GEI del sector militar son relevantes. No existe un registro riguroso de estas emisiones de las fuerzas armadas y la información de la industria militar es, en general, deficiente e incompleta. Sin embargo, se estima que las emisiones de GEI del sector militar (fuerzas armadas e industria militar), representan el 5,5% de las emisiones mundiales, similares a las emisiones de la aviación comercial. Según el Reglamento Europeo sobre el Clima, los países de la UE deben reducir las emisiones de GEI al menos en un 55% de 1990 a 2030, con el objetivo de la neutralidad climática en 2050. En el caso del Estado español, la Ley 7/2021 de cambio climático y transición energética establece el objetivo de reducir, en 2030, las emisiones de GEI en un 23% respecto a niveles de 1990. La ley española excluye todas aquellas actividades, instalaciones, equipamiento y armamento, cuyo objetivo sea la protección de los intereses esenciales de la Defensa Nacional y de la Seguridad Pública (disposición adicional 1a).

En España se desconocen las emisiones de las Fuerzas Armadas y la información de la industria militar suele ser muy incompleta o inexistente, con alguna excepción. Las emisiones de GEI asociadas a las fuerzas armadas y la industria militar deben contabilizarse en el total de emisiones y deben reducirse. En caso contrario, si el resto de sectores económicos alcanza la neutralidad de emisiones, ésta será falsa ya que el sector militar seguirá emitiendo. Por otra parte, si no se informa de estas emisiones no se podrá realizar un seguimiento ni implementar medidas de reducción.

La Estrategia de Seguridad Nacional y la Directiva de Defensa Nacional de España señalan el cambio climático como fuente potencial de amenazas para la seguridad nacional, como las migraciones climáticas. También señalan la creciente escasez de recursos como un peligro para la seguridad energética. Afirman que deben afrontarse estos peligros, incluso, si es necesario, militarmente. Documentos homólogos de la UE y de la OTAN expresan lo mismo.

Por todo ello, pedimos al Gobierno español que:

1. Informe de las emisiones de GEI de las Fuerzas Armadas españolas.
2. Obligue a las empresas del sector de defensa y seguridad a que declaren de forma segregada las emisiones de GEI correspondientes a la fabricación de armamento y de material de defensa.
3. Declare las emisiones de GEI asociadas a las fuerzas armadas y a la industria

armamentista en los informes que remite a los distintos organismos internacionales.

4. Impulse un acuerdo entre los estados, en las próximas COP, para establecer la obligatoriedad de informar sobre (y de reducir) las emisiones de GEI del sector militar: fuerzas armadas e industria armamentista.
5. Dirija los recursos que destina a protegerse, tanto de las migraciones climáticas como de la inseguridad energética, a promover la justicia social y medioambiental.

El manifiesto se puede descargar [aquí](#).

[Fuente: [Centre Delàs](#)]

Francisco José Chamorro

1. Dos cuestiones fundamentales

I

En qué piensas desde que trabajas en las industrias cárnicas,
desde que las máquinas se han convertido en un tratado de
[música concreta.

En qué piensas cuando sales del polígono en la inmensidad de
[la noche
y no sabes astrología
y mirar lo desconocido es mirar la nada.

En el trayecto hasta casa
y eso que no tienes casa:
un microondas, un frigorífico, un sofá, una cama y un calendario
[porno no son una casa.

En el comedor
mientras todos comen
en qué piensas,
si el vacío convive con los objetos y les otorga espacio: mesas,
[sillas, bandejas.

Se consume todo en su forma.

Qué sientes al meter catorce piezas de lomo en una caja
y flejarla
y ponerle una pegatina
y enviarla a un desconocido.

Qué sientes en ese abismo.

Toda esa carne no es tu carne
pero parece hecha de la misma materia.
No sabes dónde ir y eso consume los turnos de ocho horas.

Qué sientes cuando entras en un congelador a menos treinta
[grados
y fuera arde el día
y se queman cuerpos
y la gente se muere.
Qué sientes en ese precipicio.

En qué piensas cuando llega el sábado
y te bebes un whisky
y te hierva la garganta
y concluyes que esas chicas que te abandonaron no son nadie,
que tú tampoco eres nadie,
pero que el whisky llega tan hasta el fondo
que agarras el vaso como si fuese tu padre muerto.

Le dices algo a la camarera.

Ella no sabe que trabajas en las industrias cárnicas.

Ella sólo sabe que bebes whisky, que no eres nadie,
pero no te preocupes

la camarera te quiere,

las camareras nos quieren.

II

[...]

2. La idea de una concepción política de la justicia

Suelo tomar whisky pensando en el PSOE,
en el PP, en IU, en Podemos, en Ciudadanos, en toda la
[política española.

Todo es política: las novias que te dejaron,
a las que dejaste, la universidad, el dinero,
las cajas de ibuprofenos, la Cruzcampo, todo.

Todo es política.

Whisky con agua.

No sé cómo gestionar el dolor de los días felices, su vacío,
su gesto de rechazo, duele su plenitud,
el dolor es tan claro cuando está, tan claro cuando vuelve.

Y quién soporta la claridad a estas horas, el bebercio, la política,
y quién soporta la claridad a todas horas, qué han hecho conmigo,
por qué duele todo.

Todo es política.

Las novias que te abandonaron, felices, continúan alegrándose,
hay cierta claridad en tu pobreza, cierta altitud, cierto
[desequilibrio.

No sé, amor, quizás fue porque no me arruiné para ir a verte

[a todas esas ciudades:

Bilbao, Roma, Berlín, Madrid, Valencia, Sevilla, quizás fue

[por eso, por no agotar

el dinero, por no ir a verte, quizás fue por eso,

y de política, Rawls y poco más, amor, Rawls y poco más,

y de ti, amor, de todos los tipos que se acostaron contigo,

a los que mentiste, de los que te enamoraste, cariño, todos son

[política,

y de mí, cariño, he pensado en comprarme unas Ray-Ban,

en dejarme bigote durante el verano,

no sé, amor, igual no te gusto con bigote,

el dolor también es política, amor, el dolor que dejaste,

[la desesperación,

su forma en la fatiga, su forma en la copa, en la santa copa de
[los congresos.

No sé, amor, ya no soporto esta claridad, voy a arrancarme los ojos,
dejar aquí este poema, este canto, dejarlo morir, lo voy a hacer,
[ciao

En cambio, volveré a ocuparme de nuestra primera pregunta,
la cual me lleva a plantear esta otra:
¿qué podría hacer la filosofía política
para hallar una base compartida para dirimir
el tan fundamental problema de indicar la familia de instituciones
más apropiada para asegurar la libertad democrática y la igualdad?

De: *Liberalismo político* (Hiperión, 2018)

[Francisco José Chamorro es un poeta extremeño, además de camarero, trabajador en las industrias cárnicas y graduado en Filosofía. En 2017, su poemario *Liberalismo político* fue galardonado con el XX Premio de poesía joven «Antonio Carvajal». En 2020, con *Teoría de la justicia*, obtuvo el Premi València de la Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació].